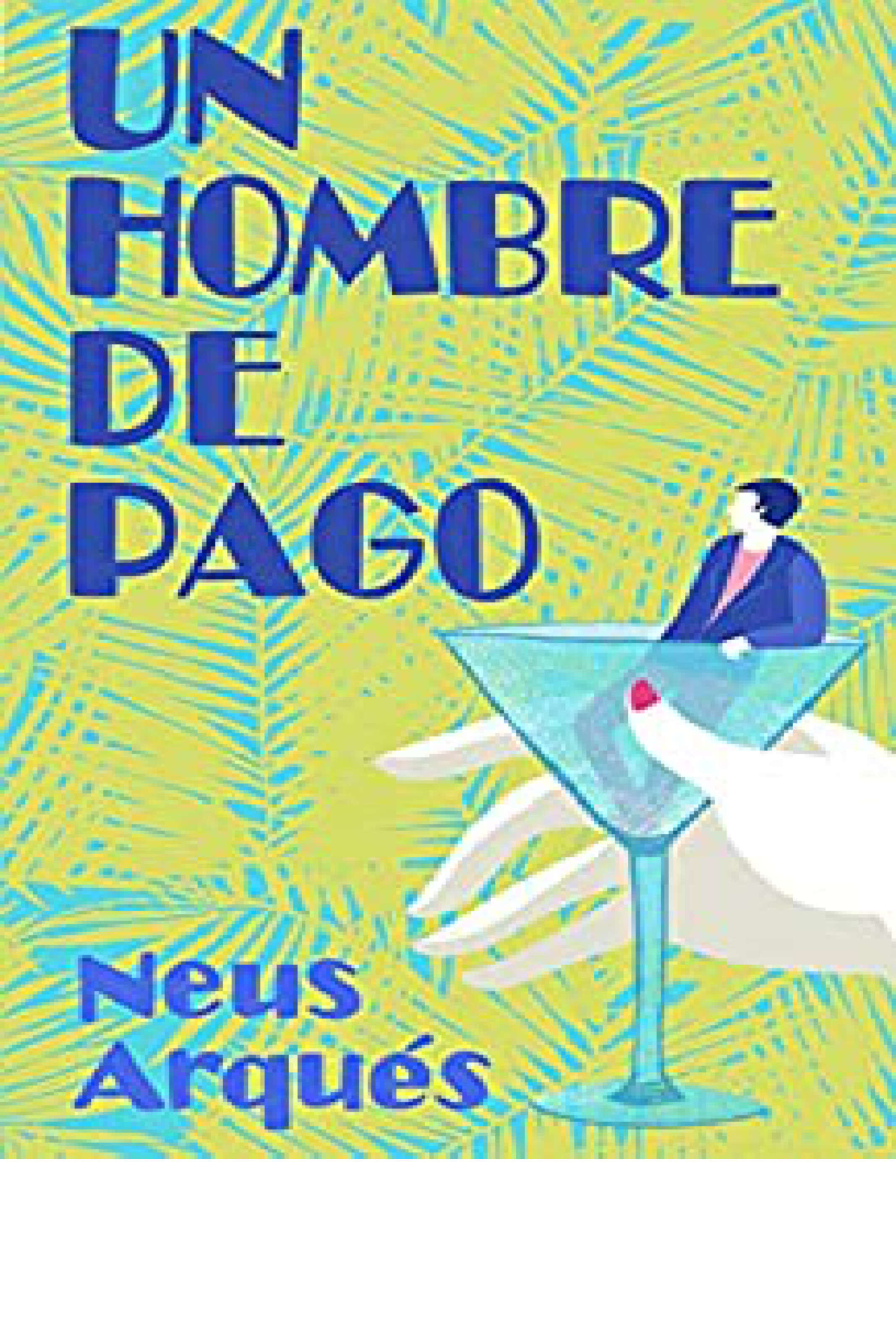

UN HOMBRE DE PAGO
Neus Arqués

UN HOMBRE DE PAGO

Neus Arqués

Un hombre de pago

Para más información sobre la autora visita su sitio web: www.neusarques.com .

Diseño de la portada: Begoña Chezz

Corrección lingüística: Zoraida Torres

Edición y maquetación: Hooked.es .

ÍNDICE

1
Soltera y sin compromiso

Me resistía a pensar que las únicas manos que iban a tocarme en adelante serían las de la *esthéticienne* . Tumbada boca abajo en la camilla, cerré los ojos mientras Merche me cubría una pierna con la toalla y empezaba a masajear la otra. La luz suave de la cabina invitaba a la relajación, lo que me crispaba aún más.

–Te noto muy cargada –diagnosticó Merche, mientras amasaba mi pierna como si fuera una barra de pan–, con mucha estática, pero vamos, mucha más que la semana pasada. –Los dedos iban buscando los puntos que más dolían.

–Será que estoy peor –respondí.

–No me digas que has discutido con Pedro –aventuró, mirándome por un momento a los ojos y volviendo después la vista a la pierna. La cubrió con la toalla y se dispuso a masajearme la otra.

–Pues sí, chica. Lo hemos dejado. –Intenté concentrarme en el tacto y fracasé. Me venían a la cabeza imágenes del último encuentro, lleno de «peros» y de reproches: «Creía que ésta era la buena», me dijo, «pero veo que me he vuelto a confiar; las mujeres no tenéis arreglo»–. Era demasiado posesivo...

–Chica, qué quieres, el hombre lo que busca en una señora de cincuenta es una enfermera que le cuide de viejo. Para otras cosas se las buscan más jóvenes –suspiró–. La verdad es que te noto mal. ¿Tú has visto los tobillos que traías? Hinchadísimos. Se ve que a ti la tristeza te hace retener. Menos mal que con el masaje te han bajado un montón...

–Pues te diré que triste, triste, no estoy. Más bien rabiosa. Si es que soy tonta, Merche. Yo sí que apuesto por la persona. Yo sí que no busco un enfermero para la vejez...

Pedro era un seductor nato. En el baile las traía a todas locas y cuando vi que empezaba a estar por mí, casi me muero de la alegría. Al principio te lo pone todo fácil, se desvive, y claro, yo, encantada de tener compañía. Nos hicimos pareja oficial y en la escuela de baile se sabía y las compañeras, muertas de envidia. A mí me encantaba que los viernes, en la tanda de lentos, me sacara y se me pegara como una lapa. Suena cursi, pero me hacía sentir mujer.

La cosa se torcía cuando nos quedábamos solos, lo que era poco frecuente porque ya se preocupaba él de tener un plan con más gente. En la intimidad, Pedro se encogía. Era muy tradicional, muy de postura del misionero y poco más. Nada más, de hecho. Y cuando me armaba de valor y me atrevía con alguna propuesta, me daba la espalda y se hacía el dormido. Eso sí, él se quedaba bien a gusto... Y fue en la cama donde empecé a darme cuenta de que no era oro todo lo que relucía. Hacíamos lo que él quería y como y donde él quería. Si se me ocurría llevarle la contraria, teníamos pelea, seguro. Y claro, yo no me he divorciado para caer en las brasas. Y perdí la ilusión. Incluso estar sola me apetecía más.

Merche había terminado con mi espalda.

–Date la vuelta –me dijo. Tapó otra vez las piernas con la toalla y el pecho con otra, más pequeña. Los pechos eran intocables en su masaje y la verdad es que nunca he entendido por qué–. Mira Rosa, ya sabes que no me gusta dar consejos –empezó–, pero te tienes que aclarar. A ver, tú, ¿qué buscas exactamente? Porque si lo que buscas es compañía, pues tendrás que apechugar con muchas cosas. Dímelo a mí. Treinta años que voy a cumplir con el Paco y las he visto de todos los colores. Ahora bien, si lo que buscas es un rollo para entretenerte, eso es otro tema.

–Igual resulta que los reyes son los padres –le respondí y se me escapó una media sonrisa–. Pensaba que se podía tener todo, pero veo que no. No quiero estar sola, ¡me horroriza! Pero, por un lado, resulta que me he vuelto invisible a los ojos de los hombres y, por otro, no me quedan ganas de tontear. Merche, entretenida o no, lo que no estoy es muerta. Y a mí me gustan los señores. Pero me parece una barbaridad pasar tanto tiempo para conquistarles y que

después te salgan rana...

–Mujer, nadie dice que te tengas que casar. ¿Qué quieres, una alegría? Pagando todo se arregla. Te contratas a uno que te saque el polvo, tú contenta y santas pascuas. Total, los hombres son como los mocos: se van unos y vienen otros. No serás la primera clienta ni la última que hace una cosa así. Y escúchame bien: yo lo respeto, porque lo importante es estar bien con nosotras y cuidarnos, porque si no nos cuidamos nosotras, nadie lo hará...

Merche se untó de nuevo las manos con el aceite de masaje y se dispuso a atacar mis brazos. Se quedó callada y yo me quedé pensando en lo que había dicho. ¿Por qué no pagar? De repente me pareció una opción.

«No serás la primera clienta ni la última que hace una cosa así. Y escúchame bien: yo lo respeto.» Las palabras de Merche me animaron a sacar el tema otra vez.

–¿De verdad lo respetas? –pregunté, buscando confirmación.

–¡Pues claro que lo respeto! Yo lo respeto todo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te vas a animar y no sabes cómo? –me interrogó mientras no paraba de masajearme el muslo.

Por suerte estaba tumbada boca abajo y Merche no podía ver que me ardía la cara.

–Mira, quizás me animo, como mínimo a probar. No quiero más disgustos como el de la escuela de baile. Ni la relación con Pedro fue bonita ni ha acabado bien. Y quien dice Pedro, dice los otros. Estoy viendo que una cosa es buscar compañía y otra, tener un amante. La primera la veo muy difícil. La segunda no puede ser tan complicada... –Desde el divorcio había tenido diferentes relaciones, todas sexualmente anodinas. Como si con la ausencia de satisfacción aumentara el deseo. Por la calle no podía desviar la vista del trasero de los chicos. En la consulta me asaltaban fantasías, y no precisamente de jugar a médicos y enfermeras. Estaba lo que llaman «un poco salida».

–Mira, Rosa, lo que voy a hacer es preguntar y cuando vuelvas la próxima semana te informaré con pelos y señales. Ahora nos damos

la vuelta, boca arriba…

…

Nunca había pasado tanta vergüenza como cuando, al volver a la escuela de baile después de la pelea definitiva, vi en los ojos de las demás la luz de la victoria: «Pedro ya no es tuyo». En un momento perdí la pareja, el grupo de amigos, los planes de fin de semana… Me quedé sola, como al principio.

En la escuela me había inscrito a los dos años del divorcio, cuando lo peor ya había pasado y me sentí capaz de volver a salir. Me habían hablado del sitio: ofrecían clases de todos los bailes imaginables, la edad no importaba, el ambiente era «sano», proponían montones de actividades… Justo lo que necesitaba. Así que me armé de valor y me apunté a «Bailes de salón nivel I: fox, chachachá, pasodoble, rock, vals, salsa y merengue».

A la hora de matricularme descubrí que necesitaba pareja.

–Ostras, y ahora, ¿qué hago? –pregunté, aturdida.

La secretaria, una mujer de mi edad y esforzado aspecto sexy, me miró como quien salva por enésima vez a un náufrago.

–Mira, te apuntas a la bolsa de parejas. Cuesta 10 euros. Me das tu nombre, edad, altura, teléfono y el curso que quieres hacer. Lo ponemos en el mural. –Y señaló una pared blanca, sembrada de *post-its* de diversos colores organizados por grupos–. Nosotros no emparejamos a nadie, sino que tú misma puedes llamar a los chicos de la bolsa, o ellos a ti. Si encuentras pareja, te descontamos los 10 euros de la matrícula; si no, te los devolvemos. No lo hacemos como negocio ni nos responsabilizamos de los resultados. Es por ayudar, ¿sabes?

«Ya –pensé para mí–, pero, a más parejas, más inscritos…» De todos modos me apunté: ¿qué tenía que perder? Al día siguiente me llamó un tal José, la mar de simpático y diez años menor que yo. Divorciado también, trabajaba como cocinero. Siguiendo las recomendaciones que me había dado la secretaria, quedamos para un

café antes de comprometernos en firme. Mucho tema la verdad es que no había, porque a ver qué interés podía tener él en la psoriasis y yo en la crema pastelera, pero me pareció buen chico y además, de altura, perfecto, y a él se le veía encantado.

Los viernes, después de clase, nos quedábamos a practicar y así fue como conocí a Pedro. La primera noche que me sacó a bailar casi me muero de la vergüenza, porque él ya estaba en consolidación de cuarto. La verdad es que era –es– un bailarín excelente. Me acuerdo de que me iba susurrando: «Un, dos, chachachá, tres, cuatro, chachachá. Y un, dos...» A mí se me da bien seguir; total, que no sólo no desmerecí sino que aquel baile me colocó en la categoría de las «buenas bailarinas», imprescindible para ser admitida en el núcleo duro de la escuela.

Y así un viernes y otro. El cocinero parecía desilusionado pero yo no tenía sensación de culpa. Siempre lo traté como a un amigo y si se me insinuó, no lo supe ver. Y no porque yo no tuviera ganas de lío, al contrario: ya casi ni me acordaba de la última experiencia sexual satisfactoria. Pero Pedro me había sorbido el seso y, más que a un amante mediocre (que es lo que era), yo veía en él a un futuro marido. Y nos apuntábamos a todas las actividades de la escuela: excursiones de fines de semana, talleres de tango, fiestas de carnaval... Incluso llegó a organizar un viaje del grupo a París con cena en el Maxim's. La comida estaba espantosa y nos salió carísimo, pero nos convencimos de que con Pedro adquiríamos nuestra dosis de glamour y nadie rechistó. Cuando me acuerdo se me ponen los pelos de punta, por tonta.

Total, que después de la ruptura definitiva volví a la escuela, precisamente a las prácticas del viernes. Con ciertas ganas de verle, pero también y sobre todo de volver a ver a los otros. ¡Vaya chasco! Me dieron la espalda: estaba claro que, si tenían que escoger, se quedaban con el cincuentañero, gracias a quien sus vidas socialmente patéticas adquirían nuevos bríos.

Me sentí tan sola, tan mal, que cancelé la inscripción al siguiente nivel. El cocinero encontraría nueva pareja sin problema en aquel universo de féminas ansiosas. Pedro ya ejercía otra vez su rol de

seductor y a mí me había convertido en patito feo. Estaba muy enfadada: ¿por qué tenía que perder yo? Salí de la escuela casi llorando y tomé un taxi. «Otra vez sola, otra vez sola», me repetía, como un mantra. Y me ahogaba en todo el miedo que encierran esas tres palabras. Pero pudo más la rabia y, antes de llegar a casa, ya me había jurado que no me integraría en ningún otro grupo organizado y que, a partir de ese momento, yo iba a ser la única responsable de mi propia diversión.

...

Merche cumplió y nada más tumbarme en la camilla, a los siete días, me dijo:

–El sitio que buscas se llama Latin Boys. Está en Urquinaona, justo encima del *sexshop* . Llegas, explicas lo que quieres y pasas al salón. Ves desfilar la oferta disponible y escoges. Te lo llevas, te lo tiras y pagas.

–Dicho así suena muy fácil, pero... –le solté, espantada. Casi no me acordaba de lo que habíamos hablado. En cualquier caso la situación me imponía, por mucha necesidad que pasara.

–Mujer, si quieres te acompaño, aunque yo, acostarme, no, ¿eh? Yo con mi Paco estoy de miedo. Pero sí me gustaría ver cómo es el sitio, más que nada por curiosidad. Vamos las dos y yo te espero tomando una copa. ¿Qué te parece? –La miré con arrobo. Aquella mujer era mucho más que una *esthéticienne* –. Si quieres, vamos el miércoles que viene por la tarde, que me han anulado una última hora. ¿Te lo podrás combinar?

No quedó otra que llamar y pedirle a mi enfermera que reorganizara las citas. Siendo una última hora y fin de mes, no fue complicado. Me preocupaba mucho más pensar que a la semana siguiente me estaría acostando con un desconocido.

Pasé unas cuantas noches durmiendo mal. Tan pronto sentía curiosidad como pánico. ¿Cómo sería el sitio? ¿Qué iba a sentir cuando me tocara un desconocido? ¿Y si el gigoló no me gustaba? No

las tenía todas conmigo pero sentía interés. ¿Y si resulta que el sexo era innovador y alcanzaba un orgasmo insólito? Me conformaba con un buen orgasmo libre de reproches posteriores y llamadas inoportunas. Además, que Merche me acompañara era como una garantía de que alguien me iba a entender.

El Día D nos citamos en la parada de metro de Urquinaona a las siete y media y en diez minutos habíamos encontrado la escalera.

–Llama tú, Merche, que me da mucha vergüenza... –le supliqué, frotándome las manos. Siempre se me enfrían cuando estoy nerviosa y en aquellos momentos las tenía heladas, aunque estuviéramos a las puertas del verano.

Merche me miró como acusándome de miedica y pegó un timbrazo decidido. Nos abrió un hombre joven, de aspecto cuidado. Me esperaba que nos repasara de arriba a abajo pero nos saludó como si todo fuera tan normal y nos acompañó a un saloncito.

–¿Un poco de cava nos traería? –pidió Merche, mirándome de reojo. Se temía que yo me fuera a desmayar.

Con las copas llegaron las explicaciones del anfitrión:

–Ahora conoceréis a los muchachos de la casa. Les saludáis y escogéis el que os interese.

Se abrió una puertecita a mi espalda y empezó el desfile. De uno en uno y vestidos sólo con un slip, los chicos pasaban por delante de nosotras.

–Hola, soy Jorge –dijo el primero, un rubio de aspecto afeminado. Nos dio dos besos a cada una y salió por la puerta por la que entramos.

Salió a continuación Marcelo, seguido por Juan, Darío «do Brasil» y Pedro. Tras éste, de nuevo el anfitrión:

–Bien, señoras, ¿cuál es la decisión?

–¡Me pido a Pedro! –exclamó Merche.

Me quedé aún más helada. ¿No iba a tomarse una copa y a esperarme? Se levantó, con esa gracia fondona que tienen las mujeres del sur, me guiñó un ojo y se fue cogida de la cintura de aquel

pedazo de hombre. Ahí sí que no me quedó escapatoria.

–Marcelo –susurré. Era el menos musculado y parecía agradable.

Cuando llegó, me agarré de su mano y le seguí a la habitación. La decoración era básica: una cama grande y un cuarto de baño, con jacuzzi incluido. Frente la cama, cubierta con una colcha naranja de Ikea que Marcelo se apresuró a apartar, había un espejo de lado a lado y, suspendida en la pared, una pantalla. Por las cintas porno cuidadosamente apiladas en una de las mesillas, deduje que era un vídeo.

–Esto no grabará, ¿verdad? –le pregunté, preocupada.

–¡No, mujer! Pero si vas a quedarte más tranquila, lo desconecto. –Y de un manotazo sacó el enchufe. Se volvió hacia mí, me sonrió y preguntó–: ¿Activa o pasiva?

–Novata –respondí, frotándome las manos heladas–. Mira, Marcelo, te pago la tarifa pero prefiero que hablemos.

Me miró, se sentó a mi lado y me puso una mano en la pierna.

–Tranquila, mujer. No eres la primera ni la última. Charlamos un ratito de lo que quieras. Si quieres te explico un poco cómo funciona esto, así la próxima vez ya no serás novata...

Marcelo me contó que en la casa los chicos se especializaban. Los había que iban con hombres, otros con mujeres y otros que «comían carne y pescado».

–Si puedes no vayas con éstos –me recomendó–. Están acostumbrados a tirarse a tíos y todo el tema del juego previo no se les da bien.

Me contó que las clientas decidían si se dejaban hacer o si tomaban la iniciativa. En el primer caso, podían especificar el tipo de caricia que deseaban. Fuera cual fuera la modalidad escogida, el puto no eyaculaba.

–No somos máquinas, chica. Si tuviéramos que corrernos cada vez que follamos, nos moriríamos. Así que controlamos.

Marcelo también me explicó que la alternativa a las casas de citas eran los teléfonos particulares.

–Te doy el mío, pero no lo comentes –me dijo, anotando el número en un pañuelo de papel–. En la casa no les gusta y de hecho tenemos prohibido anunciarnos en los periódicos. Pero yo en cuanto pueda me meto a particular: se trabaja menos y mejor, no vas tan contra reloj como aquí. Puedes pasar más tiempo con la clienta, conocerla mejor, acompañarla, seducirla… –Me miró y sonrió con picardía–. ¿Qué? ¿Has cambiado de idea?

Le dije que no. Me sentía como una niña pillada en falta y asustada. Además, me preocupaba que Merche estuviera bien. ¿Qué estaría haciendo? ¿Le diría que yo no había hecho nada o mejor fingía que sí? Me miré las manos en silencio.

Al cabo de un tiempo que Marcelo juzgó razonable y para mí fue eterno, volvimos al saloncito. Merche llegó a los cinco minutos, resplandeciente.

–Vámonos, señora –me dijo, agarrándome del brazo.

Se despidió de su Pedro con un beso apasionado mientras Marcelo me daba uno en la mejilla y me guiñaba el ojo otra vez:

–Hasta pronto.

El anfitrión nos despidió en la puerta.

–Son 90 euros cada una –anunció. Saqué 180 del monedero y, antes de que Merche pudiera adelantarse, se los di–. Muchas gracias –respondió, contando los billetes como los cajeros del banco–. Espero que hayan pasado un buen rato y que pronto las volvamos a ver.

Nada más llegar a la calle, Merche estalló:

–Vamos, vamos, ¡que te lo tengo que contar todo! –Y volvió a agarrarme del brazo con decisión.

–Te veo muy animada… –le respondí, pero no abrió la boca hasta que nos instalamos en la mesa más remota de un bar de comidas.

Con un: «¡Espectacular, chica!», Merche concluyó la explicación de las destrezas de «su Pedro», y añadió:

–Lo tengo comprobado: a los hombres se les nota si saben o no, y el Pedro este sabe un rato. Me ha venido de fábula para oxigenarme, no veas qué cutis más terso se me ha puesto. Y tú, ¿qué tal? –

preguntó de repente, como descubriendo que la única clienta no era ella.

Preferí no mentirle:

–Bien y mal. Marcelo es un chico muy agradable, muy guapo, lo que tú quieras, pero yo estaba bloqueada. Sólo hablamos –continué, frotándome las manos, que empezaban a calentarse.

–¿Has pagado 90 euros por hablar? –A su mirada de incredulidad se sobrepuso su carácter emprendedor–. Y hablando de euros, deja que te devuelva...

–Merche, no me debes nada. La agradecida soy yo porque me hayas acompañado. Y no he pagado 90 euros por hablar: he pagado para saber que yo no puedo ver a un hombre y tirármelo. Necesito un poco más de intimidad. Marcelo me habló de anuncios particulares en el periódico, una relación más privada. Quizás ésa sea la manera.

2
Se te ve en la carita

Barcelona estaba casi desierta: se notaba que había partido. Marta me agarró del brazo como queriendo evitar que me fugara.

–Tengo sobredosis de exposición –me dijo en cuanto salimos de la galería–. Vamos a por unas copas y a picar algo, ¿qué dices?

–Pues chica, la verdad es que... Marta resolvió mi duda montándonos en el primer taxi que pasó camino a Gracia. Estaba en plena época bohemia y no iba a ningún otro barrio ni por error. El taxista nos acercó hasta Gran de Gràcia y desde allí dimos unas quince vueltas a pie antes de encontrar la plaza de la Revolución, a pesar de que la amiga no se cortaba interpelando a los pocos transeúntes con los que nos cruzamos. Cuando por fin llegamos al restaurante, me moría por quitarme los zapatos. Debería haberlos estrenado en casa antes de ponérmelos una noche entera. Me desplomé en la silla lo mejor que pude mientras Marta colgaba, impecable, la chaqueta y el bolso y encendía un cigarro con fruición. Comparé su bolso con mi Mandarina Duck *vintage* : realmente, como un Mandarina no hay nada.

–No sabes lo que daría por dejarlo del todo –confesó, mirando mi bolso y su cigarrillo–. Y más desde que en los aeropuertos han quitado las zonas de fumadores. Piensa que, con el adelanto que piden a la tripulación, me puedo pasar horas y horas con ansiedad, porque una vez pasado el control de embarque, cualquiera se va a fumigarse a las zonas restringidas... Y, la verdad, a mí fumar me gusta. Un cigarrillo en la mano te da un toque. Y después de follar, bueno, ni te cuento. Yo para dejar de fumar primero tendría que dejar de follar... –Marta miró decidida al camarero, que, ante dicha revelación, no sabía si dejarnos las cartas o bajarse los pantalones–. Dos copas de vino blanco –le pidió, expeditiva–. Para las tapas

tardaremos un poco más: ya te avisaremos. –Y con un gesto automático, se recogió la media melena caoba en una cola.

En cuanto estuvimos solas, Marta pasó al ataque:

–Hablando de follar, ¿cómo lo llevas? Y no me vengas con que te estás recuperando de Ricardo porque esa historia está un poco pasada. Ya son meses, Bel, meses, y no hay hombre que se merezca tanto luto. Además, tampoco te veo a ti sufrir mucho. Así que cuéntame en qué estás metida, con quién sales...

–No salgo con nadie –confesé mientras me fregaba los dedos de los pies buscando alivio–. Llámame tonta si quieres, pero yo estaba muy enamorada de Ricardo... Y me gustaría superarlo pero no sé qué hacer, porque vocación de virgen como que no, pero la verdad es que hay cada cosa por ahí, que se te quitan las ganas.

–Las ganas no se quitan, querida. Las ganas se manejan. En el último vuelo a Nueva York me enrollé con un escritor, un tipo impresionante. Vamos, que en cuanto le serví el zumo de bienvenida ya supe lo que iba a haber. –Marta fumaba y miraba a su alrededor, el restaurante casi vacío. Agazapado detrás de la barra, el camarero esperaba la señal–. En la cama era regular, pero yo pensaba para mí: «¿Y si está tomando nota y luego me saca en una novela?». Y me motivé a tope, porque yo, para salir mal, prefiero no salir. Y a ver si viene el camarero, que me muero de hambre...

Después de pactar las tapas y de pedir dos copas más, Marta volvió a concentrarse en mí:

–Entonces, ¿follamos o no follamos? Y en caso afirmativo, ¿con quién? Bel, lo de Ricardo pasó y cuanto más te obsesiones, menos vuelve, eso seguro. Indiferencia, querida. Es lo único que entienden: que nos hagamos las duras. Como les muestres el más mínimo interés, estás acabada.

–¡Bueno, bueno! ¡Que la cama tampoco lo es todo! Y el amor, ¿qué?

Marta me miró sorprendida pero yo no lo estaba tanto. Hacía una temporada que me preguntaba por la relación entre sexo y amor. La analizaba en los momentos más insospechados: en el mercado,

depilándome, en alguna reunión de equipo. Tanto hervor moral explotaba a veces en preguntas a bocajarro, a cualquiera y en cualquier lugar.

–Amor. Sexo. Churras. Merinas –deletreó Marta, indicando a uno y otro lado de la mesa para evidenciar que se trataba de conceptos distintos y alejados–. De verdad, Bel, de verdad, ¿eh?

Preferí cambiar de tema. Me agarré a la copa pensando que tenía que explicarle a Marta que su ex oficial me había invitado a un concierto. ¿Qué tenía de malo? Éramos amigos.

–Y tú, ¿cómo lo llevas con Danny? –le pregunté, tanteando el terreno.

–Fenomenal. Nos conocimos, nos acostamos, salimos un tiempo, no funcionó, lo dejamos. Danny es divino de la muerte y muy legal... Un modelo de ex, vamos. –Marta me miró de frente, ignorando al pobre camarero, que parecía un pavo real entre las mesas–. A ver, querida, ¿qué me quieres contar que no me estás contando?

–Danny me ha invitado a un concierto el viernes. Me ha dicho que te lo había propuesto pero que esa noche estás volando –le solté a toda velocidad.

No podía esconderle a Marta, a mi amiga, una cosa así, pero ¿y si se lo tomaba a mal? No había motivo. Conocí a Danny antes que ella y congeniamos desde el primer día. Nunca habíamos pasado a mayores, aunque él siempre bromeaba al respecto: «Eres mi sueño húmedo, nena».

Marta me escudriñó, se zampó una croqueta entera y me miró.

–Pues sí, no estaré. Qué pena, porque ir de conciertos con Danny es total. Te lo recomiendo, vamos. El subidón de adrenalina es afrodisíaco. Y si estás muy apurada, te lo tiras. –Bebió un trago–. Folla de miedo, así que tú misma...

–Pero Marta, no me estarás diciendo que me tire a tu ex, ¿verdad? ¡Somos amigas!

La miré. Se secó la comisura de los labios con la servilleta impoluta y me espetó:

–Querida, cuando hay hombres por medio, no hay amigas.

Los ojos le echaban chispas y aparté la mirada.

…

El viernes, mientras me estaba arreglando para el concierto, sonó el teléfono. Era Danny.

–Nena, han cancelado. Pensaban que iban a llenar la arena y resulta que no.Una pena, porque este grupo es muy bueno... En fin, que tú y yo íbamos a salir y deberíamos seguir saliendo. Te invito a cenar a casa, ¿o qué?

Le dije que sí, picada por la curiosidad. ¿Qué vio Marta en Danny? ¿Lo vería yo? Mejor no, pensé. Anoté la dirección con cierto morbo. Me colgué mi Mandarina nuevo, de piel granate y en forma de bolsa de mensajero. Al llegar, me encontré con su nombre en el buzón: «Daniel Arroyo. Son of Evil». Podría haber puesto «dentista», o «podólogo», pero no. Me preocupé un poco pero decidí subir de todos modos.

Me abrió la puerta la viva estampa del rockero. Pantalón negro, camiseta negra. Melena y aire distante.

–Nena, estás imponente –me dijo Danny mientras me daba un beso y me quitaba la chaqueta–. Te hago un tour rápido y después nos ponemos unos whiskies.

El pequeño comedor tenía la mesa perfectamente puesta, la televisión encendida. Nada diabólico a la vista. Lo primero que me mostró fue la habitación con su colección de música, unos dos mil CD y, sobre todo, vinilos. Insustituibles en caso de robo o daño:

–Aquí está mi vida.

Ya con los hielos en la mano, Danny se pasó la primera hora explicándome su mundo profesional y las para mí insólitas relaciones entre las discográficas, los grupos y los fans. Y sabía lo que decía: por algo está considerado el experto nacional en *heavy metal* .

Cuando ya me di por ilustrada, saqué el tema de la pareja. Quería que me hablara de Marta. Quería entender qué había unido a una

azafata pseudopija y un rockero satánico. Habíamos cenado bien, habíamos bebido mejor, me notaba suelta... Era el momento ideal.

–Yo de mis mujeres no hablo –me replicó Danny, un punto ofendido–. La intimidad es lo último que se pierde. Marta es una chica excelente, ¿o qué?

–No te pido que me cuentes secretos de alcoba. Sólo quería entender qué viste en Marta, porque tampoco os parecéis tanto, ¿no? –insistí, sin saber muy bien por qué. O sabiéndolo: me sentía cómoda, relajada y seductora. Puse el anzuelo automático.

–Pregúntale a ella. Es tu amiga, ¿no? –me dijo con retintín–. Cómo sois las mujeres: cuando os ponéis a competir, no respetáis ni a vuestra madre...

–Oye, que aquí no compite nadie. ¿No te estarás pasando? –Ahora la ofendida era yo, aunque Danny tenía razón: «Si estás muy apurada, te lo tiras. Danny folla de miedo...» Las palabras de Marta resonaban en mi cabeza como una invitación–. Dejemos el tema ya.

–Bel, ¿por qué no hablamos de ti? –me propuso con sorna mientras me llenaba la copa de whisky otra vez.

–No hay mucho que hablar –espeté. Pero me frené a tiempo. O cambiábamos de actitud o la noche acababa mal–. ¿Qué quieres saber?

–Pues mira, podría hablarte de Ricardo pero prefiero que no –dijo. Danny había sido testigo de excepción de la ruptura, dada su amistad con mi ex, pero nunca lo habíamos comentado–. Aquí estamos solos tú y yo y mejor no metemos a más gente, ¿o qué? Será que los sueños húmedos a veces se cumplen. –Y, sin darme cuenta, me lo encontré a mi lado en el sofá. Me quitó el vaso de la mano y me beso sin miramiento alguno–. Tenemos un tema por resolver, nena.

Y lo resolvimos, porque me sentía tan intrigada como él y porque «el tema» se arrastraba entre nosotros desde hacía tanto, que mejor lo liquidábamos de una vez. Danny me sorprendió por educado. Me trataba como si yo fuera un regalo de Navidad. Y Marta tenía razón: folla de miedo.

Serían las cuatro de la madrugada cuando salí de su casa. Me fui sin despedirme, saciada y avergonzada a la vez. Había estado bien. Un polvo higiénico. Sin ataduras. ¿Qué más se le podía pedir a la vida un viernes por la noche? Pasar a mayores no era el caso, por nosotros y por nuestros ex. Los dos lo sabíamos y sabíamos que no volveríamos a hablar del tema.

3
Los Sitios entero

Me llegó recado que el Mario ya está de camino. Señores, el Mario Mena en persona nos visita. Uno menos en el barrio y uno más en Barcelona. Ya tú verás, si al final en La Habana Vieja no quedarán ni las ratas. Hermano Iván, será que el mundo es un pañuelo, pero sucio, asere, que terminamos todos arrejuntaos. Pásame ahí ese plátano. Ya yo veo que tienes hambre pero aquí no se come sin vianda. Dios, qué calor hace en esta cocina tuya, pero qué bien puesta la tienes. Se nota que no la usas mucho, todo tan nuevo... Y yo digo: ¿para qué quieres una cocina así si no tienes quien te guise? Ésas, Iván, son las contradicciones de la vida: ¡con una cocina así abría yo una paladar, hermano!

Pues eso, que el Mario está llegando este sábado, que ya me dirás si me das botella al aeropuerto o cómo hacemos, aunque poca maleta traerá el hombre. Dice que le han dado una beca. ¡Una beca, señores!... Cada quien sale como quiere o como puede. Unos salen por fula, otros por la política y otros decimos que por amor, la cuestión es que va saliendo un cojonal de gente. Pásame una cerveza, que me derrito con tanto calor.

Aunque yo te digo que lo del amor a mí me confunde, porque hay mucho cubano fuera que salió por amor y ahora no sabe qué hacer. ¿Tú no me crees, asere? Sí, ya sé que lo tuyo es distinto, tú estás en onda, hermano, pero aquí hay mucho esforzado, créeme, que los conozco a todos. Todos le van a llorar a Pablito el Piesplanos, su seguro servidor. Lo que no haya visto con estos ojos que Dios me dio, no lo ha visto nadie... Porque una cosa es el relajo tropical y otra cosa es el relajo occidental. Iván, no te rías porque la cosa es seria. Mírame a mí. Tan enamorada estaba la sueca, que ni un mes tardó en mandar carta de invitación. Nada más llegar, un frío de muerte pero yo ni enterarme. La jebita me secuestró una semana entera, entera te digo, dándole cintura, tremenda jodedera. Y así fue que cuando se quedó tranquila me dijo que me buscara la vida,

para aportar, y todo en inglés porque sueco yo no sé y gasto inglés de playa. Pero en Estocolmo no hay vida, asere. Te dan todos los derechos, te ponen a estudiar el idioma, pero tú estás comiendo mierda, camará, y con un frío imponente.

Suerte que me encomendé a mi Virgen, a la Caridad del Cobre –ampárame, mamá–, y ahí fue que la Nely me acogió y me llegué hasta Barcelona. Ya lo dijo don José Raúl Capablanca: «El buen jugador siempre tiene suerte», y ése sí sabía. Ni Kasparov ni Kasparav, ya no quedan maestros. A ver si después nos echamos una partidita y te sacas la espina del último jaque, que un poco más y hacemos la partida más corta de la historia, hermano. Estás falto de práctica. Si es que uno no puede ser el primero en todo…

Mira, Iván, a mí tú no me mires con esa cara, porque tú has tenido aún más suerte, pero mucha más, porque igual trabajas de noche que de día. Tus comiditas, tus saliditas, tus templaditas… ¡Eso es vida, señores! Yo, en cambio, en el Hemingway sirviendo copas noche sí y otra también, que parezco un búho, y sin quejarme. Sácame esos dedos de la cazuela, que tú los metes en muchos lados y me contaminas la caldosa. Sí, asere, tú sí has tenido suerte, porque amar a la mujer es un don que algunos tenemos y otros no, pero cobrar por eso, eso, mi hermano, es muy grande.

Vete poniendo la mesa, que se nos pasa el arroz. Y ya me visto, ¡qué manía! Si como se está mejor es desnudo, así nos hizo la madre naturaleza. A mí me gusta estar suelto, Iván, pero si a ti te da reparo la desnudez… Quién lo iba a decir, ¿no? Acércame ese pantalón… Pues sí, señores. El amor allá en Cuba es una cosa y aquí, otra, y el que no quiera verlo, que no lo vea.

4
El que suene más, se la lleva

A la semana de la cena con Danny, Marta me llamó para salir a bailar:

–Ya sé que la salsa no te gusta, pero lo hacemos por prescripción facultativa, querida... A ver si mejoramos esa vida sexual tuya...

Al oírla me quedé helada: pensé que se había enterado de lo que hubo con su ex, pero me contuve. Me aterrorizaba la idea de que se me notara por teléfono que nos habíamos acostado y acepté la invitación enseguida. De todos modos, me mosqueó un poco que no me preguntara por el concierto.

Marta tenía entradas para el Hemingway, un *privé* donde los pijos de los barrios altos y los latinos sobrevenidos se mezclan en aparente armonía. Cuando llegamos, la discoteca estaba medio vacía y el reservado, más aún. Me alegré, porque entrar intimidaba menos. Tuve la sensación de estar en un parque temático que quería reproducir La Habana. En la oscuridad, piadosa con las arrugas de los clientes, convivían estilizadas plantas tropicales con fotografías en blanco y negro del Malecón. Al fondo, en lo más oscuro, la pista, gobernada por un negro que, según Marta, era un portento sexual.

–Te lo digo por experiencia –confesó y me guiñó un ojo.

Nada más instalarnos decidí tomar la delantera y sacar el tema:

–Lo de Danny estuvo bien, aunque al final no hubo concierto.

–¿Ah, no? –me preguntó, con desinterés más aparente que real–. Y ¿qué hicisteis?

–Me invitó a cenar en su casa. La verdad es que no cocina del todo mal. Y después estuvimos charlando hasta las tantas.

Mi respuesta no era falsa porque sí tuvimos conversación larga antes de pasar a mayores. Recordé un *Manual sobre la infidelidad* que

Ricardo, mi ex, editó y que me leía en voz alta. Uno de los consejos destacados por el autor era el de incluir elementos verdaderos en las coartadas, de modo que el lenguaje corporal no te traicione. Funcionó: Marta me miró y no dijo nada más.

Solos en la pista, una mujer rubia bien vestida, de unos cincuenta años, seguía con mucha soltura los pasos de su pareja. El chico, espectacular, lucía una camiseta que le marcaba los pectorales y unos pantalones negros ceñidos. Zapatos negros a conjunto. Tenía un punto de carnalidad que contrastaba con la ropa de marca y con la mujer en general. Me quedé mirándolos: ¿cómo era posible que estuvieran juntos? Ella bailaba muy bien, se notaba que había tomado clases, bailes de salón o como se llame; a él, el ritmo le fluía más natural... No conseguía quitarles los ojos de encima y me sorprendí al sentir algo parecido a la envidia.

Se terminó la pieza y se fueron a la barra. El chico espectacular hablaba con el camarero. La mujer, pequeña y delgada, parecía mayor que él; les escuchaba con un punto de nerviosismo. Al cabo de un rato salieron los dos de nuevo a la pista. Él me miró sin querer y luego continuó mirándome. El ritual barra-pista-barra volvió a repetirse. Las miradas, también, sin que por suerte ni Marta ni la mujer se dieran cuenta. El local se había ido llenando y podía estudiarle con más disimulo. Era alto, con los cabellos cortados al cepillo y de facciones angulosas. Tenía una de esas caras que no se pueden olvidar.

–¿Cómo tú estás? Aquí el Piesplanos, su seguro servidor. –Cuando Marta nos presentó, el camarero, con su camisa blanca y el cuello cargado de collares, me saludó con retintín, como si mis miradas furtivas no le hubieran pasado inadvertidas. Era de esos tipos convencidos de que si uno tira la caña, acaba pescando, a mí o a otra. Seguro que a veces picaban.

–Bien, ¿y tú? A ver si esto se anima –le respondí, un poco a la defensiva.

–Ya tú sabes cómo es esto. M'hija, son sólo la una... Vaya collar me traes, mi amol...¿Es que has hecho una promesa? Porque me

tienes hechizao… –Me miró con picardía mientras señalaba el collar de cuentas que me había puesto para alegrar el escote preveraniego.

–Ya veo… –Agarré fuerte mi Mandarina *vintage* con las dos manos. Empezaba a aburrirme. El mundo de la cubanía no me interesaba en absoluto: me parecía rancio, derrotado, con esa falsa alegría y esos colores irreales.

–Mami, si ya yo sé que tú no estás pa mí. No tuve esa suerte… Pero igual no soy rencoroso y te digo que preguntaron por ti… –Miró en dirección a la mujer y al chico–. Mi amigo, el Iván, el que está con la señora rubia… En cuanto pueda la acuesta, seguro.

Iván. Me volví hacia la pista y le pillé repasándome de arriba a abajo, mientras hacía girar a la mujer en dirección contraria. Era tal el descaro, que casi se me paró el corazón. Por suerte, Marta se hallaba inmersa en animada conversación con el DJ, porque de otro modo me hubiera frito a insinuaciones.

Fui al baño a reparar el sofocón y, al salir, me di de bruces con el tal Iván.

–Buenas noches.

–Buenas noches –le respondí, un poco desconcertada.

–¿Eres amiga de Pablito?

–¿De qué Pablito?

–El Piesplanos… Te vi hablando con él.

–Me lo acaban de presentar. ¿Y tú?

–Los dos somos de La Habana Vieja. Él se fue pa Suecia y yo, pa Miami. Pero mejor volvemos a la barra… –dijo y abrió la puerta para que yo pudiera salir primero.

Así fue como me encontré sentada en un taburete, preguntándome si me habría vuelto loca. ¿Qué quería ese cubano? Al otro lado de la barra, la mujer rubia, quizás un poco achispada, nos miraba con distante recelo. Yo no quería escenas.

–Te están esperando –le advertí, dándome cuenta de que no me había dicho su nombre.

–Te veo en el servicio en cinco minutos –replicó y se marchó sin

más.

Me quedé de piedra. ¿Qué se había creído? ¿Que yo era una caliente? ¿Que pasaba hambre? La indignación se disolvió en curiosidad. ¿Quién era el tal Iván?

–Piesplanos, ¿me pones otro ron? –Más valía nublar el entendimiento. Me notaba desconocida. Primero Danny, ahora un cubano: igual sí que la separación me había dejado un tanto hambrienta.

Marta se dirigía a zancadas hacia la barra, con un interrogante por bandera.

–Pero bueno, querida... A esto le llamo yo llegar y besar el santo... Y luego dirás que los hombres no te interesan, que si el sexo, que si el amor... –me interpeló.

–Fue él quien me dio conversación –me excusé.

¿Por qué siempre tenía que darle explicaciones? Iván había vuelto a la pista, llevándose a la mujer rubia, cada vez más desacompasada. Menuda, delgada y elegante, ahora se la veía divertida. Tanto, que se le había corrido el rímel. Me dio lástima, pero de la pena ajena pasé enseguida a la propia. ¿Qué iba a hacer yo, en el lavabo, con un hombre pegado a una mujer con el rímel corrido? Mejor no acudir. Sin embargo, al mirarle me fallaba la determinación. Iría y después me olvidaría del tal Iván y de su camiseta ceñida. Así que volví al baño como si nada, consciente de que el Piesplanos me vigilaba. La de cosas que habría visto ese hombre. Todos los perdidos, los turistas, borrachos, exiliados, divorciados y divorciadas, todos pasaban por delante de él rogándole en silencio que bromeara y les hiciera sentir un poco mejor.

Me planté delante de un grifo, rebuscando en el bolso. Al levantar los ojos vi a Iván reflejado en el espejo. Me di la vuelta de sopetón.

–Pues tú dirás.

Se me acercó más aún y me rozó la blusa.

–Me gustas mucho. Tú no tienes miedo de na.

–Ya. Y ¿de qué tengo que tener miedo?

–De na. No voy a hacerte nada malo. ¿Cómo es tu nombre?

–Bel.

–No conozco ese nombre –replicó.

Nunca, pero nunca, había estado tan cerca de un hombre tan atractivo. Aquello era demasiado.

–Es el diminutivo de Isabel –expliqué y de golpe le miré a los ojos.

Se acercó y me dio dos besos, rozándome las orejas, como si quisiera explicarme un secreto.

–Mucho gusto. Yo soy Iván. Mira, Bel, no te voy a engañar. Vine acompañando a una amiga y dice que se quiere marchar ya. La voy a llevar a su casa y vengo por ti luego. Le dije al Piesplanos que te atienda de mi cuenta. ¿Me esperarás?

–La verdad, no sé cuánto rato más voy a quedarme...

–Vuelvo por ti enseguida. –Me dio otro beso, cerca del pendiente, y desapareció.

Me vi en el espejo, con la cara sofocada y los ojos más relucientes que el collar. No me convencía la idea de quedarme en la retaguardia mientras él cumplía con sus obligaciones, pero, para qué engañarnos, ese chico tenía duende para dar y vender.

El ansia me secuestró en cuanto Iván se fue del bar. Sí, se le veía muy interesado, pero ¿se echaría atrás? A fin de cuentas, vaya lío, dejar a la mujer y salir otra vez. Y ya era tarde. ¿Por qué no le había pedido su número de móvil? ¿Cuánto rato tendría que esperarle? Dijo que volvería enseguida, pero lo más probable es que una vez en casa de ella o donde fuera le entrara pereza y se quedara dormido. Claro que, por otro lado, la idea había sido suya. Y también había comprometido al Piesplanos, advirtiéndole de que regresaría. Sí, pero entre hombres todo se entiende, y quedar bien con el Piesplanos no era motivo suficiente para volver.

Me instalé en la barra. Aquél no era mi ambiente, Marta había desaparecido hacía siglos y no tenía con quien hablar. Cómo sería la cosa, que incluso acepté bailar un par de piezas, con un par de

latinos que se me pegaban a la menor excusa. Si Iván no se presentaba, peor para él. Yo había salido a distraerme y eso era exactamente lo que pensaba hacer, me decía a mí misma, con poco convencimiento y un tanto achispada por el ron.

Miraba de reojo el reloj cada tres minutos. Fui al baño dos veces, a refrescarme la cara. La cabeza trabajaba, buscando ya nuevas maneras de ponerme en contacto con Iván si no regresaba. El Piesplanos tendría su número de móvil. Le podría mandar un mensaje. Mi teléfono. Pero ¿por qué narices no me había pedido el número? ¿Tan seguro estaba de que le iba a esperar? Pues pasando, que es gerundio.

El Piesplanos había estado muy poco comunicativo cuando le hablé de Iván.

–Pregúntaselo a él. Mejor él te responde –me repetía.

Sólo me dio pistas vagas. Se conocían de niños, eran vecinos en la calle Refugio, en La Habana Vieja. Fue muy prudente si tenemos en cuenta que aquí el amigo camarero era un hablador de campeonato. ¿Qué hacía Iván en el Hemingway? ¿Quién era aquella mujer rubia? Y, sobre todo, ¿por qué no quería hablarme de él?

–Mira, linda, yo nunca hablo de los negocios de los demás –me advirtió el Piesplanos–, y de mujeres y negocios, mezclao, ¡líbrenme Dios y la Virgen de la Caridad del Cobre!

A aquellas alturas, lo único que yo quería es que Iván volviera. Siempre me había costado mucho el papel de damisela, aplicar «las Reglas» y esperar a que fuera el chico quien llamara. Cuando conocí a Ricardo, mi ex, tuve que esforzarme porque con él no era posible saltarse las normas, pero al romper me concedí el derecho a saltármelas a la torera... Los tres años con él habían agotado todas mis reservas de autoestima, así que ahora cada nuevo hombre era una reválida que no podía suspender.

Iván volvió antes de que yo me hubiera atrevido a irme. Abrió decidido la puerta del Hemingway y la cabeza empezó a darme vueltas. La hora de espera había sido la repetición de la angustia de siempre: «¿Llamará o no llamará?». Por eso, cuando le vi entrar, ya

no había resistencia que oponer. Estaba allí por mí. La gratitud borró todas mis objeciones. De repente quería abrazar a aquel hombre porque no se andaba con rodeos. No pretendía comprenderme, ni le interesaba cómo me iban las cosas en el trabajo, ni cómo estaba mi madre de salud. Intuía que era de los que te hacen sentir reina por un día. ¡Qué caray, me lo merecía! Después de Ricardo, una servidora se merecía todo tipo de admiración.

Iván sabía lo que se hacía. Me saludó con un beso lentísimo y una orden:

–Déjame ese labio suelto. Relájalo, que yo lo pueda morder bien...

Bailando pegados en medio de la pista, aún medio llena, me explicaba sus planes con toda tranquilidad:

–Qué bien que tengas las piernas tan largas. Así tardo más en llegar del dedo del pie al ombligo...

Iván lo daba por hecho. Mientras, yo me dejaba llevar y me preguntaba qué iba a hacer una chica como yo con aquel fiera.

5
Como una nube pasajera

Sentados en la penumbra del bar del Hotel Majestic, Iván me dedicó una sonrisa de complicidad.

–Qué bueno, Rosa, que al fin nos conocemos. Cuéntame un poco de ti. ¿Estás casada, trabajas...?

«Al fin nos conocemos». Sí, al fin había quedado con un hombre de pago. Después del fiasco del Latin Boys, recordé el consejo de Marcelo y me afané a escudriñar la sección de contactos del periódico. Tenía ganas de cerrar el tema. Merche no se atrevió a recordármelo en el siguiente masaje, imagino que por miedo a que le preguntara por «su» Pedro, pero la prudencia le duraría poco, eso seguro.

El anuncio en el que se publicitaba Iván estaba escondido entre un mar de «nuevas señoritas» y «modelos», masajes, griego, francés... Los caminos del placer son infinitos y tienen un vocabulario propio, como cuando buscas piso y tienes que familiarizarte con el «Ext. Sol. Asc». El texto me llamó la atención por breve: «Ofrezco compañía y discreción a señoras solventes. Iván», y a continuación, un número de móvil. Sin encomendarme a nadie, llamé y me atendió al tercer timbre.

–Sí, llamaba por el anuncio del periódico –acerté a susurrar.

–Soy Iván. ¿En qué puedo atenderla? –contestó.

Le comenté que buscaba compañía. Se lo dije tal cual: «Busco compañía». Me respondió que estaría encantado de proporcionármela y me preguntó si quería que nos viéramos en mi casa. Preferí quedar en un lugar neutral y me propuso el bar del Majestic. Después me preguntó cuánto tiempo podría dedicarle (yo a él, imagínate tú) y le pregunté por la tarifa de noche completa. Casi me caigo: ¡900 euros!

Eso sí, me señaló que era un todo incluido y que no tendría que preocuparme por ningún otro gasto. Ya de perdidos, al río. Regatear se me da fatal y tampoco sabía en qué partidas le podía pedir descuento («y si quitamos la cena y dejamos la cama, ¿en cuánto queda?»), así que le dije que sí. Tengo gustos caros: ¡bien podría haberme contentado con Marcelo, a 90 euros la sesión! Pero un capricho es un capricho. Recuerdo que, al colgar, lo único que me preocupaba era cómo iba a ir por Barcelona, en pleno paseo de Gracia, con tantos billetes en el bolso. Acordamos la cita para el viernes siguiente a las ocho y media. Por el timbre de voz intuí que le pareció un poco temprano; igual pensó que era una tacaña, exprimiéndole hasta el último minuto. Pero prefería quedar cuando aún era de día, por si la cosa no arrancaba o se torcía.

Llegó el viernes y allí estábamos Iván y yo, bebiendo gin tonics y conociéndonos. Me preguntó por mi vida y le canté el currículum sin respirar siquiera.

–Soy dermatóloga. Tengo consulta propia. Bien, de hecho tengo dos, la privada y el ambulatorio. Desde que me separé, trabajo más que nunca porque para mí ha sido prioritario recuperar el nivel de vida.

Continuó mirándome mientras me acercaba el plato de cacahuetes que un camarero silencioso había depositado entre los vasos. Al ser baja, la mesita nos obligaba a cierta intimidad. Tampoco debía de resultar extraño, en ese bar, que una mujer rubia y un cubano medio mulato conversaran en susurros.

–Haces bien en preocuparte «por tu nivel de vida», porque quien tiene el dinero lo tiene todo –me animó Iván con picardía.

Era educado y, a la vez, tenía un punto golfo muy atractivo al hablar. Tenía un tono de voz bajo, menos meloso de lo que esperaba. Sin embargo, lo que más me desconcertó fue su mirada: parecía tener rayos X en los ojos y, aun así, conseguía que te sintieras bien siendo observada.

Pasé por alto su insinuación monetaria.

–Mi marido me dejó por una chica más joven, hace seis años.

Cuando me lo dijo, fui yo la que se marchó. No peleé la separación y me arrepiento, porque no salí bien parada. –Tomé aire mientras me restregaba las manos, como siempre que estaba nerviosa–. Pero eso ya pasó y ahora vivo la mar de entretenida. Voy a mi aire y, desde que me divorcié, ni te digo. Me gusta bailar, viajar, la aventura… En verano siempre me baño de noche en el mar. –Bajé la voz, como si acabara de confesarle un crimen, preguntándome por qué le estaba contando tantas intimidades a un desconocido. Por otro lado, no podía dejar de pensar que tenía planeado acostarme con el tal desconocido. La situación era deliciosa y confusa a la vez. La esmeralda de mi anillo desparramaba reflejos verdes sobre la mesita.

Iván me escuchaba en silencio. Estoy segura de que pensó que era primeriza y que por eso me ponía nerviosa y me esforzaba en venderme bien, aunque la que pagara fuera yo.

–¿Te apetece que vayamos a dar un paseo por la playa? –me propuso y añadió con malicia–: A fin de mayo el agua está ya para bañarse de noche…

–¡Huy, me parece que corres mucho! –le respondí, más asustada que ofendida–. Prefiero que cenemos juntos; después vamos a tomar algo o a bailar… Antes de nada, quiero conocerte mejor. Es mi primera cita de este tipo, ¿sabes? –Le miraba y le medía, ahora sí a la defensiva. No sabía qué hacer y me sentía incómoda. Sin embargo, mi indecisión no era problema: el «todo incluido» cubría un buen restaurante y todas las copas que hicieran falta.

–Entonces hacemos como tú dices –se avino–. Cenamos algo tranquilo y después podríamos ir al Hemingway. ¿Conoces? Es una discoteca normal pero tiene un *privé* de música cubana, como yo. Un sitio muy discreto, como yo. Creo que te gustará. –No le hizo falta añadir «como yo». Al ver mi alivio, me envolvió en una sonrisa blanca.

…

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador yo ya estaba

despierta, aunque había dormido muy bien. De repente recordé: ¡había salido con un gigoló!

No había sido tan difícil y me alegraba de haber dado el primer paso. Me levanté de un salto, me fui derecha a la ducha y me metí bajo el chorro de agua frío, siempre frío. Necesitaba ese estímulo diario. Mientras me restregaba con el guante de crin, agradecí en silencio a Merche, *esthéticienne* amiga, que me hubiera dado la idea. Las dos compartíamos un área de interés: la epidermis. Tanto Merche como yo teníamos una reputación envidiable cada una en lo suyo y los clientes iban en aumento. La sociedad actual produce cada vez más mutantes: los trastornos relacionados con el estrés y la ansiedad son frecuentes y a veces de difícil tratamiento. Los de origen psicosomático no se resuelven con higiene y medicación. A veces pienso que Merche, con sus admoniciones, cura más que todos mis fármacos. A este interés común se unía ahora un segundo frente: los hombres de pago.

–Rosa, acabarás liada con el típico divorciado que no sabe freír un huevo y que quiere que le lleves la casa.... –me previno Merche el primer día que salió el tema del gigoló–. Menos la salud, todo tiene precio. Si un chico te acompaña, te entretiene y te hace feliz...¿dónde está el mal? Si me pasara a mí, creo que invertiría la primera cita en hablar con él, en contarnos cosas. Si me diera *feeling* , le volvería a contactar y me acostaría con él encantada de la vida. Además, quien paga manda...

Claro que, a la luz de su salida impetuosa con «su» Pedro, no sabía yo si creer en tanta prudencia... Pero, prudencia aparte, Merche tenía razón: ¿por qué sufrir cuando se puede pagar?

Mientras me secaba el cabello pensé que aquella conversación había resultado profética. Gracias al comentario de Marcelo descubrí la vía para un contacto más íntimo que el del Latin Boys y decidí probar suerte. Y, la verdad, me alegraba de ese nuevo paso en el camino hacia la autonomía. Había avanzado mucho desde que Manuel me dejó. Los primeros años fueron terribles: me sentía inútil y estafada. Lo que era peor, creía que no habría ya segundas oportunidades. Cada decisión fue un logro: planificar las primeras

vacaciones, ir sola al cine, apuntarme a la escuela de baile… Hasta me sorprendí de la rapidez con que me acostumbré a decidir sin consultar. El tiempo, ése era ahora el problema. Las dos consultas me suponían un esfuerzo titánico, pero quería disfrutar de la vida como antes, antes de que Manuel rompiera la baraja y se fuera con esa chica que podía ser su hija y que ya le había hecho padre.

Salí de la ducha y empecé la rutina matinal. La piel la agradece. Entre crema y crema, pasaba revista a la noche anterior. Ya en el restaurante le aclaré a Iván que aquel primer encuentro era a título de acercamiento, aunque le pagara 900 euros por su tiempo. El chico no pareció sorprenderse. «Hablar es bueno para conocerse», dijo. Y se calló. Iván me causó una impresión favorable desde el primer momento. Iba aseado, vestido con ropa de marca. Se notaba que se cuidaba. Quizás llevaba un punto de perfume excesivo, pero me gustó. Me gustó olerlo al bailar con él y que me abrazara en la pista de aquel *privé* cubano, el Hemingway o como se llamara. Era el chico más guapo del local: no había más que ver cómo le miraban las demás mujeres, jóvenes incluidas. Bueno, nos miraban, a los dos, porque lo tuve a mi lado todo el tiempo.

Sí, estuvo pendiente de mí toda la noche y fue muy diligente al llevarme a casa en coche. Me costó, porque no quería mostrarle dónde vivía: ¿y si de repente me lo encontraba merodeando por el barrio? Él pareció leerme el pensamiento: «Dime dónde quieres que te lleve y allí te llevaré», que es bien distinto a «dime dónde está tu casa», ¿no?

Al llegar, se despidió con un beso que casi me hizo cambiar de opinión, pero me había prometido a mí misma tomarme el asunto con calma. No quería que me perjudicara de ninguna manera.

Ahora, pensándolo en frío, sabía que Iván no me iba a perjudicar. La inversión había valido la pena. Tanto trabajar no tenía sentido si no podía darme esos caprichos. Además, Iván me comentó al marcharse que, visto que no habíamos «empatado», pues que me debía un orgasmo. En otras palabras, que la segunda cita no me la iba a cobrar. Me miré al espejo y vi las eternas bolsas bajo los ojos, esa hinchazón que no se reducía con suero alguno. Pensé en Iván: un

buen masaje me iría de maravilla para eliminar el estrés y la retención de líquidos.

6
La vida es corta

Me asomé al balcón. Bañada por la luz y por una especie de energía, me estiré como los gatos. Sentí la necesidad irrefrenable de desayunar al aire libre –los orgasmos siempre me dan hambre–, así que me puse un chándal y bajé al bar de la plaza.

La metamorfosis del Born, mi barrio, ha sido imparable. Todavía recuerdo a los yonquis en la plaza de Sant Agustí el Vell y a las vecinas, más pobres que viejas, conversando en la lavandería que ya no está: sólo los barrios pobres tienen lavanderías. Mi calle, tan anónima, había renacido gracias a diferentes intervenciones arquitectónico-quirúrgicas que aunaban diseño y marginación.

Cuando llegué a la plaza, los turistas, esa nueva plaga que invade Barcelona en busca de recuerdos felices, ya habían tomado casi todas las mesas de la terraza del Ambos Mundos. Levantaban la cara hacia el sol, con una sonrisa que confirmaba nuestro estatus de nuevo paraíso terrenal. En una calle cercana sonaba una canción a todo volumen. Se oían acentos caribeños y gritos de placer que hasta la noche anterior me habían parecido desorbitados... Venían de la comunidad dominicana, que había construido su isla a cien metros de mi escalera.

Tuve suerte con el piso, lo heredé de los abuelos: comprarlo ahora sería prohibitivo. Al principio casi me llevé una desilusión: hasta no hace tanto el Born no era un barrio «bueno», en una ciudad donde nos definimos en función de la zona de residencia. Pero me sentía atada a ese piso familiar y lo fui arreglando poco a poco, hasta convertirlo en una concha confortable. Entonces fue cuando el Ayuntamiento priorizó la reordenación del barrio y la lotería inmobiliaria me tocó por segunda vez en Barcelona, donde tener vivienda es más importante y más difícil que tener pareja.

Conseguí mesa en la terraza y, arrebujada en el chándal, me comí el cruasán en dos bocados. Como los turistas, levanté la cara hacia el sol y cerré los ojos para recordar mejor. Hacía tiempo que no me sentía tan llena, tan a gusto. Estaba tentada de llamar y compartir esa victoria con el doctor Treserras, el médico de cabecera. Todavía recordaba sus palabras de ánimo: «Mujer, usted es joven. Tiene que distraerse...» El buen hombre me detectó la ansiedad a tiempo. Los pulmones se me cerraban y me asfixiaba, creía que me moría. Tuve la suerte de que mi hermana María fuera testigo de mi segunda crisis; al verme jadeando en el suelo, llamó a una ambulancia. Ella también creía que me moría. En el hospital no encontraron nada raro y el doctor Treserras tampoco. Intuyó que el problema no era fisiológico y me derivó a una psiquiatra.

Me costó mucho llamar y pedir hora. Me horrorizaba la idea de sufrir un trastorno mental. ¿Loca, yo? Sólo el recuerdo de las crisis logró convencerme.

«¿Casada? ¿Tiene hijos? ¿Ha sufrido algún aborto? ¿Bebe? ¿Cuántas copas al día? ¿Fuma?» La psiquiatra me preguntó éstas y muchas otras cosas, como quien oye llover. Su diagnóstico fue contundente: soy una perfeccionista. Quiero hacerlo todo y hacerlo bien. Ser la mejor en el trabajo, la mejor hija, la mejor hermana, la amiga más fiable, la amante más seductora... Cuando me lo dijo me di cuenta enseguida de que el diagnóstico era correcto: tantas metas inhumanas habían acabado con mis defensas.

El episodio de ansiedad sucedió poco antes de romper con Ricardo. Llevábamos tres años juntos. Ricardo era de familia rica y no podía imaginarse una vida que no estuviera a su servicio. Ya de pequeño se acostumbró a hacer realidad cualquier deseo, por insensato que fuera, y había terminado por no desear nada. Me sedujo nada más conocerle; se deslizaba elegante por las conversaciones, con la observación inteligente, la impertinencia justa. Era perfecto para mi vocación redentora. Nuestra relación se basaba en un pacto tácito: él me aportaba pedigrí y yo me ocupaba de su estabilidad emocional. Pero ni era un trato entre iguales ni estábamos equipados para poderlo cumplir. A menudo me hacía

sentir inadecuada. Mi conversación le resultaba insoportable por apasionada: «Tienes demasiadas opiniones». Aun así, me entregué como una tonta a reencontrar su yo. Lo perdió de joven, cuando se enamoró por primera vez. Estaba loco por Ruth, una compañera del Liceo Francés, y su madre lo tomó al pie de la letra. Desconcertada por aquella alegría, lo llevó al psicólogo. Ricardo nunca olvidó esa tarde, en la consulta, mientras la madre exponía en su nombre todos sus supuestos males. El psicólogo, sin ningún interés por escuchar su versión, le recetó antidepresivos de caballo, que lo mantenían en un estado hipereufórico. La tal Ruth estaba desconcertada. «Creo que tenía celos de las pastillas», me comentó, con una sonrisa triste. Se acercaron los exámenes y Ricardo decidió por su cuenta dejar la medicación. El bajón fue brutal. El mono, la extrañeza de la novia, el miedo a los exámenes lo sumieron, esta vez sí, en una auténtica depresión. Así fue como Ricardo equiparó «amor» con «enfermedad mental».

Cuando nos conocimos, ya tenía fama de soltero de oro. Pensé –tonta de mí– que lograría «recuperarle como persona». Él quería creerme y me siguió hasta donde pudo, hasta los tres años, hasta que llegó el día fatídico en que pensé que me había quedado embarazada. La gran prueba de amor: «Ricardo, quiero tener este hijo». Su respuesta me heló el alma: «Tú misma». Al final no hubo embarazo, pero los límites de la relación me quedaron claros y estrechos. Tuve la crisis de ansiedad seguida de un principio de dermatitis y nos separamos, de esto hace ocho meses. Me sentía inepta: la culpa era mía (y la ansiedad, también). Por su parte, Ricardo actuaba como si la ruptura nunca se hubiera consumado. De esta manera no tenía que enfrentarse al duelo del que me habló mi psiquiatra.

«Quisiera ser un pez, para mojar mi nariz en tu pecera...» El ritmo tropical me devolvió la imagen de Iván y sonreí, pero el timbre del móvil interrumpió la canción.

–*Bonjour* , Isabel...

No era Iván: era Ricardo, el único que me llamaba por el nombre completo. Después de cortar me había resistido a verle –no quería ni un solo discapacitado emocional en mi vida–, pero no fue tan fácil.

Compartíamos amigos y ambiente y, sobre todo, Ricardo ponía todo su encanto al servicio de la reconciliación. Consiguió, poco a poco, que atendiera sus llamadas, que nos viéramos esporádicamente en grupo. Ahora había pasado a la fase tres: llevaba días intentando una salida a solas. Ese sábado me pilló con la guardia baja, pletórica de amor. Amaba al mundo.

–*Bonjour!* ¿Cómo está hoy el *petit prince* ?

–Pues feliz de pensar que esta noche cenaremos juntos.

–Tú, yo y todos –le respondí–. Hemos quedado en el Arc, ¿no? –La mayoría de los sábados salíamos en grupo a cenar, siempre en el mismo café.

–Hoy sí –me concedió Ricardo–, pero el jueves hemos quedado tú y yo, ¿te acuerdas? Tengo ya la reserva hecha. –En un momento de debilidad extrema, había accedido a esa cita que Ricardo planteaba como un juego inocuo, y ya me estaba arrepintiendo.

–¿Dónde vamos?

–Es una sorpresa.

–Entonces dime cómo quedamos.

–Te recogeré en tu casa a las nueve.

–Preferiría que nos viéramos directamente en el restaurante –le repliqué. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

–Lo sé, querida, pero si te digo dónde ya no será una sorpresa...

–Mira, quedamos a las nueve en la Viniteca, ¿OK? –Por encantador que fuera, no estaba interesada en que Ricardo subiera a casa, y menos ahora que subía otro hombre. Sólo de pensar en Iván se me ponía la piel de gallina.

–De acuerdo, el jueves a las nueve allí, Isabel. Nos vemos luego en el Arc. –Y colgó. Llamándome evitaba tener que hacer un aparte delante de los demás. ¡Anda que no la sabe larga!

Pedí otro cortado y saboreé la sensación saciante de tener a dos hombres detrás. El teléfono sonó otra vez.

–Querida, ¿no me vas a decir nada? –Era Marta–. Te fuiste con tantas prisas, que ni despedirte... Menos mal que el Piesplanos me

tranquilizó y me dijo que no te marchaste sola…

Marta es un peligro. No sé cómo se las arregla, pero está al tanto de todas las aventuras de todo el mundo.

–Pues sí, me fui acompañada. –Más me valía admitirlo de entrada y escapar al interrogatorio.

–Fíjate que yo también. Un niño monísimo, educadísimo y riquísimo. Y aburridísimo en la cama. Me gustaba más el tuyo…

–¿Qué quieres decir, «el mío»?

–Querida, te llevaste a un pedazo cubano que no podías con él… No sé cómo lo haces, pero siempre consigues a los mejores. –A Marta siempre le parecen más interesantes los novios de las otras. Cuando rompí con Ricardo, se lanzó a su caza y captura, sin éxito: Ricardo la considera estridente e inculta y ella no le ha perdonado nunca el desinterés–. Esta noche nos vemos en el Arc, ¿no? –continuó. Para Marta la vida es una fiesta permanente, a la que hay que ir acompañada. Al principio pensé que actuaba así por su trabajo de azafata, hoy aquí, mañana allá, pero creo que el miedo a la soledad es una incapacidad estructural suya–. ¿Vendrá Ricardo?

–Sí. Acaba de llamarme. –«¿Por qué soy tan bocazas?», pensé.

–Ese chico está muy interesado…¿Vais a volver?

–No creo que sea ésa la intención. No tiene nada de malo que aún nos hablemos, ¿no? –Me sentí mal: ¿tendría que pedirle perdón porque mi ex le hubiera dado calabazas? ¿O estaba a la defensiva porque yo sí me había acostado con el suyo?

–Pues nada, allí nos vemos… –me espetó y colgó sin más.

Me molesta su necesidad imperiosa de levantarse a cualquier hombre que haya estado conmigo. Claro que, bien pensado, yo me había tirado a su Danny hacía una semana… Viéndola, cualquiera diría que era una chica sin suerte, y en cambio siempre cuenta maravillas de sus viajes… Además, le debo una cierta lealtad. Estuvo a mi lado en los peores momentos post-Ricardo. Se lo agradecí y se lo agradezco, aunque todavía no me creo que tanta compasión fuera desinteresada.

Pagué el cruasán y los dos cortados y volví a casa. En contra de mis principios, me metí en la cama otra vez. Quería recordar todo lo que Iván me había hecho. Olisqueé la almohada, las sábanas… Me quedé dormida.

Otro móvil me despertó. Eran las cuatro.

–Sí…

–No salgas de la cama, que ahora voy… –La voz de Iván me llenó de alegría.

–Eh, hola… ¿Cómo estás?

–Loco por verte. –Sonreí.

–Yo también.

–Pues voy p'allá.

–Espera, espera… ¿Qué hora es? ¡Uf, las cuatro pasadas! Todavía no me he duchado…

–Pues una ducha que te ahorrarás –replicó.

En un nanosegundo me impuse no ceder. No quería apresurarme.

–¿Por qué no nos vemos mañana por la tarde y tomamos un café? –fue mi contrapropuesta.

Iván pareció dudar.

–A ver… Mañana por la tarde tengo un compromiso. Mejor vengo al mediodía y te traigo el desayuno…

¿Qué compromiso podía tener un domingo por la tarde? La idea me desconcertaba pero su propuesta de avanzar la cita me tranquilizó.

–Vale. Nos vemos mañana a las doce –acepté.

–Que tú sepas que pienso en ti –me dijo. Y colgó.

En plena tormenta de sentimientos, me metí bajo la ducha. El agua aclara las ideas.

…

Habíamos quedado en el Arc, el café de siempre, en la calle de la

Carabassa, una vía tan medieval que siempre la utilizan de decorado en las películas. Su ubicación –todos podíamos llegar a pie– nos convenía. Otro beneficio importante era que el Arc se convertía en bar de copas, con lo cual, si no nos sentíamos expansivos, no hacía falta emigrar. Yo era unas de las que vivía más cerca y quizás por eso solía llegar siempre la primera. Esa noche, sin embargo, se me adelantó Danny, cofundador junto con Ricardo del grupo, además de penúltimo amante mío. Los dos se conocieron gracias a un libro encargado por algún banco a la editorial de Ricardo, con el enciclopédico título de *El rock español en el extranjero: Historia de los principales grupos españoles fuera de España* . Danny aceptó escribirlo: «Me pagará unos cuantos maltas». Lo suyo era el rock en todas sus manifestaciones, ibéricas o menos.

–Me gustaría saber qué es para ti un clásico –le espetó una vez Marta, dándoselas de entendida aunque su formación musical no superara *Los 40 Principales* .

–Fácil. Empiezas por Led Zeppelin, los Rolling, AC/DC y The Doors. Luego sigues con Ozzy Osborne y Black Sabbath, Deep Purple y Aerosmith. Y llegas a Guns n'Roses. Su *Appetite for Destruction* es un clásico; mi preferida es *Sweet Child of Mine* . Este grupo ha sido (es) muy grande.

–Te has dejado a Bon Jovi –intervino Jaime, sorprendiéndonos. Dado que sólo abandonaba su letargo cuando hablaba de cultura, el tema debía de interesarle pero, por otro lado, era el último ser humano al que uno atribuiría tendencias rockeras. Danny sonrió con los ojos entrecerrados.

–Ésos son una pandilla de víctimas del peluquero, pero una casa sin un disco de Bon Jovi no es una casa –concedió y encendió otro cigarrillo. Detrás del crítico de rock se ocultaba un auténtico vaquero del Oeste, que cabalgaba en pos de guitarras y bajos, buscando su leyenda personal.

–Buenas noches. –Le saludé con un beso casto en la mejilla y la curiosidad por ver cómo reaccionaba en aquel primer encuentro postcoital nuestro.

Me devolvió el beso en el mismo lugar. Aquel gesto sellaba pues el pacto de no mirar hacia atrás, es decir, hacia la cama. No me sorprendí. El coleccionista de vinilos era el rey del «aquí te pillo, aquí te mato», un novio en serie cuyo amor definitivo estaba siempre por llegar. Los pantalones ceñidos sobre unas piernas largas, la chaqueta de cuero gastado, la melena oscura... En otro hombre hubieran parecido cómicos pero en Danny eran como una segunda piel. Estaba francamente guapo cuando entrecerraba los ojos, preámbulo de alguna declaración de fondo. Era el típico protagonista de las fantasías sexuales femeninas y, antes de acostarme con él, ya había aparecido en alguna mía gracias a las generosas descripciones de Marta. Me explicó que, la misma noche en que se conocieron, Danny se la tiró en el ascensor de su casa, prescindiendo de los vecinos: «Venga, nena, un poco de *rock'n' roll* ».

–No sabes cómo es... un monstruo –me informó, satisfecha–. Te agarra y no te suelta. Vamos, es de los que suda y hace sudar.

A partir del polvo en el ascensor, Danny y Marta salieron una temporada. La historia no prosperó, pero Marta consiguió lo imposible: continuar viniendo a las cenas y acostándose con él, él que siempre decía que «a una ex, ni agua». Una noche no pude evitar preguntárselo:

–Todavía estás con Marta, ¿no, Danny?

–¿Quieres decir si me acuesto con ella?

–Pues sí. –Me ruboricé.

–Nena, el invierno es largo. Nos hacemos compañía. –Hizo una pausa y me miró–. ¿No estarás celosa, verdad?

–¿De quién, de Marta?

–Mira, si volvemos a nacer y tú no eres la chica de Ricardo, otro gallo nos cantará. Las mujeres lleváis marca. Y yo, las marcas de mis amigos, ni tocarlas. Eso es lo más grande y lo más sagrado. Pero no tiene nada que ver contigo, nena. –Y me acarició la cara con el dedo. Sospecho que esa conversación fue a la vez la causa de nuestro revolcón y la explicación de nuestro pacto de *omertà* .

Acodado en la barra, con el 1,80 casi en posición de firmes,

Danny llamaba la atención por su envergadura, mezclada con una fragilidad que, para mí al menos, ya era aparente.

–¿Cómo estás, nena? –Utilizaba los motes con una soltura tal que ninguna le reñía, aunque jamás los hubiéramos tolerado en boca de otro. Claro que, bien mirado, ahora yo era «princesa» para Iván... pero no quería pensar en él.

–¿Qué tal la semana? –le respondí.

–Tremenda.

Íbamos bien: sólo había sido «tremenda». Danny se tomaba muy en serio su trabajo y los días se le iban en entrevistas, presentaciones y fiestas organizadas por las discográficas. Su reputación le pedía más y más y él se acomodaba. No se atrevía a un cambio. Hubiera tenido que buscarse otro lugar en el mundo y prefería tonto por conocer. Con las mujeres le pasaba tres cuartos de lo mismo. Su planta le reportaba un flujo constante de admiradoras, a las que su agenda o él o ambos descartaban en pocos días. Sólo Marta había llegado a acompañarle a las cenas del Arc.

Justo entonces entró la susodicha, despampanante.

–Hola, hola, hola.

La cena prometía. Los momentos exultantes de Marta nos subían la moral. Marta quería divertirse hasta una edad prudente, buscar entonces un hombre fijo y formar familia. Tener hijos rubios, vestirlos a todos iguales, llevarlos a clases de tenis y veranear en la costa. De momento, estaba en la fase uno: diversión a tope.

–Pero nena, ¿dónde vas tan espectacular? –Danny apreció el escote de Marta, expuesto como bandera al viento.

–A ver qué nos depara la noche. ¿No ha llegado nadie más?

Faltaban Ricardo, que aparecería *fashionably late* , y Jaime y Luisa, que llegarían *terribly late* porque su impuntualidad era legendaria. Nos acomodamos en nuestra mesa habitual y el camarero nos trajo una botella de vino blanco. Danny se pidió su primera cerveza.

–El miércoles, Laura Machado voló con nosotros. –Marta empezó

el repaso de su «lista de VIP», otra de nuestras actividades imprescindibles. Gracias a su trabajo como azafata, nos tenía al corriente de los desplazamientos de famosos y aspirantes. Oyéndola hablar, era ella quien, graciosamente, les permitía tomar asiento, abrocharse los cinturones, despegar y aterrizar–. En persona resulta más guapa que en foto –continuó– y es educadísima.

–¿Quién es educadísima? –Ricardo se sentó frente a mí.

–Hombre, ¡el ilustre! –Sólo a Danny se le ocurriría llamarle así. Entre ellos existía una amistad curiosa. Danny se sentía atraído por el pedigrí del editor y Ricardo, por su parte, encontraba en Danny el acceso a la alevosía.

–Laura Machado es educadísima, querido. Pero tú lo eres más. –Marta era aficionada a piropear a los hombres, ya fueran propios o ajenos. «Ningún tío dice que no a un buen piropo», era otro de sus mantras.

–Vaya... –Ricardo no encajaba bien ninguna apreciación personal. Me cogió de la mano–. Isabel, ¿cómo estás?

–Bueno, digamos que he sobrevivido a otro viaje a Bruselas. –Miré a Ricardo, tan elegante sin proponérselo, y me pareció frío. Me vino Iván a la cabeza, con su atractivo epidérmico.

Justo entonces entraron Jaime y Luisa. Los dos, modernos. Los dos, funcionarios de una institución cultural. Los dos, tan al día y tan poco arriesgados. Habían decidido finalmente irse a vivir juntos hacía dos meses y desde entonces su impuntualidad se había agravado.

–Qué, pareja... ¿qué pasó hoy? –les preguntó Danny sin ánimo de reprensión: su psique no se lo permitiría.

–Estábamos viendo un documental sobre rituales mortuorios en Asia. En septiembre inauguramos la exposición *RIP: la ciudad y la cultura de la muerte* y hay que revisar mucho material. –La capacidad del dúo para culturizar todas sus intervenciones era legendaria. En su mundo sólo cabían las manifestaciones culturales. Punto.

Al vernos a todos, el camarero regresó para tomar nota. Miramos la gran pizarra en la pared donde actualizaba a tiza el menú y

pedimos sin demasiados titubeos, salvo los propios de Marta, para quien casar un plato con un vestido y un estado de ánimo era una labor estratégica. Una vez servidos, se inició el debate semanal.

–Marta voló con Laura Machado –decidió informar Ricardo a Jaime y Luisa, con una pizca de sorna. Como hijo de prohombres barceloneses de tradición centenaria, se mofaba de nuestro interés por los famosos de nuevo cuño y medio pelo.

–Ella voló con nosotros –le corrigió Marta.

–Y la Machado, ¿qué tal es? –le preguntó Luisa, que no hacía ascos al *Hola* (lo consideraba, claro, un fenómeno cultural contemporáneo).

–Más guapa que en foto. Iba moderna… y muy sexy.

–Imposible: ser sexy no es moderno –contesté.

–¿Ah, no? Yo creo que ser sexy es compatible con todo… –Marta me devolvió la pelota con un mohín monroesco.

–Nenas, este tema me interesa. A ver, Bel, ¿qué es para ti *sexy* ? –preguntó Danny, no sin segundas encubiertas. Me maldije por haberme metido en aquel apuro. La frase me había salido sola, pensando en Iván. Iván era sexy, pero no era moderno. No quería dar tantas explicaciones–. ¿Dirías que ser sexy es ser divertido… como yo? –El propio Danny quiso sacarme del apuro.

–Hombre, hay una sexualidad lúdica, pero también existen manifestaciones oscuras –reflexionó Jaime, como si estuviera hablando de un cuadro de Lucian Freud.

–A ver, Isabel… ¿qué querías decir? –Ricardo no pensaba soltarme.

–Creo que yo sé lo que Bel quiere decir. Estás pensando en el cubano al que conocimos en el Hemingway, ¿no? Un auténtico animal tropical. Iba arregladísimo, pero claro, no podríamos describirle como moderno. Aunque quizás ella tiene más información… –Marta me lanzó una mirada victoriosa.

Le devolví una mirada mortal. No quería hablar de esa noche y mucho menos de Iván y menos aún a Ricardo y en público. Pero

tenía que decir algo: todos los ojos estaban fijos en mí, como si yo fuera el oráculo de Delfos.

–Ese cubano del que habla Marta, el que conocimos en el Hemingway –utilicé el plural como un parapeto–, era sexy, pero no moderno. Como si fuera parte de su ADN... Creo que ser sexy es una actitud. Las actitudes se tamizan, pero no se aprenden.

–Estaríamos hablando de un «sexy congénito», pues –terció Luisa, dispuesta a analizarlo todo.

–Sexy se nace –replicó Marta, sin dejar ninguna duda de que ella había nacido así–. Pero después, en la vida, puedes potenciar tu sexualidad o reprimirla. Reprimirla es una fuente de problemas, porque te pierdes a ti mismo y pierdes un montón de oportunidades...

Sentí los ojos de Ricardo fijos en mí, formulándome en silencio la pregunta de si yo le encontraba sexy a él. Hasta hacía ocho meses, la respuesta hubiera sido inequívoca. Ahora me costaba más posicionarme.

7
¿Y qué tú quieres, mami?

Volví a llamar a Iván al cabo de unos días, pocos, y concertamos una nueva cita. Estaba decidida a aprovechar la oferta que me hizo la última vez («el primer orgasmo no te lo cobro, mami: ¡tienes que probarlo!») y a sacar el máximo partido a mis 900 euros. Además, el tiempo jugaba en mi contra. Cuantas más noches le diera vueltas al tema, más cuesta arriba se me pondría. Mejor quedar y zanjarlo que vivir obsesionada.

Repetimos lugar de encuentro, el bar del Majestic. No hacía ni dos semanas y parecía que habían pasado meses, tan distinta me veía. De repente estaba ilusionada, me levantaba con ganas de arreglarme de verdad y no sólo por deferencia hacia los pacientes de las consultas. Incluso salí a comprarme ropa interior nueva. La que tengo está bien, pero quería algo atrevido y me decidí por el primer conjunto en color negro que he tenido en mi vida. Me veía más poderosa, más atractiva, un poco «mujer fatal»... Justo lo que necesitaba para acudir a la cita.

Iván ya estaba en el bar cuando llegué. Nadie le hubiera tomado por un gigoló, aunque el barman le miraba de manera extraña. Igual mi hombre de pago solía tener allí la base de operaciones. O igual el barman era gay. A Iván se le veía tan seguro de su atractivo, que eso le hacía más atractivo aún. No debía sorprenderme de que los hombres también le miraran. Me dio un beso ligero en los labios y me invitó a sentarme frente a la misma mesita baja de la primera vez.

¿Cómo decirle que esa noche era la buena?, pensé mientras el camarero tomaba nota de los dos gin tonics. Dejé de pensar. El profesional era él: él sabría como sacar el tema. La conversación no empezó por ahí sino repasando mi vida desde la última cita.

–La verdad es que no hay tanto que contar. –Le miré y sonreí–. Han aceptado mi ponencia para el congreso de psoriasis dermatológica.

–Esa enfermedad es la que te da prurito, ¿no es cierto? –me preguntó, interesado.

–Cierto. Ahora mismo estoy estudiando la relación entre la psoriasis y la ansiedad. Es una relación que va en los dos sentidos. Los enfermos se sienten ansiosos ante el rechazo social y, por otro lado, la crisis de ansiedad puede derivar en manifestaciones de tipo psoriático. Ése será el tema de mi intervención en el congreso. Será muy importante porque es novedoso, por eso mismo tendré que prepararme muy bien...

Parecía interesado. La pregunta de qué haría Iván en el caso de encontrarse con una cliente psoriática me vino a la cabeza, pero no se la hice. No tocaba. Estábamos tan bien, tan cerca, que no venía a cuento recordarle su condición profesional.

–¿Las consultas van bien? –se interesó.

–Llenas, como siempre. Empiezo a creer que la dermatología es la especialidad médica del futuro. Es como si la piel, que es el órgano humano en mayor contacto con el mundo exterior, no pudiera defendernos ya ante tanta agresión de todo tipo... –Callé y esperé la siguiente pregunta. Lo que llegó fue un plan.

–Me gustaría invitarte a casa. Podemos tomar una cena fría y relajarnos. Llevo unos días de trajín y me apetece estar tranquilo.

–Me parece perfecto –repliqué, casi con demasiada intensidad, y añadí el automático–: ¿Qué quieres que traiga?

–Esta vez invito yo, mami –me dijo, levantando la mano en señal de freno–. Ya habrá otras ocasiones para el regalo. –Llamó por señas al barman y pidió la cuenta, que pagó–. ¿Nos vamos? –Y sosteniéndome el codo con el brazo, me empujó suavemente hacia la salida, de camino hacia el parking.

Iván conducía un Mercedes sensacional y discreto.Me abrió la puerta antes de entrar. Una vez sentados, lo primero que hizo fue encender el CD. Sonaba un bolero triste y elegante, que escuchamos

en silencio hasta llegar a su casa. Quizás lo puso para no tener que hablar, quizás porque le gustaba. Me dije a mí misma que tenía que dejar de ver todo lo que Iván decía o hacía desde una óptica racional, o acabaría pensando que estaba con un robot.

El apartamento en el que entramos tenía aspecto de habitación de hotel bueno: pulcro pero impersonal. No había a la vista ninguna fotografía ni ningún otro objeto que hablara de Iván. En cierto modo me recordó a mi consulta. Nada más llegar, me invitó a sentarme en el sofá mientras desaparecía hacia lo que debía de ser la cocina, para regresar con unas copas de vino.

–¿Blanco? –Más que preguntármelo, parecía confirmarlo.

–Sí. ¿Cómo lo sabes? –respondí, mirando a ese Uri Geller cubano.

–Tienes aspecto de señora de vino blanco.

Me pareció poco científico.

–Seguro que esto lo has aprendido con la práctica –le repliqué, mientras extendía la mano para tomar la copa que me pasaba.

–Con la práctica se aprende todo, mami –argumentó con un leve guiño de ojo, y volvió a desaparecer.

Regresó con una bandeja de canapés, muy bien puestos, y la dejó en una mesita de madera rectangular. Del tercer viaje a la cocina trajo posavasos y servilletas de diseño, a juego. Antes de sentarse, se acercó al interruptor y, con una hábil combinación, dejó la luz eléctrica suficiente para que pudiéramos vernos sin que fuera demasiada y ahogara la vela que prendió en una de las repisas. Iván se movía con suavidad, como un gato, sin pensarlo. Empezamos a comer y a charlar de cosas ajenas: la política, los últimos escándalos de la sociedad barcelonesa. Me sorprendió que estuviera tan al corriente de todo.

–¡A ti no hay quien te pille en falta! –exclamé, impresionada por su análisis de los últimos edificios singulares que se estaban construyendo en la ciudad.

–En arquitectura, no. Soy ingeniero civil. Me especialicé en restauración. He estudiado sobre todo el modernismo habanero, ya tú sabes que allá también llegó la fiebre Gaudí –me respondió con un

punto de orgullo, removiéndose en la otra esquina del sofá. Su desasosiego corporal se acompañaba de una atención inquietante. De repente se acercó y, sin saber qué hacer, le rocé el rostro con la mano.

–Tienes que ponerte protección solar –le recomendé–. Les conviene a las pieles como la tuya. Y añadí, para cambiar de tema–: ¿Hace mucho que vives aquí?

–Desde que llegué a Barcelona. –Iván se levantó y salió, esta vez por otra puerta; regresó con dos whiskies y una cámara polaroid–. Estás tan guapa que voy a hacerte una foto –dijo–. Ven, sentémonos en la terraza. –Me levanté, le seguí hasta la terraza espaciosa y le miré, un poco inquieta–. ¿Quieres que te tome fotos desnuda? –añadió, como sin querer pero clavándome los ojos.

–¡Ni loca! –me asusté.

No era ésa mi fantasía. De hecho, mi experiencia sexual era la convencional. Manuel, mi ex marido, no era amante del riesgo, y quienes le siguieron, empezando por Pedro, el bailarín cincuentón, tampoco. O quizás era yo la que no se atrevía.

–Pero vestida sí te tomo una foto. Y si no me la regalas, te la llevas. No hay negativos. –Disparó–. Sin flash no saldrá. –Se levantó otra vez.

Sentada en la pequeña terraza, a oscuras, entre toallas y chancletas que delataban un día de playa, miré la luna, llena como un foco poderoso en un escenario irreal. Estaba nerviosa y relajada a la vez. Decidí no preguntarme nada y limitarme a estar allí, con ese guapo huidizo. Iván volvió, se sentó frente a mí, colocó el flash, me miró y disparó. Me tendió la instantánea:

–Ya tú ves lo guapa que estás.

Me sentí flotando por dentro. Me repetía una y otra vez que no tenía que pensar: si pensaba en las reglas, se acababa la magia. Me levanté y estiré los brazos. Saltó hacia mí y me llevó al dormitorio. En un abrazo me tumbó en la cama.

–Quiero que te relajes y que estés bien. Déjame que te huela y que te coma.

Me sorprendió la urgencia y el lenguaje, si bien las horas previas de conversación e insinuaciones me habían puesto a tono.

–Bueno, no corras tanto –bromeé, con la poca resistencia que me quedaba–. Yo también quiero que tú estés bien. –La verdad es que, aunque fuera un hombre de pago, la idea de satisfacerle a él era parte intrínseca de mi placer–. ¿Qué puedo hacer yo por ti?

–Mírame –me respondió, alzando la vista–. Mírame a los ojos.

...

Mi bono de diez sesiones con Merche incluía, alternadamente, el masaje de desbloqueo y el tratamiento anticelulítico. Menos mal que ese día tocaba desbloqueo y, por tanto, me tocaba tumbarme boca abajo. Lo que faltaba es que me mirara a los ojos. Bastante persuasiva es ella de natural como para darle pistas. Me hice la dormida todo lo que pude mientras ella iba haciendo presión en determinados puntos de la espalda.

–Chica, ¡estás fenomenal! Te has dejado ir sin problemas, no encuentro nudos, no encuentro tensión… Esto parece un milagro –elogió Merche, haciéndome un gesto para que me diera la vuelta y me tumbara boca arriba. Ése era el mejor momento para la confesión y lo aproveché.

–Es verdad. Estoy relajada por dos motivos. El primero, tus manos de santo. –Merche sonrió satisfecha pero inmediatamente me dedicó una mirada inquisidora.

–¿Y el segundo? A ver si adivino… ¡Te has acostado con un señor estupendo!

Me sonrojé.

–Chica, ni que lo llevara escrito en la cara. Pues la verdad es que sí. Al final yo también me he acostado con un gigoló. –Subrayé el «también» para que Merche se acordara de Pedro, el del Latin Boys, y no me saliera con sermones.

–Pues me parece muy bien –replicó sin darse por aludida–. Yo ya te lo dije, Rosa: estoy cien por cien a favor de que las mujeres nos

cuidemos. Si nosotras no lo hacemos, nadie lo hará. Y si tú para cuidarte quieres pagarte un amante, estupendo, oye. –Se colocó frente a mí masajeando la pierna izquierda en silencio. Yo tampoco decía nada, como en el juego de «a ver quién dura más». Al final, Merche no se pudo contener–: Bueno, y ¿qué tal? ¿Cómo fue la cosa? Chica, no te lo guardes todo para ti, que eso no te ayuda a canalizar la energía. A ver, ¿tenía o no tenía técnica el señor?

–¡Ya lo creo que tenía! –exclamé, disfrutando de la confidencia. Parte de la satisfacción de ligar consiste en explicarlo después a las amigas, y la que diga que no, miente.

Así que, debatiéndome entre las ganas y la reserva, le expuse a Merche mi cita con Iván. Ella escuchaba en silencio, con la cabeza baja y los ojos fijos en mis piernas. De vez en cuando alzaba la vista y me interrumpía: «¿Las copas las pagó él?», «¿Y no te dio reparo subir a casa de un desconocido? ¡Mira tú que si llega a ser un pervertido!». Yo la dejaba hablar y le iba contando, disfrutando del recuerdo pero sobre todo de mi superación personal. Cuando ya hubo averiguado todos los detalles que le interesaban, Merche –que a estas alturas del masaje ya había llegado a los hombros– decidió coger al toro por los cuernos.

–Rosa, chica, me alegro un montón por ti, porque llevabas una racha mala, pero mala –dijo–. ¿Este tipo te ha hecho sentir bien? Mejor para ti. –Me miró mientras yo me incorporaba para vestirme y lanzó la estocada final–: ¿Vas a volverle a ver?

–Pues, la verdad, no lo había pensado –le respondí y era cierto. Sin embargo, en aquel preciso momento supe que mi inconsciente ya había vuelto a citarse con Iván–. Vamos, a poco que me lo pueda permitir, yo creo que quedaré con él una vez al mes, cada tres semanas o así. Como venir a masaje –añadí.

–Un momento, un momento, que una cosa es el masaje y otra, el sexo –me paró Merche, siempre tan celosa de su profesión–. Que sepas que yo tengo clientas que han llegado al orgasmo en esta camilla, ojo, y ellas solas, sin ayuda de nadie. Sólo dejándose ir. Pero bueno, ése no es el tema. El tema es que si le vuelves a ver,

estupendo, y si te vuelves a acostar, estupendo… pero punto. Punto con mayúsculas, Rosa. Ni se te ocurra (pero ni en sueños, ¿me oyes?) enamorarte de un tipo así. Saldrías escaldada. Así que tú pagas, tú exiges, luego una ducha, y punto. En fin, haz lo que quieras que ya eres mayor, pero después no digas que no te he avisado.

Acabé de vestirme en silencio. La amiga tenía razón, pero me molestaba. Estábamos al inicio de la relación, todo era nuevo, por descubrir, ¿era aquél un buen momento para las advertencias? Desde luego, Merche anteponía el sentido del deber al de la oportunidad… cuando le convenía, claro. Pero ahora decidía yo.

8
El bueno soy yo

A las cuatro en punto sonó el timbre y por ahí llegó el Iván, impoluto como siempre, agarrando una jaba de plástico con unas cervezas dentro.

–¿Qué bolá, asere? –saludó.

–Iba a bañarme.

Le traje un pomo y me desaparecí. Me bañé, me sequé y salí al comedor. El Iván no estaba. Se había metido en la cocina. Ese papirriqui continua enamorao de mis frijoles, señores.

–¿Qué nos ofrece hoy el chef? Huele delicioso –dijo aquí el brother. Me puse en marcha, entre cazuelas. Andaba en cueros, con un delantal. Me quito la ropa para no dañarla y debajo nunca llevo nada.

–¡Chico, no te tires con la guagua andando! –le frené justo cuando el depredador se acercaba a la sartén–. Me conseguí malanga y preparé unas frituras. ¿Qué pasó en el Hemingway? –le pregunté sin más.

–Mejor almorzamos primero –dijo.

Se fue pal armario, buscó un mantel casi limpio y puso la mesa. Salí detrás de él, prendí el CD y sonó Pablito en honor a un servidor, porque este negro se muere por la nueva salsa y los salseros se mueren por el Piesplanos. Todo aquel que llega a Barcelona en concierto pasa por el Hemingway. Son mi mundo y, mientras así sea, yo continuaré en la noche, arriba de la bola. Palabra del Piesplanos.

Aparecí con una bandeja humeante y dos pomos de cerveza más. Nos sentamos, que ya era hora.

–Cuidao, que esto quema –advertí al Iván. Tenía hambre y el olor de la malanga me recordaba a La Habana Vieja, así que servidor prefirió quemarse a esperar y mordí una fritura–. ¡Sabroso! –exclamé–. Le puse un poco de ajo, un pensamiento no más... –Volví a mirarle–. ¿Me vas a decir qué pasó esa noche? Porque esa noche, hermano, tú te botaste de

salao. –Le miré fijo. El Iván es como mi hermano menor, y un servidor siempre velando, en la distancia.

–¿Qué tú quieres saber? –me preguntó con desgana.

–Empieza por el principio y no te compliques. Te fuiste con la mujer.

–Bien especial, la señora. Es nueva en el negocio y sólo quería hablar. Estaba investigándome y al final se convenció, pero dijo que necesitaba tiempo. –Mientras me lo contaba, el Iván se llenaba la boca de fritura, qué ansia de comer cubano, señores–. Así que le ofrecí una segunda oportunidad por el precio de la primera. Pronto llamó p'atrás, nos encamamos, la dejé satisfecha y aquí te digo que ésta se hace fija, camará –remató, contento con la operación.

–¿Y la jebita? Te vi marcharte con ella –le insistí al puñetero, que por una vez no soltaba prenda.

–Nos fuimos pa su casa y se armó un despelote –confesó el Iván al fin.

–¿La pasaste bien? Mucho te debió de gustar esa negra pa que volvieras por ella...

–Me tiene loco. –Me miró. Sólo al Piesplanos el Iván podía hacerle una confesión así. Y continuó–: Se entrega de corazón. Y te digo que esa tipa es inteligente.

Por el silencio supe lo que vendría a continuación.

–No le dijiste lo tuyo, ¿verdad? –Esperé una respuesta que no llegaba y tuve que intervenirle–: Mira, chico, tú estás pasmao, detrás del palo y pidiendo el último. Esa gallega te gusta, pero ella no va a entender tus bisnes así se los cuente Santa Bárbara bendita. Ni esa jebita ni ninguna, así que disfrute mientras pueda y después... pa la calle. Ya tú sabes la solución: salte del bisnes y búscate un trabajo común y corriente.

–Resolver eso no está fácil, hermano –me replicó con rabia–. En esta ciudad hay más arquitectos que perros. ¿Quién va a contratar a un ingeniero civil cubano?

Continué mirándole, pa que no se me escapara, y le advertí:

–Mientras tú estés en ese negocio, no hay «me tiene loco» que valga. Tú ganas bien, papirriqui, pero te digo que el amor verdadero, no hay fula en el mundo pa comprarlo. –El Iván hizo un gesto de impotencia y

ahí fue que decidí recurrir a la sabiduría ajena para pasarle el mensaje–: Atiende, chico, lo que te voy a decir, que la frase no es mía –le insistí, sin quitarle la vista de encima y apuntándole con el dedo–. Es de don José Raúl Capablanca, que los santos le tengan en su gloria, y dice así, señores: «Se aprende más en los juegos que se pierden que en las partidas que se ganan». Ya tú me estás copiando, brother.

9
Si te vas conmigo

Al despertar, y como siempre que estoy inquieta, me puse a recoger el apartamento. Según el doctor Treserras se trata de una proyección: ordenando el exterior creemos que conseguimos la paz interior. Poner la lavadora me tranquilizó más bien poco: ¿estaba o no estaba asegurándome sábanas limpias por si cuando Iván llegara nos metíamos en la cama? Tenía curiosidad por volverle a ver: estaba segura de que vendría. Me metí en el baño y, ¡sorpresa!, otra vez los dichosos granitos. La primera vez que tuve la dermatitis fue cuando la crisis de ansiedad: ¡no me fastidies que iba a tener otra! Me apunté buscar un dermatólogo el lunes sin falta, antes de que la cosa pasara a mayores.

A las doce menos cinco sonó el interfono.

–¿Sí?

–Soy yo.

Abrí, preguntándome por qué no había dicho su nombre... Qué discreto. Me gustó. Entró en casa deprisa, cerró la puerta con una mano mientras me abrazaba con la otra.

–¡Qué guapa estás por la mañana! –me dijo entre beso y beso.

Lo llevé al comedor, aunque me moría de ganas de llevármelo al dormitorio. Se sentó, mirando alrededor con atención, como si los muebles y los libros le dieran pistas.

–¿Cómo estás? –me preguntó, abrazándome otra vez–. ¿Has pensado en mí?

–He tenido mucho en que pensar, créeme –le dije con una media sonrisa.

–Yo también. Por ejemplo, en lo que te voy a hacer...

Me saltó encima y nos encontramos jadeando como si se acabara

el mundo. Después me invadió la calma y casi me dormí. Al abrir los ojos, Iván no estaba allí. Me puse en pie y fui hacia el ruido que se oía en la cocina. Estaba trajinando con la cafetera.

–Nos iría bien un café –me informó.

Me lavé un poco, me puse un batín de andar por casa y recogí las bragas del suelo. Encendí un cigarro, uno de los pocos que todavía me fumo cuando necesito concentración.

–Te he visto dos veces y parece que te conozco de toda la vida –se me escapó.

–A mí me pasa igual, porque realmente no se sé cómo tú eres.

–Menos sé yo de ti –repliqué–. Apareces en una discoteca con una señora, te la llevas, vuelves a aparecer y me llevas a mí. ¿No serás un ligón en serie? –Sonreí sin tenerlas todas.

Me miró directo a los ojos.

–Cuando te vi me interesaste. Tenías música, ya tú sabes cómo es eso. Pensé: «Esa niña es pa mí», y volví.

–¿Y la pobre señora? –pregunté, más coqueta que celosa.

–Se sentía cansada y quería marcharse. No estaba bien que se fuera sola.

–Ajá. –No lo entendía del todo pero decidí que no importaba–. O sea que tú eres cubano.

–Habanero de cepa. Hace cinco años que salí pa la Yuma. –Le miré con cara de póquer y tradujo–: Pa los USA, pa Miami.

–Ah, ya. Y de Miami te viniste a Barcelona... –continué.

–Así es.

–¿A hacer qué, si puede saberse? –Después de preguntarlo me sentí un poco inquisidora y nada abierta a la diversidad, pero lo cierto es que Barcelona estaba llenándose de nuevos habitantes que venían de sitios exóticos y se dedicaban a cosas insólitas. Sin ir más lejos, una de mis vecinas era neozelandesa y se ganaba la vida con el *feng-shui* .

–Soy ingeniero civil –me dijo con tono serio–, con los estudios, los papeles, todo... Pero imagínate, en Cuba no hay con qué. Y en Miami

no hay interés: allí lo que manda es el *art déco* y la especulación. En cambio, aquí en Barcelona hay una apuesta oficial por la arquitectura, tenéis el MACBA, la Torre Agbar, todo lo que hay en Montjuïc. Pensé que habría demanda y me vine a probar suerte.

Lo de «apuesta oficial por la arquitectura», Iván lo dijo con respeto, casi bajando la voz.

–Y ¿qué tal?

–Está difícil: aquí hay tremenda cantera. Los arquitectos forman a sus propios discípulos... No es fácil entrar sin recomendación.

–Entonces... –Me callé la segunda parte de la pregunta. No quería oír de Iván que pinchaba discos en alguna salsoteca, que servia copas, que daba clases de salsa los jueves por la noche.

–Entonces, voy resolviendo. Me salen cositas, aquí y allá, mientras voy viendo cómo entrarle a la profesión. ¿Y tú?

–Trabajo en una consultora. Preparamos proyectos de cooperación para la Unión Europea. Viajo mucho y me pagan bien –afirmé con orgullo. El trabajo no me enloquecía, pero el sueldo era bueno y viajaba un par de veces al mes como mínimo. Conocía a personas interesantes. Incluso igual con mi esfuerzo mejoraba algo la situación de los «países menos favorecidos», como se les llama en el argot.

Iván no parecía muy impresionado. Pensé para mí: «Fíjate, él está en el paro, yo trabajo con presupuestos multimillonarios y ni se inmuta...».

–Suena muy interesante... –Lo dijo por obligación–. Y ¿no estás casada?

El cambio de tercio me pilló por sorpresa.

–No. Pero casi. Bueno, la verdad es que rompí con mi novio y ahora él insiste en volver.

–Y ¿qué piensas decirle?

–Pienso pensar. No tengo especial prisa. –Reconozco que le respondí a la defensiva.

–Chica, si tú le quisieras, hablarías de otro modo.

–Ya, pues le quería pero ya no sé si le quiero… ¿Y tú? –Aquello parecía una partida de ping-pong.

–Muchas mujeres pero ninguna en especial… hasta ahora. –Iván me miró como si fuera la primera vez que veía a un ser humano.

–Perdona, guapo, pero suena a frase hecha…

–Pues guapa –me dijo con retintín–, igual no lo es. ¿Me das voto de confianza?

Se tumbó encima de mí y volvió a empezar la danza de caricias… Iván tenía una manera táctil de expresarse, como si sus manos anticiparan los deseos. Esta vez me dejé llevar del todo y al final me quedé dormida.

–Bel. –Me despertó mi nombre susurrado… Allí estaba Iván, duchado ya, vistiéndose. Alcancé a ver cómo se guardaba el móvil en el bolsillo–. Tengo que irme. ¿Puedo llamarte mañana?

Le miré, un poco desconcertada. ¿Dónde podía ir nadie un domingo a primera hora de la tarde y sin comer? Me escaqueé:

–Mañana llegaré tarde.

–OK. Te llamo en la noche y quedamos el miércoles para cenar.

–El miércoles estoy en Bruselas.

–¿Cuándo vuelves?

–El mismo miércoles.

–Mándame un mensaje al móvil con el número de vuelo y la hora y te recojo en el aeropuerto. –Iván me dio un beso y se fue.

Me senté en el sofá y, sin saber muy bien por qué, me puse a pensar en los abuelos: a veces sentía su presencia en la casa, como dos fantasmas buenos. La yaya Antonia se casó con su primer amor, venciendo la resistencia de sus padres gracias a una constancia increíble. Fueron novios ocho años; los últimos cinco, en secreto. Se casaron durante la República y la relación, mal que bien, les duró hasta el final: se acomodaron como uno acomoda las gafas para ver de lejos.

¿Y yo? Yo había pasado tres años de mi vida con Ricardo, decidida a sacar la relación adelante incluso sin su compromiso. Al

final reaccioné y le dejé, harta de no recibir lo que yo quería, pero no harta de él. Me quedé en el desencanto típico de las divorciadas recientes. Ahí me encontró Iván y me estaba dando una energía nueva. ¿Por qué? ¿Porque llevaba tiempo sin sentirme deseada? Lo dudo. La ruptura con Ricardo me puso de nuevo en el candelero y, aspirantes, «haberlos, haylos». Pero no encajaban. Me daban compañía instantánea y descafeinada, ideal para mi vida social, pero nada más.

En cambio, con Iván me sentía mal por sentirme bien. Me sentía como imaginaba que se sienten las mujeres que van al Caribe a buscar amores rápidos y que regresan convencidas de haberlo encontrado. Se casan con el cubano y pasado un tiempo la relación termina, porque nunca empezó del todo. ¿O sí? ¿Iba a dejar que una banalidad como ésa hundiera mis expectativas renovadas con Ricardo? ¿Eran renovadas? Como siempre en estos casos de duda profunda, me fui al cine, a ver si las historias de otros me ayudaban a aclarar la mía o, como mínimo, a aparcarla por un tiempo. Además, en público no podría rascarme y los granitos empezaban a picar.

...

Se abrieron las puertas y le vi enseguida en la zona de Llegadas. Alto, guapo, creando un espacio a su alrededor. Se me secó la boca: Iván era mejor de como yo le recordaba. Me costó llamarle para darle los datos del vuelo, pero la idea de que alguien me estuviera esperando en el aeropuerto era una novedad irresistible. Las pocas veces que Ricardo había venido a recogerme era porque llegábamos tarde a algún sitio.

Iván se dirigió a mí con una sonrisa descomunal.

–¡Bienvenida, princesa! ¿Cómo estás? –Iba a responderle pero su beso me lo impidió. Sin decir nada, me cogió la maleta, me dio la mano y puso dirección al parking. Allí nos esperaba un Mercedes de color negro–. Vamos pa tu casa –me dijo y arrancó sin más.

–¿Qué tal tu semana? –le pregunté, un poco por preguntar.

–Resolviendo. Muy aburrida sin ti –respondió sin quitar el ojo de la carretera–. ¿Y la tuya?

–Estoy agotada. Teníamos que presentar un proyecto contra reloj y llevo tres días sin respirar, como aquel que dice. Y hoy, madrugón para el viaje. Claro que al final lo conseguimos: si es que esto siempre funciona igual.

–¿Estás contenta de verme?

Me quedé callada. La respuesta verdadera podía no ser la más conveniente. La idea de Iván me había mantenido a flote entre reunión y reunión y nada más verle se me había erizado la piel. La dermatitis había aflojado un poco, ¿quizás por el clima belga? Finalmente la dermatóloga me había visitado de urgencia. Me la recomendó Marta y me había causado muy buena impresión. Me había recetado una pomada para calmar el picor, pero tardaba un poco en hacer efecto y los granitos me estaban martirizando.

–¿Y tú?

–Yo pregunté primero...

–Pues sí. Es muy agradable llegar a casa y que te estén esperando.

Me malentendió:

–¿Quién te espera en casa?

–Me estabas esperando tú, ¿no? –Sonreí.

Llegamos al Born antes de lo que yo hubiera querido. Aparcó el coche en una zona prohibida y se dirigió a mi portal llevando la maleta.

–¿Me dejas subir?

–¿Subes para quedarte?

Calló un momento.

–Mira, princesa, eso es lo que yo más querría en el mundo, pero tengo un compromiso. ¿Qué haces mañana por la noche?

La decepción me impedía responder. Intenté arrebatarle la maleta y marcharme.

–Princesa, no te pongas así. Déjame que te suba el equipaje y lo hablamos.

Subimos en silencio. Abrí la puerta y el ventanal, porque sentía que me asfixiaba.

–¿Me invitas a un café?

–Ya sabes dónde está la cocina. –No quería ser maleducada, pero me sentía estafada. Salí detrás de él–: ¿Qué es eso más importante que yo?

–Más importante que tú no hay nada, princesa –respondió, mirándome a los ojos–. La cosa se complicó y tengo que salir a un mandado.

–¿A estas horas? –Pronto serían las nueve. Aquello no podía considerarse horario laboral.

–Mira, princesa, en vez de discutir, ¿por qué no pensamos en mañana por la noche?

–Tengo una cena. –Era verdad. La dichosa cena con Ricardo. De todos modos, de no haberla tenido, me la habría inventado. No estaba por la labor de ceder ante Iván con tanta facilidad.

–A cenar te invito yo –respondió, y añadió con malicia–: Y a postres.

–No puedo.

–Vamos, princesa, cocinaré para ti.

Se sirvió una taza de café. Yo preferí un vaso de agua. Me senté en el salón, buscando el modo de salir de aquel impasse. Iván se sentó a mi lado y me abrazó.

–Mira, Bel, lo que yo más quisiera es quedarme hoy contigo, pero no puede ser. Te ofrezco que nos veamos mañana. Te recojo y nos vamos pa la casa.

–Iván, ya te he dicho que tengo una cena. Yo también tengo una vida, ¿sabes?

Volvió a abrazarme y luego me dijo, en voz baja:

–Princesa, tú puedes quemar cuatro horas de esa vida en esa cena o puedes quemarlas conmigo, en mi balcón, mirando mis plantas. Bel, tú me haces chuchu y quiero estar contigo. –Me tapó la boca con la mano–. Atiéndeme. La vida es muy corta. Yo quiero sexo contigo,

y también quiero conocernos. Si tú quieres sexo, hacemos sexo, y si quieres tranquilidad, tranquilidad. Lo que tú quieras, pero vente conmigo a mi balcón, princesa.

Me quedé callada. No quería elegir lo que quería. Fui a por más agua y cuando volví, Iván ya estaba de pie.

–Mira, quedamos para comer el domingo. Te llamaré para que me digas dónde –concedí.

Iván iba a replicar pero se lo pensó mejor. Me abrazó, apoyándome la cabeza en su hombro.

–Está bien. Si eso es lo que tú quieres, lo hacemos así. Te llamo yo y concretamos. –Me acarició el pelo y salió sin decir nada más.

…

Ricardo ya estaba en la Viniteca cuando llegué, a la noche siguiente. Elegante y sobrio, desprendía un aura de seguridad. Se acercó y me besó en la mejilla.

–Isabel, cada día estás más guapa. –Se dirigió al camarero–: Dos copas de priorato.

Hablamos de temas seguros: libros, películas, amigos. Sobre todo, libros. Ricardo era editor y en su trabajo ponía una pasión que raramente contagiaba otras áreas de su vida. Sin embargo, esa noche sus ojos se agarraban a mí, como nunca antes. Yo me moría por rascarme.

Ricardo había escogido un pequeño y modernísimo restaurante en Gracia. El local tenía sólo media docena de mesas, servía un único turno y, según me comentó, era necesario reservar con semanas de antelación, lo que me hizo pensar que llevaba tiempo maquinando la cita.

Mientras nos iban trayendo los platos que proponía el chef, con sabores que explotaban en la boca, la conversación se adentraba en terrenos más cercanos. El silencio del local sólo se alteraba con los «ohs» y «ahs» de los comensales, cuyo paladar era sorprendido una y otra vez por la creatividad de una cocina que parecía superarse en

cada plato. Con el café llegó la confesión.

–Bel... –Me sorprendí. Ricardo raras veces me llama por el diminutivo. Lo considera cursi. Para él soy «Isabel». Me puse en guardia–. Bel –repitió. Hizo una pausa–. Te debo una disculpa. He sido un desconsiderado. Me daba miedo nuestra historia. Me daba miedo hacerme mayor. Tú dices siempre que tengo el síndrome de Peter Pan y cuesta admitirlo, pero creo que tienes razón. –Segunda pausa–. Sobre todo no quiero hacerme mayor sin ti, Isabel. Quiero que te cases conmigo.

La frase, soltada en un aliento, me estalló en los oídos y cerré los ojos mientras, por debajo de la mesa, agarraba fuerte la servilleta. Hace menos de un año éste hubiera sido el momento más feliz de mi vida. Ahora estaba confusa. Respiré hondo.

–Ricardo –le dije en voz baja–, las cosas no se borran sólo con quererlo. Me moriría si te pasara algo, me importas mucho, pero ahora mismo necesito tiempo.

Me preparé para lo peor. Ricardo no estaba acostumbrado a las negativas. En cualquier momento se levantaría y se marcharía. Me extrañó que no lo hiciera.

–Mira, llevo una sortija de pedida en la chaqueta. –Hurgó en el bolsillo y sacó una cajita de madera. Dentro, un anillo precioso con una piedra que no había visto nunca. Volvió a cerrarla y a meterla en el bolsillo–. Y pienso llevarla encima hasta que me digas que te la dé.

Colgó bien la americana en el respaldo, cerró los ojos y sorbió un trago de vino. Estaba dolido pero, por primera vez, no le vi patalear. Me di cuenta de que iba en serio. Pidió la cuenta y, una vez recuperada la visa, salimos a la calle.

–Te llevo –dijo.

No me atreví a rechistar por miedo a que el tema volviera a salir. Entre nosotros las palabras se habían vuelto muy peligrosas. El trayecto se me hizo eterno y casi me bajé del coche en marcha. Ya en casa, me entró un ataque de sueño y me dormí fulminada.

Al día siguiente me desperté demasiado temprano. Era la primera vez que alguien me pedía en matrimonio. Concretamente, el hombre

con quien hasta hacía ocho meses había querido casarme. Debería estar dando botes de alegría, llamando a Marta, a mis padres. Por otra parte, ¿cómo explicarles que Ricardo, por quien tan mal lo pasé, había cambiado de opinión? Quizás ése fuera el único ingrediente de la historia que importara a todo el mundo...

Me sentía confundida. Me serví una segunda taza de café, con la esperanza de aclarar las ideas. La confusión tenía nombre: Iván. Le acababa de conocer. Sí, me había acostado con él. Claro que tampoco era el primero. El sexo había sido estremecedor, pero tampoco era malo con Ricardo. ¿Por qué les estaba comparando? Había algo más. Una pulsión. Con Iván tenía la sensación de no tener que esforzarme por ser divina y ocurrente. Sólo esperaba de mí que fuera yo. Sólo esperaba que le dejara ser él. ¿Eso era poco o mucho?

10
Quiero irme, vida

Ese día, en la cocina, fue que al fin conocí la historia completa del Iván, señores. Y contada por él mismo. Después de tanta lucha juntos, en la cocina suya es que descubrí cómo ese negro se había convertido en singador profesional.

–Fue gracias a una de mis primeras clientas que conocí los Cayos. Annie, se llamaba. Me contrató para que la acompañara a Cayo Hueso un fin de semana. Estaba más emocionada ella que yo. «You will be so close to Cuba», me decía. –El Iván y yo estábamos sentados junto a la mesa de su modernísima cocina de diseño, tan nueva de poco usada.

»De Miami a Cayo Hueso fuimos en coche, cuatro horas de una tirada, de islote en islote, todos unidos por una autopista que parecía un collar. Era agosto y había que estar loco para ir p'allá. Con el calor y la humedad, no se vive. Allá es temporada baja y va todo a medio gas. Aprovechan y se preparan para los meses de invierno, cuando llegan los jubilados. –El chamaco se ventiló el pomo de cerveza como si estuviera en aquellos mismos calores y no en la primavera de Barcelona–. Fíjate que Cayo Hueso está más cerca de Cuba que de la Florida. A sólo 90 millas, y yo no podía llegar. Uno se muere, asere. Como todos esos cubanos que viven en los Cayos y no quitan los ojos del mar. Esperando a ver salir a Fidel volando para ellos volver. Están salaos y así se les pasan los años. –Le miré al Iván. Ese niche estaba en trance, como hablándose a sí mismo. No había quien le frenara.

»La Annie reservó un hotelito discreto, de lujo, con ventiladores de aspas y jacarandás en el jardín. Pero Cayo Hueso ("Key West", le dicen allá) no me gustó nada. Esas aguas debían de haber sido bien azules, como las de Cayo Largo, pero ahora... ¡ni loco te habrías bañado!

Me levanté, agarré la cazuela y me volví hacia el Iván: quería la historia completa, o no había almuerzo. Nunca me había hablado claro

del oficio, por pudor, por amistad, qué sé yo. Nadie nos dijo, allá en La Habana Vieja, que terminaríamos a miles de kilómetros, cocinando arroz congrí con la misma emoción que si hubiéramos hecho un jonron. Pero ese día se lo pregunté clarito:

–¿Cómo tú te metiste en este bisnes, hermano? –Y cuando el Piesplanos pregunta tan clarito, no se vale el engaño.

–¿Por qué tú preguntas? ¿Que tú quieres entrar en el negocio? –me respondió el Iván, mirándome la pinga con sorna. Ese negro no se acostumbraba a verme cocinar en cueros, vestido sólo con los collares del santo, pero un servidor es así: natural.

–Por saber. El saber no ocupa lugar –le repliqué.

Así fue que Iván empezó hablando de Annie y del viaje a los Cayos. No había sido su primera clienta pero sí una de las más cariñosas y se le notaba casi emocionado, como la niña que recuerda los Quince.

–La Annie me había contratado para no ir sola a una fiesta de unos amigos –continuó–, lo más rico y lo más maricón del Cayo. La mujer tenía dinero y compraba lo que quería. Quiso un hombre y lo compró. –Suspiró–. El sexo no le interesaba demasiado. Tenía cintura de jicotea, pero era tremenda conversadora y muy simpática.

–Pues a mí, una hembra que hable en la cama no me la para –le repliqué, mientras aporreaba la carne de ternera con ímpetu verdadero.

–Pues con la Annie te hubieras entendido bien, porque en la cama esa gringa sí era bien muda. Mala noche, ¡pero al menos muda! –me confesó el Iván, agarrando otra láger del frigo.

–Déjate de mudas y háblame del bisnes –le apresuré, para que no cambiara de conversación.

Se veía que, al Iván, Cayo Hueso le decepcionó. Pensó que encontraría un trozo de Cuba y sólo encontró cubanos amargados.

–P'allá que se fueron los cubanos que huían de los españoles, y doscientos años después, ahí que llegó otro exilio.

–Los exilios nunca son lo mismo, pero son igual –le especifiqué, pero no me dejó continuar.

–Allá fue que yo empecé a pensar en Europa –confesó el Iván–. Vivir

en la Florida era un quiero y no puedo, con tanta añoranza y tanto balsero. –Se había terminado otra vez la láger y le alcancé otra–. La Annie se portó bien. Me llevó en peregrinación a todos los sitios cubanos del Cayo. Que si vamos pal Instituto San Carlos, que si vamos a cenar al Cubanito... Era una buena mujer sola. Así veo yo a las clientas: «buenas mujeres solas». Mi misión consiste en seducirlas, hacer que se sientan bien. Por eso es que se encariñan conmigo y se hacen fijas. Otros compañeros las chulean, pero duran poco: a la mujer no le gusta que la abusen –me explicó, con aire experto.

Coloqué dos platos de arroz congrí en la terraza estupenda del amigo y ya iba a sentarme cuando me llegó la amonestación:

–Oye, negro, como mínimo ponte el delantal, que estamos comiendo y la comida hay que respetarla.

Me fui pa dentro, a investigar, y regresé tapado con un delantal de plástico rojo donde se leía: «Montaditos y Tapas Casa Manolo».

–Tapas de pinga –le dije y nos entró la risa floja. Mientras el Iván se llenaba la boca de arroz con frijoles, volví a las andadas–: Así que fue en los Cayos que te metiste a jinetear...

Le dio un calambre. Al Iván no le gusta que le llamen puto. Él es un acompañante para señoras solventes, señores. Me miró, resignado al vía crucis informativo mío.

–A los Cayos me fui con una clienta, pero el negocio empezó en Miami... –Suspiró con desgana–. Ya tú sabes que cuando llegué me metí a piquero. Un restaurán de mala muerte, lavando cazuelas todo el día. Eso es muy duro, hermano. –Bebió un sorbo de cerveza–. Miami no es Cuba, eso uno lo ve rápido. Claro, está Calle Ocho, pero yo te digo que la Ocho es un souvenir. Allá no hay más que viejos que juegan al ajedrez y planean cómo matar al barbudo... –Calló.

Le miré y callé yo. Seguro que él también habría ido al Versalles a tomarse un plato de ajiaco, para ver si recordaba el olor de la calle nuestra, Refugio entre Prado y Morro, la mejor calle de La Habana, señores.

–Eso va a ser tremenda verbena, cuando el barbudo se muera –le dije, pensativo–. Los de Miami no nos dejarán decir ni la hora.

–Cuenta con eso –corroboró el Iván, y me contó de los anuncios a página entera que publicaban en el Herald, pagados por instituciones que nadie conocía pero que movían fula e influencias: Unidad Cubana, Veteranos de Bahía Cochinos, Cuba Independiente y Democrática...

–Te metiste a piquero... –Retomé la conversación nuestra del bisnes del sexo y así de paso espantábamos los fantasmas futuros.

–Así fue. Aquello era una explotación y me cansé. Un cliente del restaurán me habló del Lario's. Estaba conectao y me consiguió una entrevista. Empecé de camarero y terminé de acompañante –me expuso, como si fuera un currículo normal–. En el Lario's, en Ocean Drive, fue que yo aprendí el oficio. El club más selecto de Miami. Igual te encontrabas a una actriz de California, que a un cantante, que a los ricos más ricos. El local es de los Estefan, ya tú sabes, de la Gloria Estefan: garantía de éxito seguro. –Comió un par de cucharadas de arroz–. Con tanto hablar, me voy a quedar rebujío.

Levanté los brazos.

–Si tú quieres, puedes repetir y tripitir, pero no se detenga, caballero.

–Me dieron trabajo de camarero y allá conocí al Duglas, tremendo cubano. Buena gente. También servía mesas, pero tenía aspiraciones y una pinga que ni te cuento. Al cabo de un par de meses se despidió. «¿Qué vas a hacer ahora?», le pregunté. «Voy a hacer que me paguen por singar, que aquí hay necesidad, hermano», me dijo; «te tengo al corriente». La cosa fue que a las dos semanas o así llamó para proponerme una clienta, que él tenía ya compromiso: «La recoges el miércoles, que tú libras, te sacas tus buenos dólares y me haces un favor». Acepté por curiosidad, por ver si se me paraba la pinga con una temba nomás. Y resultó que la señora estaba riquísima, tremenda sabrosura... Y me dije: «A qué tanto comer mierda si aquí hay negocio». Y hasta hoy. –Y con ese punto y aparte el Iván se recostó en la silla, fatigado de tanta confesión.

Fui a la cocina y regresé con otro plato lleno de arroz y dos cervezas más. Siempre almorzábamos en la terraza, lo mejor de la casa del Iván. Eso y la cocina, claro.

–¿Y en Barcelona? –le apremié. Tantas veces ese negro me había contado la historia a cachos, que era el momento de oírla enterita, del

principio al final.

–Hermano, ¡pero si tú sabes desde el principio! Si tú fuiste la primera persona que visité...

Era cierto.

–Lo sé, m'hijo. Pero yo quiero la versión completa de una vez, así que sigan, caballeros, que esto está llegando al final.

El Iván volvió a suspirar.

–Cuando salí de Miami, buscaba una ciudad con mar. Y me decidí por Barcelona porque para la profesión mía ofrecía posibilidades. Quería dejar el exilio y el negocio, trabajar en lo mío, en restauración de edificios históricos. Me vine con tu dirección y me planté en tu casa, pero eso ya lo sabes, ¿o también lo tengo que contar?

–El negocio, digo... –maticé.

–Invertí tiempo y esfuerzo en contactar con los estudios de arquitectos más principales, pero fue un puro comer mierda: en esta ciudad, sin padrinos no eres nadie, y yo sólo te conocía a ti. Cuando vi que estaba en carne, opté por volver. Fue sencillo. Busqué por Internet una agencia de acompañantes. Contacté, me propusieron una entrevista y les expliqué mi experiencia en Miami. Todo eran mujeres, y eso me gustó: profesionales, bien serias. Pero luego vi que trabajando por cuenta propia me rentaba más el tiempo, y así es como ahora estoy.

–Hermano, con esta vida que llevas, tú no te vas a casar –le dije, después de haber estado pensando en silencio. Sonreí–. ¡Ni falta que hace! Gases del oficio...

–Oye bien lo que te digo –saltó el Iván al instante–, una cosa es el negocio y otra, la vida privada de uno. Y no se pueden mezclar. Cuando yo encuentre a la mujer mía, yo dejo el bisnes y me empato. Y capaz que ya la he encontrado. –Y el Iván me sonrió de vuelta como un niño que ve llegar a Santa Claus.

11
Sólo tú y yo sabemos (lo que está pasando)

Me recosté en el sofá, con el álbum grueso al lado. Puse los pies en la mesita de cristal, donde había dejado la taza de café. Hasta hacía un par de meses –hasta antes de conocer a Iván– llevaba el álbum al día, con las fotos catalogadas y pegadas cada una en su sitio. De vez en cuando las miraba y pensaba en los momentos que querían apresar. Ése sería el último álbum. La nueva cámara digital me había convencido: podía alterar las fotografías, enviarlas, almacenarlas en el ordenador. Todo mucho más ágil que despegar y pegar las malditas esquineras de poliéster, hoja a hoja.

El café se había enfriado. Me levanté, llevé la taza a la cocina y la vacié en el fregadero. Saqué del armario uno de los tantos tarros de cristal donde guardaba las tisanas del herbolario: cola de caballo, ideal para la retención de líquidos. Me sentaría mucho mejor que las toxinas del café. Llené la tetera de agua y me sumí en el ritual de pesar, posar y colar la infusión. Con la taza humeante volví al comedor, sintiendo el sosiego del pasillo en penumbra. Pensé que esa noche vería a Iván y sonreí. Cuando le llamé para quedar me dio la impresión de estar hablando con un amigo, no con un gigoló... ¡Y eso que sólo era la tercera cita! Ahora nos conocíamos mejor y yo estaba a gusto, la verdad. A él también se le veía cómodo. Ya la primera noche, en el Hemingway, me presentó a su amigo el camarero, el Piesplanos, vaya apodo. Le dijo que yo era una «amiga especial». El otro me dio dos besos y ni se inmutó, y yo, encantada de que Iván me presentara como a su «amiga especial», claro.

Al sentarme en el sofá se me ocurrió de repente que mi historia con Iván quedaba mermada por esas fotos que siempre faltarían. «A veces la vida es así», pensé. No me engañaba: no tenía ninguna foto,

ni de Iván ni con él, si excluíamos las fotos eróticas, esas polaroids que arrojaba a la basura con sonrojo después de haberlas usado para excitarme. Me refería a fotos de «nosotros», donde hiciéramos vida de pareja: de viaje, en una cena con los amigos, bailando.

¿Me importaba esa deficiencia? Calenté las manos contra la taza y encendí la lámpara de pie. De acuerdo, me importaba. Me importaba por lo que las imágenes tenían de prueba. Una foto con un hombre le da otro empaque a la relación. Pero, en ese caso, ¿qué caray íbamos a formalizar? ¿Los orgasmos? Por otro lado, ¿qué garantía ofrecen las fotos? Ninguna. La página abierta del álbum mostraba una foto de la cena de gala del congreso de psoriasis de hace…¿cuánto?, ¿seis años? Allí estaba la Sánchez, tan arreglada y repeinada. El marido sosainas que la agarraba del brazo se había esfumado poco después y ella continuaba sin recuperarse. Se había descuidado y había perdido mucho. Otro ejemplo: la chica esa joven que vino hace nada a la consulta, Isabel no sé qué. Con un prurito reincidente. Ya se le había manifestado con motivo de una ruptura y ahora volvía a presentarse. Y eso es de mal tratar, porque si la chica da síntomas psoriáticos cada vez que tiene problemas con los hombres, ya me dirás tú… Mi caso era parecido al de la Sánchez: a mí también me habían abandonado, cierto, pero al menos tenía una vida sexual interesante. Dos vidas, vamos. La de día y la mía. ¿Iba a ser eso mejor por una foto? ¿Más duradero? ¡Por supuesto que no!

Claro que echaba de menos a Iván. Le echaba de menos en ese mismo momento. Pero ya no me refería al cuerpo, sino a la tensión emocional. ¿Hasta cuándo podría durar una relación que no podía ir a más? ¿Cuántas innovaciones sexuales realizaríamos? ¿Cuántas peticiones extravagantes me quedaban aún en el tintero? ¿Cuántos conjuntos de ropa interior más me podía comprar? Mejor me sacaba esas fotos de la cabeza, donde nunca debieron entrar. Con esa decisión tomada, me puse de pie, recogí la taza y guardé el álbum en su discreto rincón. Aún faltaban un par de horas para que Iván pasara a recogerme y las necesitaba todas para arreglarme.

…

A las nueve en punto sonó el timbre y entró mi mulato, impecable como siempre, con su plus habitual de perfume y su camiseta ceñida y unos zapatos bien lustrosos. Le miré admirada y le volví a mirar.

–Iván, ¿te pasa algo? –le pregunté, preocupada por el leve rictus de los labios.

–¿Qué tú crees que me pasa, mami? –me dijo y sonrió enseguida–. Que estoy contento de verte. Lo que sucede es que hoy tuve un día complicado, de esos que nunca se acaban.

–Pero acabará bien, ya verás –le prometí, agarrándole por el brazo.

Nos fuimos los dos al salón. En la mesita ya lucían dos copas de cristal.

–Mami, regio –me dijo Iván–. Pero yo me reservo el champán para después. ¿No tendrías un pomo de cerveza?

–¿Un qué?

–Un pomo, una botella –me tradujo, mientras colgaba la chaqueta en el respaldo de una silla y se repantingaba en el sofá.

Fui a la cocina a por la cerveza, contenta de hacer algo por él. Sobre todo pensando en todo lo que él me haría a mí a continuación. Estaba excitada. No quería esperar al final de la velada para acostarme con Iván. Le hice comprender que tenía ganas de guerra nada más sentarme en el sofá.

Iván me miró a los ojos, bebió un trago a morro y me dijo:

–¿Qué tú quieres, mami?

Me enfadé un poco porque Iván sabía que a mí me cuesta mucho verbalizar las cosas. Si me preguntaba, lo hacía con toda la intención... pero pudieron más las ganas.

–Que me folles –le solté y me puse colorada como un tomate–. Aquí mismo y ahora mismo.

Sin decir nada, Iván dejó la botella y con una serie de precisos movimientos me liberó de las prendas que dificultaban el paso a los puntos estratégicos. Me masajeó los pechos y el clítoris sin dejar de mirarme. Cuando vio que mi excitación estaba culminando, se bajó

los pantalones, se colocó un preservativo y me penetró. Ahí estuvo, dale que te dale, hasta que llegó esa ola que precede a una explosión espectacular. Con la explosión desaparecían todas las tensiones, todos los problemas, todos los miedos. Sólo me quedaba la sensación de alegría y una inmensa calma.

Tras ver que me corría, Iván sacó el miembro, aún erecto, y se quitó el preservativo. No se había corrido. Nunca lo hacía. Una vez le pregunté por qué y me dijo que así controlaba mejor el placer de las señoras. Pero yo sabía por Marcelo, el chico del Latin Boys, que si tenía más de una clienta al día debía limitar las eyaculaciones. Pero en ese momento no quería pensar en las otras mujeres. Quería retener aquel instante de calma y cerré los ojos.

–¿Que tú estás muerta, mami? –me preguntó, burlón.

–Pues te diría que sí –le respondí en un susurro–. Ha sido impresionante, como una ola que te lleva y te voltea y...¡uf! De repente desaparece el estrés. Eres el mejor amante del mundo, Iván.

–Apretaste, mami –me replicó y volvió a sonreír, esta vez con orgullo.

12
Qué bueno sería

La música amansa a las fieras más fieras y yo me dejaba acunar por la voz tropical que me explicaba que las gardenias eran testigos silenciosos de tu amor. Sentada en la terraza del apartamento de Iván, miraba una revista que metí en el último momento en mi Mandarina rojo. Se me ocurrió que podía leerla si me quedaba sola, vaya cosas de pensar cuando vas a comer a casa de tu amante.

Iván cumplió con su palabra y llamó para darme su dirección.

–Te espero el domingo a las dos y media –me dijo.

Incluso después de oír su voz, aquella voz que venía de otro mundo, dudé sobre si iría o no, más por comodidad emocional que por otra cosa. ¿Para qué prolongar una historia que no iba a ningún lado? No sólo eran las dificultades para coincidir. Con paciencia, no hay agenda que no tenga arreglo. Lo que me frenaba era el convencimiento de que juntos no íbamos a ningún sitio. No me veía acudiendo con Iván a las cenas del Arc o almorzando en casa de mi madre. En una palabra: no le veía en mi mundo. No se trataba de que no tuviera educación: lo que me molestaba era la idea de aparecer como la enésima seducida por un novio cubano... «Al final resulta que tengo los mismos prejuicios que Marta», pensé. Para novios ya estaba Ricardo, con su recién descubierta paciencia.

Pero pudo más la curiosidad, así que agarré el Mandarina y suelto para el taxi, porque la dirección que me había dado, en la parte alta, estaba mal comunicada por metro. ¿Qué tenía que perder con Iván, si no teníamos nada?, me convencí. Como poco, ganaba un buen rato, y como mucho, un amigo...

Iván me esperaba a la entrada del edificio. Me dio un beso rápido y sonrió:

–Pase a palacio, princesa… El almuerzo la espera.

El ascensor nos dejó en un quinto piso, muy blanco, muy minimalista… Me sorprendió. Iván me acompañó directamente a la terraza y allí me quedé, con una copa de cava en la mano y muerta de ganas de salir a inspeccionar la casa. Lo poco que vi al entrar me pareció elegante pero impersonal, como las habitaciones de los hoteles de diseño.

–¿Estás cómoda? –Iván me vino a recoger al cabo de una media hora para llevarme al comedor–. Mejor almorzamos dentro.

Dejé la revista en la mesita y le seguí hasta la mesa rectangular. Me sirvió una ensalada que pintaba bien.

–El primer plato –me explicó–. La carne viene después… –Apuntó con el dedo a su torso y me guiñó el ojo.

Llevaba una camiseta blanca y un pantalón caqui, impolutos. La mesa estaba puesta con gusto y el apartamento, con pocos muebles pero modernos, relucía de puro limpio. No conseguí quitarme de la cabeza la sensación de «tránsito», pero no parecía un buen momento para sacar el tema.

Mientras nos bebíamos una botella de cava hablamos de Barcelona y de la familia. Le pregunté cómo había salido de Cuba. Iván se quedó inmóvil unos instantes, mirando hacia algún punto situado más dentro que fuera de él.

–Soy un exiliado –me soltó–, pero soy persona. La gente se cree que los cubanos somos todos unos comebolas. Ellos no saben lo que es salir de tu país y empezar de cero en un lugar donde tú no entiendes ni la hora… Mira, princesa, yo soy cubano blanco. Soy un «pijo», que dirían ustedes. Un pijo habanero. Y en Cuba decimos que los negros se van por mar y los blancos en avión. Y así fue, mi amol: una hermana mía me puso el billete y viré pa Miami. Y allá fue que se me acabó la pijería y me volví normal…

Iván se levantó y regresó al poco con una fotografía antigua, en blanco y negro, bien enmarcada.

–¿Éste quién es? –me preguntó, señalándome a un jovencísimo Che–. Sí, señora, el Che. Y ese que está medio de espaldas, ése es

Fidel, que no se puso bien ni pa la foto. El de las gafas, ése es Manuel Urrutía, el primer y único presidente que ha tenido Cuba desde la Revolución. ¡Y sólo le duró hasta 1959! Y al lado –lo acarició con el dedo–, ése de uniforme, ése es mi papá. Mi papa era héroe militar cuando la Crisis de los Misiles. –Se detuvo un momento largo–. Mi familia vivía bien...

–Y ¿qué pasó?

–Fidel le metió en la cárcel. Mi mamá, que enseñaba en la universidad, se tuvo que cesar. Y los hijos nos fuimos, primero mi hermana mayor y después yo. Ella me ayudó a salir. Me llamó un día y me dijo: «Iván, ¿tú te quieres marchar?». Y yo le dije: «Yo aquí me vuelvo loco, chica; yo no aguanto más». Ella me puso dinero pal pasaje y así es que yo me fui. Porque yo estoy en forma y le avisé a mi hermana: «M'hija, si tú no me consigues pasaje, me voy por el mar, yo me salgo en balsa». Al final fue en avión. Llegué, la policía me interrogó y me dejaron entrar. Me fui pa donde mi hermana. Allí es que empecé a aprender inglés y a situarme, porque yo lo que quería, lo que quiero, es situarme y no ser un comemierda. –Iván se bebió el cava de golpe–. En cuanto pude me conseguí trabajo. De piquero. ¿Tú sabes lo que es «piquero»? Ése es el que friega los platos y las cazuelas en el restaurante. Eso es duro, pero no quería depender ni de mi hermana ni de la comunidad. Yo trabajaba y pagaba mis impuestos, como un ciudadano común y corriente. –Su voz oscilaba entre la arrogancia y la desilusión.

La historia me entristeció. Me presentaba a un Iván menos brillante y seductor y, por eso, más querible.

–¿Echas de menos a Cuba? –le pregunté, sintiéndome fatal por la pregunta.

–Yo soy cubano ahora y hasta que me muera, y si vuelvo a nacer, le pido a Dios nacer cubano –saltó Iván–. Me gusta España y Barcelona y vivo bien aquí, pero como Cuba, no hay otra igual. Y duele, pero mejor sentir eso, porque cuando te quitan de ese dolor, ahí sí ya tú perdiste todo...

No me pude contener. Me levanté, me fui junto a él y le di un

abrazo. De repente me sabía muy mal haber pensado en Iván como en un cubano más, porque era un pedazo de persona: sí, señor.

...

Ya llevábamos, como quien no quiere la cosa, más de un mes «de novios» en palabras de Iván, «de amigos» en las mías. A ese ritmo, las vacaciones de verano las pasaríamos juntos. Desde el almuerzo en su casa las citas se habían hecho más frecuentes y menos clandestinas. Incluso habíamos ido al cine: cuando vas al cine con un hombre, estás ya en otro nivel (me refiero a un hombre con el que ya te has acostado, no con el que piensas que quizás te acostarás).

Me gustaba hablar con Iván, de la vida propia o de la imaginada en películas o libros. Tenía cultura y un sentido común extraordinario. Fue una sorpresa: me esperaba oír un montón de banalidades, y no. Iván escuchaba con atención y sólo después opinaba.

Aunque según él fuéramos novios (me llamaba «esposa», que en cubano es «novia»), yo no definía así la relación. Me daba reparo. Necesitaba más tiempo y más confianza antes de anunciarlo en público. En aquel momento, para mí, Iván era un divertimento que estaba pasando a mayores. Cada vez me sentía mejor junto a él y, por tanto, cada vez le necesitaba más. Era generoso y no sólo en lo económico: Iván siempre actuaba como si lo único importante en su vida fuera yo.

Claro que la otra cara de la moneda era lo poco que sabía de él, más allá de su salida de Cuba. No le gustaba hablar de eso ni, en general, de sí mismo. Quizás por eso sentía que era demasiado pronto para anuncios, aunque parte de mí lo hubiera gritado a los cuatro vientos: «Señoras y señores, Bel es feliz. Finalmente ha encontrado un hombre que la apoya, y no al revés. Un hombre que la cuida y que, además, folla de miedo.»

Los días pasaban en una especie de noria que nunca bajaba: mis citas con Iván se intensificaban, con algún inconveniente que otro

que subsanábamos a fuerza de voluntad: «Todas las agendas tienen arreglo». Nos veíamos a horas poco comunes: al mediodía, los sábados a las cinco, alguna noche entre semana si yo no estaba de viaje. La verdad es que no me importaba mucho. Mi calendario era tan caótico que entendía perfectamente que el suyo fuera igual.

Mientras tanto limité la relación con Ricardo a las salidas en grupo. No había vuelto a insistir en su propuesta de matrimonio, ni lo haría, pero los dos sabíamos que la pelota estaba en mi tejado. En este marco emocional incomparable, quedé con Marta para cenar. Hacía tiempo que no salíamos las dos solas y acepté encantada su propuesta: Marta tiene un mundo que contar y lo cuenta muy bien. Es chispeante, ácida y despiadada en sus análisis de los hombres, sus famosos «post mortems».

El Martini que inició nuestra cita aquel viernes por la noche (Iván ya me había avisado que no podríamos vernos hasta el domingo en la tarde) no presagiaba borrasca. Marta me contó las andanzas de su último vuelo a Nueva York. Llevaba poco en vuelos transatlánticos y disfrutaba de cada viaje como si fuera el primero. Las aventuras más recientes incluían –lo recuerdo bien– un apuesto escritor, lo suficientemente novel como para volar en turista, al que Marta graciosamente alojó en su habitación de hotel durante escasas horas.

–Menos mal que todavía puedo trabajar sin dormir –me comentó.

–Mujer, suena matador. ¿No te estarás drogando?

–Pues mira, es una idea. No sería yo la primera ni la única, aunque de momento me bastan mis propias endorfinas…

Marta siempre realizaba el «post mortem» del hombre que se terciara (novio o aspirante) durante la cena propiamente dicha, nunca antes, así el suspense iba *in crescendo* . Una de las dos exponía un caso y Marta realizaba el diagnóstico. Tiene a los hombres perfectamente estudiados: adivina quiénes son primarios y responden a estrategias todo/nada, quiénes son más sofisticados y juegan al tira y afloja… Para cada categoría tiene un método de seducción. Sus premisas son: «a ningún hombre le gusta que le molesten» y «los hombres no soportan no llevar la iniciativa». El punto crítico de sus

«post mortems» era la elección de la víctima: ¿a quién íbamos a despedazar esa noche? Mi error fue aceptar su idea de que habláramos de Iván, de quien ella poco sabía. Yo le había comentado –cuando era inevitable– alguna cita, sin entrar en detalles. Esa ausencia de información determinó sin duda su interés. Por mi parte, necesitaba compartir mi experiencia con alguien, y Marta parecía la persona indicada. No debí haberme confiado.

–¿Todavía le ves? –Marta disparó a matar.

–Salimos de vez en cuando –respondí, de inmediato a la defensiva.

–Y ¿qué tal es, querida?

Se me escapó una sonrisa.

–Estupendo. Iván es cariñoso, atento, educado... ¡una joya!

–Chica, ¡qué suerte! Y además tiene pinta de ser un semental –añadió Marta en tono inquisidor. Me sonrojé y callé: me molestaba hablar del tema. Serví un poco más de vino en silencio–. No dices nada. ¿Será que el cubano te gusta de verdad? –insistió.

–Se llama Iván –le espeté.

–De acuerdo. ¿Será que el cubano Iván te gusta de verdad?

–¿Tanto importa que sea cubano?

–¡Luego te gusta! Oye, pues no te lo critico. Almudena, una compañera mía de Madrid, tiene un amante en Miami y está encantada. Cada vez que la destinan a la base, vuelve como nueva. Siempre dice que, si tuviera que pagar por tirárselo, pagaría... Yo creo que debe de aflojar pasta, la pobre no está para muchos trotes...

–Marta, ¿tú crees que los cubanos sólo sirven en la cama?

–Los que yo conozco, sí. Pero me parece estupendo que tengas un amante... ¡faltaría más!

Ahí cometí el error fatal:

–Yo no le definiría así.

–¿Qué pasa? ¡No me dirás que no os acostáis, querida!

–No es eso. Pero también hablamos y salimos...

Marta me examinó en silencio.

–¿Lo sabe Ricardo?

Me puse en guardia.

–¿Y por qué tendría que saberlo?

Hablar de Ricardo con Marta también me resultaba incómodo. Yo sabía por Ricardo que ella se le había insinuado cuando rompimos. Ricardo la encontraba resultona pero vulgar, y se lo hizo saber. El episodio me dejó un regusto extraño, porque, si era cierto –y no tenía por qué dudar de Ricardo–, esa proposición cuestionaba la lealtad de Marta, que nunca me la había comentado. Claro que yo sí había consumado con Danny y tampoco se lo había dicho.

–Bueno, Ricardo se muere por ti. No hay más que mirarlo. Cómo te escucha, cómo te habla... Como si sólo existieses tú. –Percibí un cierto retintín en su voz, tan «les habla el comandante Pérez».

–Marta, no estábamos hablando de Ricardo. Estábamos hablando de Iván.

–Pues hablemos. Ahora come de tu mano. «Mi amol» por aquí, «mi amol» por allá... Y es que tú le convienes. Si se enrolla contigo, regulariza su situación, querida. ¿Sabes si tiene papeles? –sentenció Marta, sirviéndose vino con tanto ímpetu que manchó el mantel.

–Tiene todos los permisos habidos y por haber –le defendí. Iván me lo comentó en una ocasión y no volvimos a hablar del tema. Su trabajo continuaba siendo un misterio para mí, pero opté por no decírselo a Marta.

–Mejor. Pero no tiene familia, ni estatus. Mira, Bel, Iván se empareja contigo y, ¡bingo!, se integra de golpe, ¿me entiendes? Ojo, no estoy diciendo que no le gustes, pero ya sabes cómo son los latinos, les gusta cualquiera que lleve faldas... Tú eres su mejor carta, pero ¿qué ganas tú con eso?

–Por ahora gano mucho. Me siento querida y apoyada. Me siento deseada. ¿Te parece poco? –respondí con demasiada vehemencia. Marta había puesto el dedo en la llaga.

–Me parece bárbaro, pero piénsatelo bien. Además, este chico,

¿en qué trabaja?

–Es aparejador. Especialista en restauración.

–No está mal. Y ¿tiene contrato?

–Marta, de verdad, pareces la Delegación del Gobierno...

Me miró con ojos inquisidores.

–Mira, si quieres mi opinión... –Calló. Se disponía a emitir su «post mortem»–: Tú no te comprometas a nada. No te quejarás: ¡tienes a dos hombres suspirando por ti! ¡Pues que suspiren! Aprovecha la historia con el cubano mientras dure y cuando te canses, me lo pasas, porque el tipo está muy, pero que muy bien...

–Lo tendré en cuenta –le respondí, seria.

–No te pongas así, que es broma. ¿Por qué no salimos un día los tres? Podríamos ir al Hemingway. Así lo puedo estudiar mejor y te digo lo que pienso –propuso Marta en tono conciliador.

Apuré el vino. Sus palabras sonaban bienintencionadas, pero me inquietaron.

–Se lo propondré, a ver qué dice... –La idea no me atraía nada pero, por otro lado, valoraba la opinión de Marta y creí que una salida contribuiría a hacérsela cambiar.

Cuando por fin nos despedimos, marqué enseguida el móvil de Iván. Me salió el contestador y la voz de la operadora. Había intentado convencerle de que grabara su propio mensaje, pero me dijo que prefería el estándar, no recuerdo bien por qué. Al llegar a casa me tomé dos pastillas de valeriana y me metí en la cama. Sentía una especie de frío raro.

13
Qué bueno baila usted

Me miré al espejo, tan resplandeciente, con esa luz que da el sexo bien hecho. Como amante, Iván era extraordinario y me hacía experimentar sensaciones fuera de la norma. Empezando por el sexo oral, al que mi ex marido no era muy dado y que a Pedro se le daba fatal. Y a mí, para qué negarlo, el sexo oral me encanta, me parece una forma sublime de intimidad, siempre que se haga con pericia, claro. Iván se las sabía todas y, sobre todo, sabía ponerle interés. Se acercaba como si mi abdomen fuera el centro del universo animal, olisqueando y lamiendo con auténtica entrega. Siempre sentí que le atraía esa práctica, que obtenía gusto, no como otros que se limitaban a fingir y a sustituir la lengua por el dedo a la primera ocasión.

Sí, el sexo con Iván era extraordinario, pero lo era por cómo era él. Vamos, yo creo que con otro amante no podría alcanzar esas cotas, porque para eso hay que ir muy acompasados, con mucha complicidad. Y eso es lo que habíamos cultivado Iván y yo, complicidad. Nos veíamos a menudo y cada vez más en público y a mí no me importaba nada, ¡qué me iba a importar, si él estaba encantado! Pensaba pedirle que me acompañara a la cena de gala del congreso de psoriasis dermatológica, y que se murieran de envidia las demás, con sus maridos casposos y sus disfunciones eréctiles.

Con Iván me sentía cómoda en la cama y fuera de ella. Podíamos hablar de todo. Lo que más me impresionaba era su manera de escuchar, sintonizando con el detalle. Todo le interesaba y para todo tenía una respuesta acertada, aunque fuera basada en el mero sentido común, sentido extraordinario en los tiempos que corren.

Cierto que la relación continuaba incluyendo el dinero, pero en un par de ocasiones Iván lo había rechazado: «Deja que te invite,

mami», decía, y tema zanjado. No sé, la cosa ya no estaba tan clara. Cuando salíamos a cenar siempre pagaba él la cuenta, hubiera yo pagado o no la noche. Digo yo que algún interés tenía que tener. El caso es que ya no me sentía clienta sino más bien confidente.

¿Qué era Iván para mí? El chico había ido escalando posiciones sin hacer ruido. Primero le vi como un mero objeto sexual. Ahora le tenía por compañero de aventuras, a punto de transformarse en acompañante social y después... quién sabe. Estaba dispuesta a lo que fuera por mantener esa relación que me permitía sentirme a gusto conmigo misma por primera vez en mi vida, y ya era hora. Por eso, delante del espejo, me preguntaba si el resplandor era puro letargo postcoital o si no estábamos hablando ya de palabras mayores.

De acuerdo, yo le llevaba años a Iván. Unos veinte, para ser sincera. Pero no se nos notaba tanto: yo me conservo bien, y él, con esto de que no es blanco cien por ciento, pues no resulta tan fácil adivinarle la edad. Además, las parejas en las que la mujer es mayor que el hombre son cada vez más frecuentes. Vamos, que, por mi parte, ninguna pega. Pero decidí que necesitaba una segunda opinión y me armé de valor: le propuse a Merche que viniera a tomar un café justo en mi próxima cita con Iván, así lo veía y me decía lo que pensaba. A Iván no se lo advertí: quería que se comportara natural, sin esforzarse, como me gustaba a mí. Seguro que Merche acababa igual de encantada que yo.

...

El Día D –o mejor, la Tarde D–, Merche llegó puntualísima y muy intrigada:

–Bueno, ¿a qué tanto misterio con la crema ésta que no puedes traer al masaje?

Le había comentado que unos laboratorios me había pasado en exclusiva y en primicia un nuevo remedio con una capacidad impresionante de borrar las arrugas. Se lo expliqué en el máximo secreto y le dije que no podía arriesgarme a llevarlo a su estética, por

cuestiones de confidencialidad. Merche, picada la curiosidad, se brindó a venir a mi casa. A pesar de los años que hacía que nos tratábamos, no habíamos frecuentado mucho los respectivos domicilios. Ésa igual era la tercera vez que Merche venía a casa. No paraba quieta en el comedor y andaba de un lado a otro curioseándolo todo.

–Lo tienes puesto estupendo. Felicidades, Rosa. Se nota que hay gusto y que hay pelaje –alabó–. Bueno, y la crema, ¿qué?

–Deja que primero te sirva un cava, mujer, que debes de estar cansada... –Le sonreí y me fui a la cocina a por las copas. Le había contado una media verdad, o una media mentira, según se mirara: el remedio contra las arrugas no era una crema...¡era un hombre! Dejé que sobreviviera el malentendido para ganar tiempo, porque el mozo se estaba retrasando. Eso me tenía preocupada, no era la primera vez. Ya lo comentaríamos en otra ocasión.

Saqué la bandeja al comedor y dejé las tres copas en la mesita de cristal.

–¿Tres? –inquirió rápida Merche, que no pierde jamás comba.

–Sí, tres. –Le sonreí y ya no pude resistir–: «Remedio», Merche, «remedio». Yo te hablé de remedio, no de ungüento. El remedio para las arrugas no es una crema, Merche...¡es un hombre! Quiero que conozcas a Iván, que está a punto de llegar.

La cara se le puso de todos los colores.

–Pero ¿cómo no me avisas antes? ¿Tú crees que yo puedo presentarme de esta manera, las manos sin arreglar? ¿Por qué me tomas el pelo?

Antes de que pudiera continuar quejándose, sonó el timbre y entró Iván. Como siempre, me dio un abrazo volcánico, que sólo aflojó al divisar, por encima de mis hombros, a Merche. Me miró, preguntándome sin preguntar.

–Mira, cariño, te presento a mi amiga Merche. Le he hablado tanto de ti, que teníais que conoceros en persona. Y aquí estáis.

Los dos se midieron con la mirada, como los gladiadores tomando distancias en el circo romano. A partir de entonces, la cosa fue a

peor.

–Encantado –le dijo Iván, dándole dos besos protocolarios–. ¿Cómo es que tú te llamas?

–Merche. Mercedes –le deletreó la otra, con una cierta sensación de inferioridad. Y cómo no tenerla, frente a un hombre hecho un figurín y a una amiga (yo) arregladísima.

Les serví el cava esperando que el alcohol contribuyera a relajar los ánimos. Iván se sentó a mi lado, en el sofá, como marcando las distancias.

–Mercedes. Bonito nombre. Ya tú sabes que en la religión nuestra es Obatalá, orisha de la claridad –le explicó.

–Y qué religión es ésa, ¿si puede saberse? –le preguntó Merche, convertida en una nueva Torquemada.

–La religión yoruba. Piensa que Obatalá, la Virgen de las Mercedes, es la patrona de La Habana, pero mi orisha es Yemayá.

–Y ¿qué tal es como Virgen vuestra? –pregunté a Iván, para echarle un cabo.

–Dice la leyenda que se enamoró de Inle, lo raptó y se lo llevó al fondo del mar, que es donde ella vive. Una vez satisfecha, se cansó y devolvió a Inle al mundo. Pero como Inle había conocido los secretos del fondo del mar, Yemayá le cortó la lengua –explicó Iván con solvencia y añadió–: y Obatalá la castigó.

–Eso sí es una mujer con carácter –saltó Merche–, y no otras. De esa Yemayá tendríamos que aprender –añadió, mirándome y mirando a Iván alternativamente, por si el mensaje no quedaba claro.

Me sentí muy violenta y salí hacia la cocina, con la excusa de traer otra botella de cava. ¿Qué mosca le había picado a Merche con Iván? Normalmente era una mujer amable, cariñosa, y en cambio, en mi casa y frente a mi novio, se estaba comportando como una maleducada. Me sentía desconcertada y triste a la vez. No hacía falta preguntarle su opinión: me había dejado bien claro que Iván no le gustaba.

Volví al comedor, botella en mano, y descubrí que la

conversación sobre la santería no había terminado. Ahora le tocaba el turno a Iván.

–Yemayá es brava y generosa –dijo, sonriendo algo forzadamente a Merche–, pero también iracunda. Y de las vírgenes iracundas, mejor se guarda uno –acabó y se volvió para mí, haciendo buenas sus palabras.

...

Al parecer, el problema de Merche no era la diferencia de edad: era el dinero. Me lo dejó claro en el siguiente masaje. Para romper el hielo que quedó tras el fallido encuentro en mi casa, fui yo la que saqué el tema de Iván. Y se puso furiosa. Tanto que, cuando le insinué que mi relación con él iba a más, por poco me tira de la camilla.

–Date la vuelta, así, boca arriba, porque lo que te voy a decir quiero que lo oigas bien –me amonestó Merche, en un tono que no le conocía–. Rosa, me temía que esto iba a pasar. Estabas en un momento débil, con cantidad de estática negativa, y buscamos una solución que te reanimara, ¿te acuerdas? Ahí fue cuando nos fuimos donde la plaza Urquinaona –precisó, bajando la voz como si su marido pudiera oírla, metidas las dos en la cabina de masaje, con la luz suave y las paredes pintadas de azul claro. Merche continuó–: Quedó claro, o eso creía yo, que lo de pagar era un parche, un remedio para salir del bajón... Te lo repetí cuando me comentaste que te habías acostado con Iván, ¿te acuerdas? «Ni se te ocurra, pero ni en sueños, enamorarte de un tipo así. Saldrías escaldada. Así que tú pagas, tú exiges, luego una ducha, y punto.» Y ahora que le he visto en persona, estoy convencida. Esos aires, esa suficiencia, que si la Virgen de las Mercedes... ¡Qué sabrá él de vírgenes, si es un puto, por Dios! ¡Y conste que te lo previne ya antes de conocerle! Si es que lo veía venir, madre mía...

Merche tenía un auténtico disgusto y yo me estaba enfadando.

–Vale, Merche, me avisaste y te agradezco que te preocupes por

mí. Pero cuando nosotras lo comentamos, yo no conocía a Iván de nada. Ahora que le conozco mejor, pues le veo otras cualidades, y creo que él en mí también. Y me da pena que tú no se las hayas visto. –Me incorporé de la camilla, protegiendo mi desnudez con la toalla blanca.

–¿Qué cualidades ve él en ti, Rosa? –Me miró y se dio cuenta de que se había pasado–. Eres una señora extraordinaria, inteligente, bien cuidada... ¡pero lo que a él le atrae es tu Visa!

Ahí ya no pude más.

–O sea que, mucho masaje de desbloqueo, pero al final, ni con éstas conseguimos rejuvenecer a las clientas, ¿verdad, Merche? Igual en tu masaje también hay engaño. Porque al final se trata de esto, ¿no? De la diferencia de edad.

Merche salió de la cabina dando un portazo. Volvió al rato, secándose los ojos con un trozo del rollo de papel que empleaba para cubrir las camillas.

–Rosa, igual no te he hablado con delicadeza pero es que soy muy directa, perdóname. Pero creo que has perdido el juicio y sólo así puedo entender que me hables de esta manera. Lo siento, pero tengo que pedirte que te vayas.

Y con las mismas recogió la toalla, que de la sorpresa se me había caído al suelo, me la dio y volvió a salir de la cabina, dejándome más desnuda que nunca.

14
Como pantera

Ese domingo llegó el Iván a la casa mía bien bravo.

–¿Qué bolá? –le pregunté al abrir y tuve que apartarme porque ese niche entró en tromba.

–Esa amiga de Bel, esa chica, es de mal fario y me las va a hacer pagar –exclamó.

–Pues anoche parecían todos tan amigos –le corregí. No hacía ni unas horas que el Iván se había presentado en el Hemingway con las dos mujeres, la esposa y la amiga tremenda. Puse café al fuego y aparté algunos trastos para hacer un sitio en las sillas. El Iván se dejó caer, abatido–. Cuéntame pues –le dije, sirviéndole una taza bien cargada.

Se ve que la idea de salir los tres fue de la amiga y la esposa de Iván se la transmitió:

–«Podríamos ir con Marta (es la chica con la que estaba la noche en que nos conocimos, una muy guapa, rubia, muy vistosa, te tienes que acordar…) al Hemingway. No hemos vuelto desde entonces…» «Como tu tú quieras, amor. Celebraremos el aniversario.» –me contaba el Iván en voz baja, con mucha rabia interior–. Bel se puso incómoda, como siempre que le digo un cariño. Esa mujer es como un gato, se eriza… Y luego le pregunté: «¿No será que tu amiga quiere empatarse con Pablito?». «¿Con quién?», me dijo ella. «Con mi amigo el Piesplanos, el camarero.» Y esa niña me miró con cara de incredulidad y se desentendió: «Eso que lo decida ella, que con los hombres se basta y se sobra…».

Serví más café y miré al Iván impávido.

–Y a ti, ¿quién te mandó promocionarme? Yo me vendo solo, camará. Pero te agradezco igual, porque esa mujer está cañón.

–Cañón… Cañón cargao, bicho malo donde lo haya… –saltó el Iván.

–Mira, chico, nos va a dar la noche como no aceleres. ¿Qué hubo con

la amiga? –le apremié.

Bebió un trago.

–Esa mujer es un peligro. Me pidió que bailáramos, se me pegó buscando pinga como loca y, por si la cosa no estuviera clara, me lo dijo.

–¿Qué fue que te dijo? –le pregunté, mientras el Iván se levantaba inquieto de la silla.

Ahí me contó que la escena resultó de lo más incómoda. Llegaron al Hemingway en plena animación, después de recoger a la Marta esa. El Iván dijo que parecía simpática, muy cariñosa. Y la mujer tiene tremendo fuego, no hay más que verla.

–Ya en el coche veía por el retrovisor cómo me miraba. Aquello era una invitación en toda regla, pero no hice caso. Después de todo, era amiga de mi esposa –explicó el Iván en defensa propia.

Recordé que al entrar vinieron derechos pa mi barra; como no había clientela, les atendí enseguida. Empezamos a conversar, ellas por un lado y nosotros por otro. Finalmente coincidimos y ahí fue evidente que, a la Marta, quien le interesaba no era yo:

–Este lugar me encanta –exclamó–. Es tan... caliente. – Se rió a la vez que miraba de reojo al Iván.

–¿Caliente?... ¡Esto está que arde! –le repliqué–. Y el primero que se quema soy yo, si me dan lumbre. –Le dediqué la propuesta a la tal Marta, pero ésta hizo como quien oye llover.

–Y a vosotros, ¿qué os parece cómo bailamos los de aquí? –preguntó. Noté que alargaba su brazo, apoyado en la barra, hacia el Iván.

–Aquí en el Hemingway hay gente que baila de fábula –intervino la tal Bel.

–¿Por qué no bailamos? A ver si practico, que desde el último vuelo a Miami no he tenido ocasión... –Al Iván y a mí nos sorprendió que conociera Miami.

–¿Tú vas mucho por allá? –le preguntó el Iván.

–Te prometo que si me sacas a la pista te lo cuento todo –insistió la amiga.

El Iván miró a su esposa. Por buena que estuviera la amiga, la que le

interesaba era ella y ese niche no iba a meterse en candela por eso.

–Venga, a bailar... ¿A qué esperáis? –les animó la esposa. Si estaba molesta, lo disimulaba muy bien.

Saqué un ron y serví dos tragos. El Iván continuó con la explicación:

–La tipa me agarra como si le fuera la vida y me lleva bien al fondo de la pista, donde está más oscuro, para que su amiga no vea cómo le roba el novio. No sabe na de la vida, esa mujer. Y yo alborotao, porque ya tú ves, a mí me piden guerra y se la doy, pero yo no quiero estropear nada con Bel y la voy frenando. Y la amiga decide poner el punto a la i, por si no la estoy entendiendo, y me lo dice clarito...: «Me encantan los cubanos».

»“¿Tú crees que somos todos latin lovers?”, le respondí yo, tratando de no sonar maleducado.

»“¿Por qué? ¿Tú no lo crees?”

»“Mira, homosexual no soy, ni tampoco soy de piedra...”, la aparté un poco.

»“¿Qué pasa? ¿No te gusto?”, saltó ella, directa al grano.

»“No es eso, mujer. Te ves tremenda. Pero yo estoy con tu amiga, ya tú sabes.”

»“Pero ¿sois novios formales? No, ¿verdad? Pues entonces...”

Iván decidió aclararle también la situación:

–«A mí, Bel me gusta. Yo la quiero y la respeto y quiero estar en su vida como algo bueno, porque esa mujer se merece todo...»

»“Ya. Y me vas a decir que desde que os conocéis le has sido fiel...”, insistió la amiga con tono sarcástico. Ahí me puso en un compromiso. Yo no sabía qué podía haber oído esa loca de mí. Pero sí supe que, a mi manera, le había sido fiel a Bel. No había dejado el trabajo, era cierto, eso no se podía aún, pero cada vez pensaba más en cómo resolver mi vida para cuadrar en la suya.

»“Teniendo una mujer como ella, ¿qué más puedo pedir?”, le respondí a la tal Marta. Y se lanzó: “Puedes pedir otras mujeres...”.

»Te juro, Pablito, que esa salsa se me hizo eterna y la mujer esa, pegada y restregándose toda. Y le dije:

»“Te agradezco el ofrecimiento, pero tendré que declinar.”

»La tipa se puso seria (“tú verás lo que haces”), y ahí ya volvimos a la barra.

El Iván calló, esperando mi reacción. Me toqué los collares de santo y me puse de pie a su lado.

–Mala onda, camará –le vaticiné–. Tu esposa no sabe qué tipo de amiga tiene. Y ésa es tremenda fiera, y no va a parar hasta que tú pagues... Mala onda –le repetí, como en trance–, pero si quieres confirmar, echamos los caracoles.

–Si hago el santo, será para protegerme, Pablo –me respondió el Iván–, y para protegerse de una alimaña así, no hace falta molestar a los santos –concluyó.

Qué poco sabía el Iván entonces lo errado que andaba, señores. Pero yo algo intuí porque me volteé y le dije, citando al maestro Capablanca:

–Atiende, chico: «Un vencedor es siempre un vencedor, aunque la victoria sea mínima», y esa Marta te cogió lucha y eso es así, con caracoles o sin caracoles.

15
Un consejo pa ti

Después de varias ausencias, aquel sábado acudí al Café Arc. Llevaba semanas sin ver a nadie del grupo y me apetecía. Con Marta no habíamos vuelto a coincidir después de la salida al Hemingway. Por su parte, tenía programados diversos vuelos y, por la mía, no había ganas. Sólo me hizo una llamada de cortesía, al día siguiente.

–¿Cómo estás? Quería decirte que me lo pasé muy bien. La verdad es que el Hemingway es un sitio excitante y tus amigos cubanos son encantadores.

–Ya vi cómo bailabas con Iván –le espeté.

–Oye, ¡baila de maravilla! Y sólo habla de ti, querida. Lo tienes en el bote. Y el otro, el camarero, también es muy amable, pero, qué quieres que te diga, no es mi tipo.

No hacía falta que lo jurara. El Piesplanos no era ni guapo ni rico ni famoso y, por tanto, el radar de Marta no lo registraba.

Me esmeré en arreglarme para la cena: acudirían todos los sospechosos habituales: Ricardo, cómo no, Danny y sus patillas, Jaime y Luisa. Cuando llegué al Arc, Danny ya adornaba la barra. Me dio un achuchón, embutido en sus tejanos y una camiseta nueva.

–¿Y eso? –le pregunté, apuntándole con el dedo a la camiseta.

–Nada. Acabo de volver de Oslo. Estuve haciendo un reportaje sobre el *black metal* noruego y estos tíos, los Darkthrone, son los fundadores. Una caña, góticos pero potentes...

–Suenan un poco mortuorios... –El logo que Danny lucía representaba una especie de araña blanca, con patas en forma de rayos, sobre fondo negro.

–¡Lo son! Incluso tienen un LP titulado *Bajo una luna funeraria* . Pero han revolucionado el *metal* metiendo sonidos ambiente, nuevos

tempos... Una caña, de verdad. Y también estuve con los de Emperor, que son la versión romántica...

Pedí una copa de vino y me sumergí en el submundo de los grupos marginales noruegos. Danny no tenía freno y lo confesaba: «Yo, es que si me enciendo, no me paro, ¿o qué?».

En éstas llegó Ricardo, con unos pantalones que podían haber pertenecido al mismo príncipe de Gales y cara de contento. ¿Un poco forzada, quizás?

–¡Isabel! ¡Cuánto tiempo! Me alegro de verte tan bien. Y tú qué, ¿qué tal tu viaje?

Danny no tuvo tiempo de responder, que ya entraban Marta, Luisa y Jaime.

–Me los he encontrado en la calle y los he secuestrado para que no se nos perdieran –explicó Marta, orgullosa de su victoria ante la impuntualidad de la pareja.

–Pues justo hoy llegábamos bien, porque tenemos que deciros una cosa. –Luisa miró a Jaime con complicidad.

–¡Os casáis! –saltó Marta, sin esperar a sentarse siquiera.

Se pusieron colorados mientras asentían.

–Reservábamos el anuncio para los postres...

El dueño, que es italiano, apareció enseguida con una botella de *spumante* .

–Pido perdón, pero he escuchado lo que decías –dijo–. Esto es champán de mi país, para celebrar.

Luisa le dedicó dos besos y el primer brindis. Pedimos algo para picar: con tanta emoción, no había quien seleccionara el menú. Más apaciguados, Jaime entró en detalles.

–La verdad es que hubiéramos podido continuar sin boda hasta el fin de los tiempos. La convivencia nos funciona, pero un día analizamos la situación...

Me los imaginaba, desmenuzando sesudos los pros y contras de los distintos estados civiles y anotándolos en dos columnas.

Luisa le interrumpió:

–Si estás bien, si te quieres, si hay continuidad, lo mejor es el matrimonio. No como compromiso (eso ya lo tienes), sino como estructura. Es la forma social idónea: ordena tus impuestos, ampara a tus hijos…

–¡No me digas que os casáis de penalti! –intervino Danny, viéndose ya de tío.

–Pues no, aunque no nos importaría. Nos casamos porque el matrimonio es el ámbito que mejor define nuestra relación –concluyó Luisa.

Pillé a Ricardo mirándome y por un instante temí que expusiera la propuesta que me había hecho, y a la que yo no había respondido aún. Me recompuse: Ricardo jamás tendría una salida de tono de ese calibre.

–A mí me encantaría casarme –terció Marta–. Te sientes más protegida, más segura…

–Chica, ¡que no estás hablando de una compresa! –Danny no se resistía a frivolizar.

–Oye, querido, que esto es serio –atajó Marta–. Luisa y Jaime han tenido la gran suerte, repito, la gran suerte, de conocerse y encajar ¿Tú sabes lo difícil que es eso? El patio está fatal: los hombres estáis asustados…

–… Y nosotras ya no os reímos las gracias como antes –intervine.

–Bueno, eso lo dices por ti, que eres más moderna –terció Marta otra vez–. A los hombres les gusta llevar la iniciativa y yo lo respeto. Así son las reglas del juego.

–¿Y quién dice que esas reglas son las que tienen que ser? –Me mordí la lengua. En el grupo me habían colgado el sambenito de feminista, pero es que Marta me ponía de los nervios.

–Pues la experiencia, querida. Por muy liberadas que estemos, por buen salario que tengamos, aunque nos acostemos con quien nos dé la gana –Marta me miró fijamente–, al final, lo suyo es un compañero de vida. Y sí, ahí se acaban las moderneces y volvemos a lo de siempre: a la boda y a la monogamia.

–Y al sábado, sabadete –explotó Danny–. La noción le sonaba a marciano, a él, un rockanrolero que «mojaba» en los lugares y momentos más absurdos.

–Yo veo el matrimonio como compromiso –intervino Ricardo–. Es cierto, como dice Luisa, que la convivencia te da la base, pero así la formalizas a los ojos de todo el mundo.

–Eso lo dices porque «vosotros» sois muy dados a los bodorrios de lujo, con cámara y acción –saltó Marta.

–No es cuestión de clase, aunque ya sé que para ti siempre seré un pijo irredento –se defendió Ricardo, mirándola con cierto aire de superioridad.

Callamos un momento mientras los tenedores revoloteaban por entre los platos de tapas y nos pasábamos el pan como si fuera la pipa de la paz. El Arc se había llenado hasta la bandera de modernos. Las lucecitas que serpenteaban por el local le daban un aire falsamente navideño, como si fuera Navidad en verano.

–Me llama la atención que ninguno hayamos mencionado el deseo, o la pasión. –Una vez saciada el hambre, no me pude callar y volví a las andadas.

–A eso iba yo –me respondió Danny–; para mí, el matrimonio lo mata todo. Se acabó la fiesta, se acabó la lujuria y el sexo salvaje.

–Igual eso es secundario. –Luisa miró a Jaime con cara de satisfecha reciente.

–Secundario, ¿para quién? ¿Para nosotras? Porque a Danny bien que le importa y, en general, a los hombres les priva. ¿Estamos diciendo que las mujeres no deseamos? –Ahí sí que ya no me pude contener.

–Yo creo que deseamos distinto. Para una mujer, el sexo es parte de un todo. –Luisa sonrió.

–¡Porque no tiene otra opción! Si la mujer quiere sexo, necesita una relación, esporádica o estable. Y si ya tiene una edad y no tiene una relación, ¿cómo se las arregla? –insistí.

–Digo yo que podrá contratar un gigoló –repuso Marta, con

desdén.

–Ya. ¿Tú conoces alguno? –le espeté.

–Claro que no, ni creo que tú lo necesites, querida –replicó.

Ricardo me miró y bajé los ojos. El pobre imaginaba que yo le había contado a Marta su propuesta matrimonial. Le devolví la mirada, para que viera que ese toro no iba a por él.

–Estoy de acuerdo con Bel –me socorrió Danny–. A partir de cierta edad, la mujer pasa necesidad. Nosotros vamos a por carne fresca y a las de cincuenta, ni mirarlas. Aunque yo digo que la veteranía es un grado y que hay señoras estupendas...

–Estupendas e invisibles –terció Luisa, cambiando de bando de repente–, mujeres que no se sienten tales porque esta sociedad no incluye espacios para su deseo, porque los hombres que les interesan están buscando Lolitas y...

–Quieta, ¡soooo! –la interrumpió Danny–. Si al final la culpa será mía, y eso que yo ya estoy convencido. Vamos, que si puedo apoyar a la causa de la mujer madura, apoyo sin problemas...

–Madura o no, que tú apoyas, lo sabemos. –Luisa se echó a reír.

–Y tomamos buena nota –añadió Marta, en un susurro invitador.

Y la verdad, aunque fuera su ex, el comentario de Marta me supo mal.

...

–Ha estado bien la tertulia, ¿no crees?

Salimos del Café Arc y Ricardo se colocó a mi lado. Aunque fuera negra noche hacía calor y las calles medievales del Casco Antiguo estaban llenas de turistas y jóvenes sedientos de botellón. En una esquina, tres chicas discutían a voces sentadas en un portal.

–Siempre me arrepiento de lo que digo –confesé a Ricardo–. Me veis como a una feminista rabiosa y trasnochada...

–Eso es por la intensidad que le pones a todo. –Ricardo me cogió del brazo y olí su colonia, discreta y persistente–. Comparto lo que

has dicho. El sexo y el deseo son importantes en una relación. –Se detuvo de repente en medio de la calle estrecha–. ¿Crees que nosotros no hemos funcionado?

–¿Por qué me preguntas eso? –le respondí, mientras visualizaba en mi cinemascope mental escenas de cama compartidas. Por un momento pensé que me iba a besar aprovechando la oscuridad del callejón y me arrebujé en la chaqueta de lino, como si tuviera frío.

Ricardo lo notó.

–Porque te hice una propuesta de matrimonio a la que no has respondido y porque acabas de declarar en público que para ti no hay matrimonio sin pasión.

Suspiré. Iba siendo hora de enfrentar el tema.

–Te invito a una copa –le dije.

El resto del camino hasta casa lo hicimos en silencio, separados, cuidando el roce inoportuno al entrar en el portal. Prendí la luz de la lámpara del sofá y serví dos whiskies.

–Siempre me ha gustado ese cuadro. –Ricardo señaló un Opisso que colgaba en la pared, estirándose hacia el techo de vigas blancas–. ¿Te decidiste a notificarlo a la agencia de seguros?

–No. Mira, Ricardo... Cuando dije que apreciaba tu ofrecimiento, te dije la verdad. En otro momento hubiera dado saltos de alegría, pero ahora mismo estoy confusa...

–¿Es por el sexo? –insistió sin inmutarse.

–No. Siempre nos lo hemos pasado bien.

Era cierto. Ricardo era refinado e imaginativo. Su órgano sexual por excelencia era el cerebro.

–Entonces, ¿estás con otra persona?

Me levanté y paseé por el comedor, que de repente me pareció muy desnudo.

–Tengo un amante. Le acababa de conocer cuando fuimos a cenar y me hablaste. No tenía sentido comentártelo si ni yo misma sabía adónde iba esa relación.

–¿Adónde va?

Le miré a los ojos.

–Continúo sin saberlo.

–¿Qué piensas hacer?

–Averiguarlo.

–Está bien. Llámame cuando lo sepas –me dijo. Se levantó sin preámbulos y se fue.

Me terminé el whisky. Sentía frío. ¿Lo estaba echando todo por la borda? ¿Habría sido demasiado sincera? No quería más alcohol: necesitaba certezas. Llamé a Iván y de casualidad me respondió. Se me hizo extraño porque a menudo desconectaba el móvil a partir de cierta hora.

–¡Princesa! ¿Cómo tú estás? –exclamó, reconociéndome por mi número en la pantalla.

–Bien, ¿y tú?

–Oye china, ¿tú no te ibas pa una cena? –me preguntó.

–Terminó temprano. Pensé que quizás nos veríamos... –Casi podía escuchar el tictac de su reloj al otro lado.

–Pues claro, mi amor –aceptó–. Yo estaba yendo pal Hemingway. Paso y te recojo.

–La verdad, prefiero algo más tranquilo –respondí.

–Chica, me tienes preocupao. Ahora mismo voy p'allá... –Iván colgó sin más.

Mientras le esperaba recogí sin interés los CD, apilados de cualquier manera junto a un gran cactus que hacía guardia junto al balcón. La última vez que estuvo en casa, Marta me comentó que los cactus se alimentaban de energía negativa. En aquel momento no la escuché y ahora no me la creía. ¿Qué había de negativo en aquella historia? No era la primera persona en el planeta que se debatía entre dos amores, ni sería la última. Pero ¿por qué no me decidía? O mejor, ¿podía decidirme? Lo cierto es que el cactus y mi dermatitis decían lo mismo. El tratamiento que me dio la dermatóloga me aliviaba el picor pero los granitos continuaban allí. Quizás el cactus tuviera la respuesta. Levanté la maceta y la coloqué en un sitio más

acogedor.

Iván llegó al poco, impecable y lleno de vida. Al verme servida, se puso un vaso de whisky, se sentó a mi lado y me miró.

–Chica, ésta no es una buena noche pa ti. ¿Qué hubo, princesa?

–Es una historia larga –susurré, con una cierta desgana y los ojos clavados en las vigas blancas.

–Bueno, hoy tengo tiempo. Cuéntame. –Se arrellanó en el sofá, sin quitarme los ojos de encima.

–He estado cenando con mis amigos –empecé.

–Con esos a los que nunca me presentas. ¿Estaba Marta? –Asentí con la cabeza–. Esa mujer tiene un peligro. No te fíes de ella, princesa. Mira, yo sé que es tu amiga y que la traición duele, pero ésa no es de fiar. Te tiene lucha. Quiere todo lo que quieres tú.

Le miré un tanto descolocada. A veces yo había pensado lo mismo, pero dudar de las amigas me parecía incorrecto.

–¿Por qué dices eso?

–Porque lo vi en el Hemingway. Óyeme bien, nené, esa tipa no te conviene nada.

–Bueno, el problema no es ella –confesé en voz baja. Le pillé desprevenido.

–Entonces hablamos de un hombre.

–Sí. De mi ex novio.

–¿Todavía estás en eso? –replicó con un deje amargo. Se levantó y fue a por la botella, medio vacía, apoyada contra los libros–. Perdona, te he interrumpido –me dijo Iván, sirviéndome más whisky.

–Ricardo y yo lo dejamos hace cosa de nueve meses. Lo pasé muy mal, porque estaba muy enamorada. Ahora él quiere volver. De hecho, me ha pedido que me case con él.

–Cásate entonces –exclamó, mirándome con cierto despecho.

–Iván, necesito que me ayudes, no que me riñas. Todo ha coincidido, conocerte a ti y su petición. Y estoy muy confusa. Si no te hubiera conocido, quizás ya le habría dicho que sí, pero le veo y pienso en ti y...

Me pasó un brazo por los hombros. Así estuvimos callados, un tiempo que no sabría decir. De repente, se puso en pie, fue a por la botella de whisky, llenó otra vez las copas y se sentó frente a mí.

–Mira, princesa, tú me tienes loco y lo sabes. Eres una mujer especial. Te lo mereces todo. Eres buena persona, guapa, inteligente, y tiras de miedo. –Me guiñó un ojo, pero se puso serio otra vez–. Y por eso, porque te mereces todo, es que no te he dicho nada. –Le escuchaba, entre incrédula y fascinada: ¡Iván me estaba hablando como un *latin lover* en una película de Hollywood!–. Niña, tú me haces yu-yu y yo soy tu hombre. Pero me doy cuenta de que, para que esta historia salga adelante, yo tengo que poner orden en mi vida. Por eso no te había dicho nada hasta ahora.

Cerré los ojos. Todo aquello sonaba cada vez más surrealista.

–¿Qué es eso que tienes que arreglar? ¿Otra mujer?

–Estamos hablando de mi trabajo, princesa. Tengo que asentarme y encontrar un trabajo común y corriente, de día, y cuando tú llegues a casa yo te espero...

–Hablemos claro, Iván. Nunca me has explicado a qué te dedicas. ¿No serás un narcotraficante? –le pregunté, pensando que de perdidos, al río.

–¡Por Dios, chica, qué cosas se te ocurren! ¿Tú me ves a mí trapicheando? Ni loco, mi amol. Mira, mi trabajo no es fácil de entender, tiene su qué. Lo cierto es que ya llevo tiempo en la lucha, buscándome un sitio en algún despacho de arquitectos, de aparejadores, en alguna inmobiliaria. La cosa está difícil, pero encontré un contacto que me va a resolver. Y entonces hablaremos, pero sólo entonces, cuando yo sepa que podemos mantener un ritmo, y hacer nuestras cenas y nuestras copas...

–Pero Iván, a mí eso no me importa. Nunca he perseguido un millonario...

–Déjalo, que pa eso ya está tu amiga –exclamó, burlón–. Princesa, yo no me fui de La Habana para ser un mantenido de nadie. Soy arquitecto y a eso vine; eso lo resuelvo y nos empatamos. Estarás con el primer arquitecto cubano de Barcelona. –Me dio un beso en la

frente y añadió–: Y ahora nos vamos pa la cama, que ya tú estás muy tensa y hay que relajarte.

16
Y que existe otro querer

Ese día, más que bajar, volaba por el paseo de Gracia. Quien dijo que el amor da alas tenía mucha razón. Amor, deseo, ese popurrí que de repente te colma y sientes que al fin todo tiene un sentido. No me costaba identificar la razón de tanta alegría: ese cubano maravilloso que se llamaba Iván y que, al sonreír, iluminaba mi espacio como si antes nunca hubiera sido habitado por nadie.

Que me había enamorado no era noticia. La noticia era que Iván se estaba acercando a mí. En nuestra última cita me invitó a cenar a un nuevo restaurante, un sitio discreto, sin muchas aspiraciones pero correcto, y al llegar a los postres me dijo:

–Rosa, tú y yo tenemos que hacer grandes cosas juntos.

Yo le escuchaba embobada, casi no me lo creía. Ese hombre seductor, atractivo, razonable y guapísimo quería hacer grandes cosas conmigo: la lotería de Navidad no me hubiera producido una emoción mayor. Continué callada, por miedo a decir algo que rompiera el hechizo, de acuerdo ya con el plan que quisiera proponerme Iván, aun antes de haberlo escuchado. Iván me comentó que realmente deseaba dejar el mundo de las señoras:

–No porque no me quieran, sino porque ya tengo lo que quiero –me dijo guiñándome un ojo.

Quería empezar a trabajar en lo suyo, en la restauración de edificios. Barcelona era una cantera increíble para este tipo de trabajo.

–Ya tú sabes, el *modernisme* , el *Quadrat d'Or* ... –comentaba, consiguiendo que el catalán pareciera un idioma caribeño.

Lo que sucedía es que era difícil introducirse aquí en un estudio de arquitectura porque era un mundo muy cerrado. Pero Iván se

había dado cuenta de que mi consulta privada estaba en un edificio modernista y quería proponerme que nos aliáramos los dos para convencer a la comunidad de que le encargasen a él la restauración del vestíbulo. Esto le daría credibilidad y le permitiría sin duda acceder a esos estudios que hoy le estaban vedados. La verdad es que cuando me lo comentó, me sonó un poco a chino. A ver qué iba a decir yo al resto de propietarios de la escalera. De acuerdo que la mayoría también eran profesionales liberales. Pero ¿y los vecinos? ¿Estarían de acuerdo en la intervención?

–Tú tienes que contarles que, si recuperan la entrada, el precio de las viviendas y las oficinas aumenta de valor. Vamos a conseguir que cataloguen el edificio –me respondió Iván cuando le expuse mis dudas–. Además, yo de lo mío te paso un dinero por la gestión. –Esa oferta me sorprendió un poco e Iván debió de darse cuenta porque añadió enseguida–: Es lo común en esta profesión, m'hija. ¿Eso no sucede con los dermatólogos?

Llevaba razón.Teníamos todo el día a los visitadores de los laboratorios encima. No intentaban sobornarnos con dinero, pero sí libraban una silenciosa batalla para que recetáramos sus productos: invitaciones a congresos, apoyo a las revistas de la especialidad, visibilidad... Podía entender el ofrecimiento monetario de Iván como una prestación. Casi me hacía gracia: «El comprador comprado», como «el burlador burlado».

–Ahora el que paga eres tú –le dije con sorna.

–Mi amol, yo veo un negocio juntos. Tú y yo nos conocemos, estamos bien...¿Por qué no aprovechar esta oportunidad?

Y vaya si la aprovechamos. Esa noche, en la cama, hicimos un repaso de todas las posturas conocidas y por conocer. Más que satisfecha, quedé exhausta. Y además, gratis, porque Iván rechazó con elegancia los billetes que le tendí al marcharse, según era costumbre. Por eso, esa mañana me sentía pletórica de energía. Tenía previsto almorzar con la Sánchez, ahora que empezaba a retomar su vida después de que el marido la dejara. Conozco bien estas ocasiones, por haberlas protagonizado y por haberlas sufrido, y

normalmente se me hacen cuesta arriba. Me parece importante apoyar a quien pasa un mal momento, pero la verdad es que hay pozos de dolor que parecen no acabarse nunca, y te acabas preguntando si no será que la abandonada (suelo hablar con mujeres) no quiere salir del abandono. Como dice Iván, «resolver no es fácil». Sin embargo, sería el amor, sería la luz, ¡qué sé yo! El caso es que la comida con la Sánchez me pasó volando. Estaba tan pletórica que decidí bajar caminando a la consulta, disfrutar de la ciudad y del ambiente animado del paseo de Gracia. Las chicas lo recorrían cargadas de bolsas llenas de mínimas prendas veraniegas. Los turistas se tropezaban unos con otros en su afán por sacar fotos de la Casa Batlló. Me sentía tan alegre, que ni los plátanos, causantes de tantas alergias, me preocupaban. Estaba feliz. F-e-l-i-z.

Pasé por delante del Hotel Majestic y volví a pensar en Iván y en nuestra primera cita, en el piano bar de tonos marrones y mesas bajas de madera. Si no fuera por lo temprano de la hora, hubiera entrado a tomarme un gin tonic, para avivar el recuerdo... Quién lo iba a decir, Rosa tomándose una copa sola. La experiencia con Iván me había cambiado. Había descubierto que soy más atrevida de lo que pienso y más capaz de lo que creo.

Fue justo entonces cuando el encanto se rompió. A pocos metros de mí, en la esquina del paseo de Gracia con la calle Consejo de Ciento, de sopetón vi en la acera a Iván, muy sonriente, abrazando a una chica joven. Salían de la tienda de bolsos Mandarina Duck, casi tropezando con los paquetes que llevaban. Me quedé helada, inmóvil entre los transeúntes que se dirigían al semáforo.

A Iván y a la chica se les veía compenetrados. Ella se reía a mandíbula batiente y él no paraba de contarle cosas al oído que todavía la hacían reír más. No conseguía quitarles la vista de encima, sobre todo porque ella me resultaba familiar. Alta, delgada... una chica atractiva sin ser guapa, estilosa sin quererlo... Su cara me sonaba. Entonces recordé. Era la paciente que se visitaba para curar la psoriasis dermatológica, la que me comentó que el primer episodio de dermatitis lo tuvo cuando el novio la dejó. Y ahora, ¿qué? ¿Tenía picores por salir con un gigoló?

«Caramba con Iván, no sólo me engaña con otra más joven, sino que además me quita las pacientes», recuerdo que pensé, añadiéndole ironía al desengaño. De repente no entendía nada: no podía articular la pena, me limitaba a mirarles desde la esquina de Consejo de Ciento como quien mira a la pareja que se besa en la foto de Robert Doisneau.

En ese momento, ella se volvió hacia mí y me vio. Me reconoció enseguida y levantó la mano en señal de saludo. Antes de que pudiera advertir a Iván de mi presencia, me di la vuelta y enfilé el paseo de Gracia en dirección contraria, a paso ligero. Sólo faltaría que una paciente me presentara a mi amante como su novio...

Aquella escena me dolía tanto, que tuve que sentarme en uno de los bancos de Gaudí, entre dos turistas que vociferaban su entusiasmo. Estaba anonadada. No podía ser cierto. «Se trata de una amiga y nada más», me decía a mí misma, sabiendo que la manera como se abrazaban indicaba otra cosa. Me puse de pie, indecisa sobre el camino a tomar. Estaba a pocos metros de la consulta, no tenía ningún sentido tomar un taxi... Crucé a la carrera el paseo de Gracia en dirección a la rambla Cataluña, lanzando miradas furtivas a diestro y siniestro. No había llegado todavía a la esquina y la pena ya empezaba a teñirse de rabia. Conque Iván quería dejar el oficio, hacer algo grande juntos... ¡Y tan grande!

17
Saliditas contigo
(no me convienen)

Aquél fue el día en que supe que estaba enamorada de Iván. Se presentó por sorpresa a recogerme en el trabajo. Por las oficinas pasa mucho extranjero, pero nuestra especialidad es el Mediterráneo; visitantes caribeños, pocos. Así que las compañeras, empezando por Nati, la recepcionista, se quedaron con la boca abierta. No era para menos: Iván estaba formidable, con tejanos de marca, una camisa blanca y mocasines de piel. De anuncio, vamos.

Me sorprendí dándole un beso rápido cuando salí a la recepción.

–Recojo el bolso y nos vamos –le dije.

Sabía que en cuanto saliéramos por la puerta se pondrían todas a cotillear como locas. El único novio que me conocían era Ricardo y las pocas veces que había venido por el despacho mantuvo una contención tal, que Nati, que era muy salerosa, me dijo cuando se enteró de que lo habíamos dejado: «Menos mal que te libraste de la esfinge». Con Iván no sería así, seguro. Me someterían a un tercer grado durante el desayuno del día siguiente. Y no me importaba nada, al contrario: estaba encantada de que me vieran con un hombre tan guapo.

Bajando en el ascensor, Iván me dio un beso de los que cortan la respiración.

–Te invito a una copa y a cenar. Tenemos que celebrar cosas, mami.

–¿Qué cosas? –le pregunté, mientras me subía al Mercedes de color negro y salíamos camino al Tibidabo.

–Espere usted a que lleguemos y le cuento –respondió.

En el CD sonaba una canción animada: «Sé que a ti te gusta, sé

que te entretiene… ».

–¿Quién canta?

–Manolito y su Trabuco –respondió escueto Iván sin despegar los ojos de la carretera.

Decidí liderar yo la conversación.

–Este Mandarina es sensacional –alabé, señalando el bolso que llevaba en el regazo–. Han pensado en todos los detalles: un bolsillo para tener el móvil a mano, para las gafas… y la piel tiene un tacto… –Sonreí con picardía.

Cuando Iván se dio cuenta de que colecciono Mandarinas («Chica, ¿qué te dan a ti los bolsos del pato?»), no paró hasta llevarme a la tienda principal, la que está en Consejo de Ciento con el paseo de Gracia. «Si tú quieres bolsos, este niche te compra bolsos. Todos los que quieras, princesa», me dijo al entrar en la tienda. Lo arrastré de un estante a otro, discutiendo los pros y contras de cada línea, modelo y color. Iván atajaba mis dudas diciéndome que, visto el precio, me los compraba todos. Pero no me pareció bien, primero porque no los encuentro tan baratos y segundo porque la gracia está en tenerlos de uno en uno, no al mogollón. Al final opté por un Hera clásico en la nueva versión de piel trabajada, en color rojo. Iván pagó y cogió la bolsa por mí; al salir a la calle no pude contenerme y le di un abrazo estrepitoso. Parecíamos la típica pareja enamorada de anuncio. Iván estaba tan contento con mi expresividad que no paraba de susurrarme guarradas al oído, y a mí me entró la risa floja. En uno de los vaivenes, vi de reojo a la doctora Solís, la dermatóloga. La saludé, pero creo que no me vio porque no me devolvió el saludo.

–Si a ti te gusta, a mí me gusta, princesa, pero dime tú por qué no quieres que te regale un bolso francés. Atiende, m'hija, que te estoy hablando –exclamó Iván, al advertir que me había ido por las musarañas.

–Iván, francamente… ¿Tú sabes lo que valen esos bolsos de alta costura? Además, lo mío son los Mandarinas y punto –repliqué. Me daba apuro el tren de vida de Iván, marcas por aquí, cenas por allá… Él siempre insistía en pagar y eso me violentaba un poco, pero

pensaba en Marta y en sus consejos prácticos y se me quitaban las manías.

Tuvimos suerte y encontramos aparcamiento cerca del mirador. Entramos en el local situado más arriba, el Mirablau. Iván saludó al camarero. El tipo nos consiguió «la» mesa, con la mejor vista sobre la ciudad, que se extendía como si estuviera tomando el sol junto al mar a lo lejos. Estaba atardeciendo y todo parecía una postal.

El camarero volvió con una botella de champán francés y dos copas.

–¿Y esto? –pregunté–. ¿No te gusta el cava?

–Mi amol, el cava está muy rico, pero yo te quiero obsequiar a mi modo, como antes en La Habana, antes de que llegara el barbudo y se armara la jodienda. Te quiero brindar y decirte que te amo y que quiero estar siempre contigo.

Le miré un poco sorprendida por un discurso tan clasicón pero, para qué negarlo, halagada y feliz.

–Creo que yo también –le respondí bajito. Miré un momento la ciudad, para reponerme–. ¿Qué celebramos?

–Celebramos que ya resolví mi primer encargo en arquitectura, princesa. Voy a restaurar un edificio en la rambla Cataluña, ya tú ves –anunció Iván con orgullo.

Me lo quedé mirando, entre incrédula y fascinada.

–¡Iván! ¡Eso es estupendo! –le felicité y añadí–: ¿Qué edificio es?

–Bueno, bueno, mi amol, no te vayas a pensar que me dieron la Casa Lleó Morera –se apresuró Iván, riendo. Pronunció el nombre del arquitecto como «lomorera» y no entendí–. No importa, princesa –añadió al darse cuenta de mi desorientación–. Es un edificio con una fachada muy alterada, casi no se aprecian los elementos modernistas. Está casi en la esquina con Valencia. Se ve que la rehicieron, pero el vestíbulo es el original del 1908. La comunidad quiere arreglarlo y me han propuesto que me haga cargo de la rehabilitación.

–Uau, eso es fantástico. ¡Brindemos! –exclamé, exultante, chocando copas–. ¿Y cómo lo conseguiste? Tú siempre dices que los

arquitectos son como un clan y que cuesta mucho entrar…

–Resolví un contacto –me explicó Iván. Una amiga tiene consulta en ese edificio y me propuso como especialista en modernismo y *art nouveau* .

–Conque una amiga, ¿eh? –No me pude contener. De repente no soportaba que Iván hablara, qué digo, conociera siquiera, a otras mujeres que no fueran yo.

–Mami, no te pongas celosa. Esa amiga es muy querida. Es una señora, ya tiene sus años, no creas, pero bien llevados. –Iván me sonrió, orgulloso de mis celos–. Esa mujer me ha ayudado mucho desde que llegué y quiere ayudarme más.

Me quedé un poco perpleja. Iba a preguntarle a cambio de qué pero callé. No pensaba romper el hechizo. Tenía al lado a un hombre estupendo, que me quería, con un futuro profesional envidiable. Era inteligente, guapo, un amante excepcional. Total, con que aprendiera a pronunciar mejor el nombre de los arquitectos catalanes, se arreglaba todo. Recuerdo que pensé, como si leyera un anuncio de neón: «Estoy enamorada». Sonreí y fui a llenar las copas pero, al ver el gesto, Iván se me adelantó:

–Por nosotros, princesa.

…

A los pocos días de la cita romántica con Iván y nuestra declaración de amor mutuo, Marta me invitó a cenar a su casa. La propuesta me sorprendió un poco, porque ella es muy de salir, pero me dijo que así estaríamos más tranquilas. Me entró otra vez el gusano de la culpa. ¿Debía decirle que me había acostado con Danny o mejor callaba? La verdad, a medida que el tiempo pasaba, menos ganas tenía yo de afrontar el tema.

Marta empezó como dependienta en una tienda de bolsos, pero cuando se liberalizó el espacio aéreo, hizo cálculos y se preparó para ser auxiliar de vuelo. Ganaba más dinero y más protagonismo que vendiendo billeteros de polipiel. Este primer empleo le sirvió de

trampolín para incorporarse a la línea de bandera, que, según ella, tenía más prestigio: «Las tripulaciones de las *low cost* , ya me dirás... ¡parece que van en chándal!».

>La vida de azafata le ofrecía muchas ventajas. Pertenecía a una casta, pero los cambios en las tripulaciones le evitaban la sensación de asfixia. Tenía el trabajo programado, pero sin caer en un horario rutinario. Trataba con el público, pero desde una posición de superioridad. La posibilidad de conocer hombres era otro atractivo suculento, y las condiciones en que los conocía, la mayor garantía de que las historias no durarían.

Nada más entrar en su apartamento, un ático situado en el centro de Barcelona, con una coqueta terraza a la que se accedía por unas escaleras de madera, me topé con una foto de Marta sonriendo junto a otras dos azafatas. Con su melena mechada, los ojos oscuros bien maquillados y una dentadura perfecta, sólo se la veía a ella. Los uniformes impolutos, las insignias relucientes, los *foulards* corporativos anudados con estilo... la foto hubiera podido pasar por la imagen de la próxima campaña de la compañía.

El apartamento era un fiel reflejo de su inquilina. Los muebles minimalistas enmarcaban un sinfín de detalles, en su mayor parte recuerdos de sus viajes por el mundo, estratégicamente situados para que las visitas tuvieran que preguntar. La cocina, aun siendo diminuta, contenía todos los utensilios y especias imaginables para poder confeccionar platos exóticos con los que impresionar al invitado. Allí estaba la biblioteca de la casa: *Cocina afrodisíaca* , *Enciclopedia del cóctel* ... En el salón comedor encontré el resto de lecturas: un amplio surtido de revistas para mujeres, en sus diferentes ediciones internacionales. La *pièce de resistance* era, sin embargo, el dormitorio. Marta había pintado las paredes de un color burdeos intenso. El cobertor de la cama, enorme, era de color negro y tacto satinado. La puerta del armario empotrado había sido reemplazada por un espejo a cuerpo entero. La iluminación tenue daba a la habitación un aire de burdel de los años setenta. En este rincón de la casa, Marta no exhibía máscaras africanas. El único elemento decorativo lo formaba una foto de su torso, con los pechos desnudos,

como anticipo de lo que el agraciado encontraría poco después.

Marta me acompañó a la terraza. En la mesa había colocado el *pica-pica* y un par de botellas de vino blanco sobresalían del cubitero. Me senté mirando al Tibidabo y, mientras agradecía la brisa fresca de la noche, recordé a Iván.

–Querida, se te ve un poco alelada... ¿Estás bien? –Marta me sacó de la ensoñación erótica en la que me había sumido sin quererlo.

–Perdona, hija, tengo déficit de sueño –me justifiqué, tendiéndole el plato para que pudiera servirme ensalada.

Charlamos del trabajo, de sus vuelos recientes y mis nuevos proyectos: acabábamos de ganar una licitación para apoyar la creación de *pymes* en Túnez y me daba mucha pereza pensar en los viajes que me esperaban. Marta parecía relajada y la idea de confesar se alejaba de mí cada vez más.

–A ver si me entero, querida –me dijo, abriendo la segunda botella de vino–. Estás en las musarañas, no duermes, no quieres moverte de Barcelona... éstos son síntomas claros de mejora en tu vida personal...

–Pues la verdad es que sí –acepté.

–Yo casi me atrevo a decir que tu vida sexual ha mejorado mucho desde que cenamos en Gracia, ¿te acuerdas? –continuó Marta, mirándome fijamente. Asentí distraída–. A ver, por entonces era cuando habías quedado para salir con Danny, ¿no? –Continué asintiendo, pero empecé a prestar atención–. Y estás encantada de la vida porque no sólo te follas al cubano, sino que además te acuestas con mi ex –soltó rabiosa Marta, plantando la botella de vino en la cubitera.

Ahí ya sí reaccioné.

–Pero ¿se puede saber de qué estás hablando? –le pregunté, a la defensiva.

–De qué estoy hablando me lo dirás tú. Eres una hipócrita, Bel. Vas de mojigata: «Ricardo no me quiere, el cubano me quiere», y después te tiras a todo el que se cruza en tu camino. Hace una semana me acosté otra vez con Danny y hablamos de la fidelidad y

de la amistad. Y me lo dijo. Se lo pregunté y me lo dijo. Yo ya me lo olía desde que me contaste que ibais a salir, será que no conozco yo al rockero ese... Sabía que él lo iba a intentar, seguro. Lo que no me imaginaba es que tú aceptarías con tanto entusiasmo... –Se calló y se terminó la copa de un trago. Se sirvió otra, ignorándome.

Respiré hondo. Maldito Danny. ¿Por qué tenía que proclamarlo todo a los cuatro vientos? Mejor admitirlo.

–Pues sí, Marta, me acosté con Danny. Pasó y punto. Le conozco desde hace un montón (tenía que haber dicho «desde antes que tú», pero no lo hice), estábamos relajados y, hasta donde yo sé, solteros, porque en ningún momento me dijo que tuviera compromiso con nadie...

–Ni falta que hacía. ¿O es que no lo sabías tú? –terció Marta, sin quitarme los ojos de encima.

–Mira, Marta, las cosas tienen la importancia que les damos. No creo que ni él ni yo le demos mucha. Ocurrió. Nos liberamos de un tema que nos perseguía desde antes de Ricardo, como aquel que dice. No volverá a pasar. Punto.

–¿Y yo qué, Bel? No contaste conmigo para nada. No te molestaste en saber cómo me lo iba a tomar. Era suficiente con que no me enterara, ¿verdad? –insistió, dispuesta a regodearse en mi culpa–. Pero no te preocupes, querida: por mi parte continuamos igual. La vida ya se preocupa de poner a la gente en su sitio. –Y con éstas se levantó y se fue hacia el extremo más alejado de la terraza, dándome la espalda.

Marta habló con más rabia que pena y yo me quedé dolida y preocupada a la vez. Se iba a vengar, seguro. La pregunta era cómo y cuándo.

18
Hablas de mí

Me llevó algunos días encontrar la entereza para ponerme en contacto con Iván. No conseguía quitarme de la cabeza la escena de los dos amantes en el paseo de Gracia. El desasosiego era tal que desarrollé una dermatitis. Era lo mínimo que me podía pasar: la piel expresa las emociones, la ansiedad es una emoción y yo estaba muy ansiosa. Lo que ya no era tan normal es que el trastorno se diera en una dermatóloga. Cuando atendía a los pacientes me ponía la bata de manga larga, aunque estuviéramos en verano, para cubrir las rojeces de los brazos. Eso me causaba todavía más ansiedad, por lo que decidí atajar la situación de una vez por todas y cuanto antes, mejor.

Por las noches de esos diez días de pesadilla desfilaron varias alternativas. Quedar con Iván, ir a un lugar bien público y escupirle a la cara que era un mentiroso. Contárselo a su amigo, el camarero del Hemingway, aunque quizás ése también estaba metido en el negocio; con esta gente, ya se sabe... Me hubiera gustado saber quién era su jefe para cantarle las cuarenta. Lo malo del caso es que, dada la naturaleza de nuestra relación, no podía desahogarme con nadie... ¿A quién le iba a contar que un hombre de pago me había engatusado? La única persona que podría entenderme era Merche y no nos hablábamos desde la pelea de la cabina. Sobre el maldito Iván, precisamente. «Ay, Merche, Merche, si al final llevabas la razón, pero ahora no me siento con fuerzas de venir a dártela», pensé. No, la redención no pasaba por la publicidad. Pasaba por el ridículo. Quedaría con Iván y le seguiría el juego; luego, le haría confesar. Quizás a él no le importaba, pero a mí, sí. Y toda esta historia empezó por mí, no por él, así que era justo que acabara de esta manera.

A los diez días del incidente y habiendo esquivado una extraña

llamada suya (los gigolós nunca contactan con las clientas), llamé a Iván y le propuse que saliéramos a cenar. Reconozco que cuando oí su voz el corazón se me puso patas arriba. La costumbre de entusiasmarse muere lento. Pero estaba tan centrada en mi plan, que rápidamente me recompuse.

–Perdona que no te llamara antes, pero ya sabes lo ocupada que estaba con la reunión de la Sociedad de Dermatología y Psiquiatría. Presento una ponencia y… –me excusé en cuanto entró por la puerta de casa.

–Mi amol, tú no sufras por eso. Ya me dijiste que tenías ese congreso –me dijo mientras me abrazaba fuerte.

Y en ese momento sentí asco. Verdadera repulsión. No soportaba que aquel embustero me tocara y era tanta la grima, que temí no poder resistir el prurito de la dermatitis. Pero aguanté en silencio y le acompañé al comedor.

Mientras Iván se instalaba en el sofá y con la excusa de ir a por el cava, me encerré en la cocina. Me subí las mangas del caftán –gracias al cielo por la moda de las camisas de algodón con mangas largas– y me observé los brazos. Los sarpullidos estaban incandescentes. Respiré hondo, agarré dos copas y regresé al comedor.

–¿Me echaste de menos? –Iván vino hacia mí, tomó la botella y la descorchó, mientras yo me dirigía hacia la terraza con la excusa de mirar las plantas. Las puertas estaban abiertas para que corriera un poco el fresco.

–No lo sabes tú bien. –Sonreí intentando sonar normal–. Es lo que tiene mi trabajo: te exige el sacrificio de la vida personal. Y eso es mucho sacrificio…

–Cuando tú quieras recuperamos esa vida, mami –me invitó Iván, zalamero, viniendo de nuevo hacia mí.

–¡Quieto, quieto! –le detuve, suave pero firme–. Primero los negocios y luego el placer. ¿No es así que dicen? –Volví a sonreírle–. ¿Qué noticias tienes de la restauración del vestíbulo?

–Ninguna, mami. Yo ya he consultado los archivos originales para preparar un primer boceto –explicó Iván. Parecía auténticamente

entusiasmado, como lo había estado yo con él: hay quien se enamora de un gigoló y quien se enamora de un vestíbulo–. Lo tengo listo y a la espera de que puedas convocar la reunión de la comunidad. Dependo de ti, mi amol –añadió Iván.

«No lo sabes tú bien», pensé. Ni sabía yo lo mucho que dependía de Iván hasta que todo estalló en pedazos. Me daba confianza, alegría, placer… Hasta que traicionó esa confianza. Se acercaba el momento de entrar a rematar.

–Ya lo sé, Iván. Tú mismo lo dijiste. Dijiste que haríamos grandes cosas. Juntos, ¿verdad? –le pregunté, con claro retintín.

Automáticamente se le encendieron todas las alarmas. Ese hombre tenía el olfato bien desarrollado.

–¿Qué sucede, mami? Te noto extraña –me preguntó, yéndose a sentar al sofá y dejando la copa en la mesita de cristal.

Ya no podía refugiarme más en la contemplación de las plantas de la terraza y, sin embargo, en ese momento las envidiaba. Vegetaban a su aire y no necesitaban ninguna de esas idioteces que necesitaba yo. A las plantas no se las engaña: a las mujeres, sí. Me di la vuelta lentamente, agarrando la copa fuerte y reprimiendo el impulso diabólico de rascarme los brazos.

–Cuando me hablaste de hacer cosas juntos pensé que te referías a nosotros dos –le comenté, a modo de introducción.

–¿Y a quién más, si no? –me respondió, con cara de sorpresa.

–¿Seguro que no te dejas a nadie?

–No entiendo de qué me hablas. –Iván se había puesto serio y a la defensiva.

–Muy bien, yo te lo explico. ¿Por qué no me hablas de la chica del Mandarina Duck?

Iván acusó el impacto pero reaccionó con parsimonia. Se sirvió otra copa, como el que cuenta hasta diez.

–No cojas lucha, mami… ¿Qué tú quieres saber?

En ningún momento intentó negarlo o contradecirme. Con el tiempo se lo agradecería, pero esa noche le odié aún más por eso.

–Pues mira, quiero saber si también haremos cosas juntos con ella, porque por la forma como la abrazabas en el paseo de Gracia, la intención creo que la tienes, ¿no?

Iván dejó la copa en la mesa.

–Rosa, creo que estás exagerando la situación. A eso, en Cuba le llamamos «meter La Habana en Guanabacoa». –Se detuvo para ver el efecto del comentario tropical y al ver que yo continuaba impávida, continuó–: Atiende, mami. Nosotros dos nos hemos conocido en un modo y un lugar muy concretos. Hemos hecho una amistad, nos llevamos bien. Te he propuesto un negocio que pensé que te podía interesar. Y pensé que tú podrías sacar también tu beneficio. Te hablé de la comisión, ¿recuerdas? Yo ya sé que tú no lo haces por eso, que tú me ayudas por amistad, pero...

Ahí ya no pude más.

–Yo de ti no pretendía amistad, Iván. Amigos, por suerte, tengo. Tú eras mi amante, aunque fueras de pago. Cuando me hablaste de hacer cosas juntos, creí que te referías a nuestra relación personal. Pero ahora veo que fui una tonta, que me tomaste el pelo...¿Qué te parezco, Iván? ¿Otra vieja estúpida a la que engañar? Pues igual soy una vieja, pero tonta, no... Si quieres construir grandes cosas, explícaselo a tu amiga la del Mandarina, que además es paciente mía, para que lo sepas, y a mí déjame en paz. No me debes nada ni te debo nada, porque imagino que esta tarde no me la cobrarás. Y además, que sepas que la tarde, la relación y todo se termina ahora. Adiós, Iván.

Le miré un segundo más, llené la copa con la mano temblorosa y volví a mi puesto de observación junto a la terraza. Estaba conteniéndome para no llorar, a la espera de oír el «clonc» de la puerta al cerrarse. Contrariamente a lo que deseaba, porque yo lo deseaba, Iván no hizo ningún amago de acercarse. Al cabo de un rato que me pareció demasiado largo, oí la puerta y supe que se había marchado.

Como en las películas, salí en dirección al recibidor. No pretendía correr tras Iván, sino caminar una última vez por su camino, como

los indios del Oeste cuando seguían al enemigo guiándose por los raíles. Y allí, encima del taquillón, me la encontré. Iván había escrito una nota en el reverso de un ticket de compra. Redactada en caligrafía tosca, la frase: «Yo a mi modo la quise, no se engañe y no la vaya a olvidar».

19
Bolero advertido

A esos días de desencuentros y encuentros siguieron tres semanas en la niebla social. Ricardo desapareció de escena. Desde la noche en que le conté que estaba con otro, se borró de la faz de la tierra. Nadie tenía noticias y eso al grupo lo desmotivaba lo suficiente como para no quedar, como si una cena sin él fuera impensable. Para mí, mejor: no tenía ganas de encontrarme con Danny, por bocas, y menos con Marta. Después de la cena acusadora en su terraza, yo me había mantenido a distancia. ¿Podíamos continuar siendo amigas cuando ella sabía –porque él se lo había dicho– que yo me había acostado con su ex? En cualquier caso, para bailar el tango hacen falta dos y allí no bailaba nadie.

Fue en esa época cuando Iván, antes «el Otro», pasó a ser «el Él» y declaró que la vida era una fiesta que no nos íbamos a perder. Continuaba, eso sí, con su mutismo laboral, y de hecho no volvió a sacar el tema de la restauración del vestíbulo de la rambla Cataluña. Cuando le preguntaba, me respondía con caricias y promesas de un inminente cambio de estatus. Así que el tiempo que pasé en el dique social seco lo dediqué a habituarme a las peculiaridades caribeñas de Iván, que resumiría en tres: su manera de hablar («¡todo el mundo quieto en base!»), su comida y sus horarios imposibles.

Fue justo a las tres semanas cuando Marta me llamó, como si nada, para informarme de que ya había abandonado al escritor novel que conoció en el avión y que al final resultó ser un pelagatos inmaduro. El escriba había sido sustituido por Tomás, un productor de televisión. Era un miércoles cualquiera y me invitó a que la acompañara a una inauguración.

–Querida, es un evento organizado por su productora y, créeme, ¡éstos sí saben cómo pasárselo bien!

–Marta, si salgo esta noche, mañana estaré hecha unos zorros. Te conozco: me dirás que nos volvemos pronto y nos darán las cinco... –me resistí con poco brío: podía más la culpa que la desgana.

–Te prometo que no. Además, hace tanto que no hablamos... y tengo que darte un notición.

–¿Y no puedes contármelo por teléfono? –repliqué, en un último intento por evitar la cita.

–No, querida, porque es un poco fuerte. Mejor nos vemos y lo hablamos. Te interesará, te lo prometo. Te recojo luego en tu casa –concluyó Marta. Cuando se ponía terca, no había quien la hiciera cambiar de opinión.

Sentí curiosidad por la noticia. ¿Habría hablado con Ricardo? No me cuadraba, pero podían haber coincidido en mil sitios... Por otro lado, tampoco estaba dicho que la noticia tuviera que ver conmigo... Así que me olvidé del tema, me arreglé con desgana y preparé la ropa para el día siguiente. Tenía una reunión importante a primera hora. Acabábamos de ganar una licitación en Bulgaria y el consorcio iba a asignar las responsabilidades. Yo era la coordinadora, así que mejor estaba en plena forma. Me sobraron cinco minutos, que invertí en cambiar tres veces de Mandarina. Las tres opciones eran modelos que Iván me había regalado: salíamos a bolso por semana y yo ya no sabía cómo frenarle, porque ese ritmo de gasto era imposible de seguir. Al final me decidí por un Murano gris y lo llené con cuatro cosas mientras sonreía pensando en mi novio.

Marta llegó puntual y llamó al interfono:

–Baja corriendo, que se ha hecho tardísimo.

Salimos pitando hacia el local de moda, lleno de gente de moda. Me sentía un poco rara junto a Marta, vestida para matar, sonriendo despampanante:

–Chica, alegra esa cara, que no vamos a un entierro...

No había hecho ninguna alusión a la cena, ni a Danny... como si nunca hubiera sucedido. Por mi parte, mejor así. Me agarré de su mano y pasamos el control de entrada. Marta me arrastró hacia el *privé* y volvió a imponerse para que pasáramos.

–Bueno, todo un récord: copa en la mano a los diez minutos de entrar. –Me sonrió.

–A ver, Marta, ¿qué es eso que me tienes que contar? –le pregunté, para evitar que salieran temas indeseados.

–Chica, todavía es pronto. Nos tomamos algo, te presento a Tomás, conocemos gente y después hablamos...

Iba a decirle que no tenía muchas ganas de nueva compañía cuando se nos acercó el susodicho Tomás, un tipo alto, glamouroso y un poco acelerado. A Marta se le iluminó la mirada, a juego con su top marrón, escotadísimo y atado a la espalda con un nudo que invitaba a deshacerlo.

–¿Habéis tenido problemas en la puerta? ¿Ésta es tu amiga? –le preguntó a modo de introducción el tal Tomás, tendiéndome la mano sin esperar a que Marta respondiera.

–Bel. Encantada.

–Estáis las dos estupendas y sin copa. Ahora mismo digo que os acerquen algo. ¿Qué os apetece? –Y nos retiró los vasos medio llenos. Visto su ritmo, me sorprendió que no se marchara antes de oír la respuesta.

–Vaya dechado de energía –le comenté a Marta, no sin cierta sorna.

–No lo sabes tú bien, Bel. En todos los terrenos. –Marta se calló cuando el camarero, un aspirante a actor con más belleza que oficio, nos entregó displicente dos cócteles–. Me encanta que me haya invitado. Él ha venido con su mujer y me muero por verla, a esa zorra.

–¿Qué te ha hecho a ti esa pobre mujer? Más bien será al revés, ¿no? –En cuanto dije la frase, quise que la tierra se me tragara. Lo que menos convenía era retomar la conversación sobre lealtad y hombres. No, por Dios.

–Esa mujer se ha casado con Tomás y eso me impide a mí casarme... por ahora, claro. Además, la infidelidad es cosa de dos, como ya deberías saber, querida –me respondió Marta, sin inmutarse.

–Marta… –empecé, buscando frenéticamente un modo de aclarar de una vez y para siempre que Danny y yo nos conocíamos de antes, que lo que hubo fue sólo atracción sexual y que no iba a repetirse.

Me arrastró a un sofá alejado, relativamente tranquilo, como quien lleva un cordero al matadero. Tuve la sensación de que me iba a dar la noticia y de que no me iba a gustar.

–Mira, querida, no te estoy hablando de Danny, si es eso lo que piensas. Ese tema ya lo hablamos en casa y tu posición me quedó clarita, vamos. Te estoy hablando del cubano.

–De Iván –apostillé, recordándole que el chico tenía nombre.

–Ese cubano Iván tuyo decía que era aparejador, ¿no? –continuó Marta.

–Sí. Marta, ¡qué susto me has dado! ¿Qué tiene que ver que Iván sea aparejador con la infidelidad? Mira, ¿por qué no cambiamos de tema y me cuentas la noticia? –propuse sin más rodeos.

–Te la estoy contando, querida. –Marta me miró como el gato que se relame ante el ratón–. Bel, no quiero hacerte daño, y menos aún que te lo hagan a ti. Te dije que ese tipo no te convenía y, la verdad, me extraña que hayáis durado tanto –añadió con voz melosa. En medio de aquel estruendo de gente resultaba complicado oírla y tuve que acercarme más.

–Pero ¿tú qué sabes de Iván? –le espeté, un poco harta ya de tanta desconfianza.

Marta vació la copa de un trago y me miró. En sus ojos lucía una victoria anticipada que me hizo pensar en la advertencia de Iván: «No te fíes».

–Al parecer, más que tú –respondió, echándose el cabello hacia atrás–. Te comenté que una de mis compañeras, Almudena, tiene un novio en Miami. Bueno, un amante al que recompensa, digámoslo así. Cuando Iván nos comentó que había vivido allá, le dije a Almudena que averiguara si le conocían. –Marta hizo una pausa y me miró, implacable. Yo la escuchaba con curiosidad creciente –. Fíjate que el mundo es bien pequeño. Resulta que el amante de Almudena (que también es cubano) y el tuyo son compañeros de oficio.

–¿Se conocen? Qué casualidad, ¿no? –intervine. Me sentía aliviada. Me esperaba algo mucho peor. Ahí Marta remató.

–Bel: «un amante al que recompensa», ¿lo entiendes? Los dos son gigolós. Putos, vamos. Se ve que fue el de Almudena, Duglas creo que se llama, el que introdujo al Iván ese en el ambiente. Claro que igual aquí, en Barcelona, Iván se ha redimido y se dedica a otra cosa. Pero eso es algo que te tenía que contar, querida, porque para mí que él no te lo había dicho y no te lo iba a decir...

Me levanté buscando una puerta, una ventana, algo. Me faltaba el aire. Iván había sido un gigoló. Y supe en aquel mismo instante que lo continuaba siendo. Por eso era tan difícil hablar con él por la noche, por eso teníamos que planificar nuestras citas con tanto tiempo. Por eso tenía tanto dinero y por eso me regalaba tantos bolsos. Por eso me dijo que quería cambiar de estatus.

No sé como, pero encontré la salida. Sólo pensaba en ducharme.

–Bel, ¿estás bien? ¿Adónde vas? –Marta apareció a mi lado con una expresión extraña en el rostro. Había obtenido su venganza por lo de Danny pero igual se había pasado con la dosis.

–A casa –fue todo lo que acerté a responder.

Ironías de la vida, seguramente aquélla era la única ocasión en la que podía fiarme de la información de Marta. No quería darle pie a que ejerciera su amistad de falsa amiga. No, si al final iba a resultar que lo mío era más distraído que la abominable mujer del tal Tomás, enemiga temporal olvidada.

Salir de la discoteca fue agobiante. Caminaba a contracorriente y tenía los ojos nublados. Me asfixiaba. Sólo quería llegar a casa. Me pareció que el taxi tardaba una eternidad, que pasaba por todos los sitios donde había estado con Iván, en un vía crucis particular. ¿A quién estaría follándose en aquel momento? El ascensor estaba ocupado y subí por las escaleras, entré en casa en tromba y me desvestí jadeando. Sólo quería restregarme la piel con jabón y estar sola, lejos de hombres inconvenientes. La ducha me anestesió hasta cierto punto. Me harté de llorar y continué llorando mientras me sacaba cuidadosamente la piel enrojecida. Los granitos continuaban

allí, bien visibles. Me sentía confusa, asqueada, deprimida, y el cerebro me disparaba una pregunta tras otra, sin ton ni son: ¿Por qué yo, si ya tenía tantas? ¿Qué habría pensado de mí en la cama? ¿A quién se lo había contado Marta? ¿Le pagaban por horas?

Al cabo de un tiempo demasiado largo, salí del baño. Menos mal que me quedaba el trabajo. Al final sólo puedes confiar en ti misma, en tus propias capacidades. El resto es volátil, los planes de hoy se estrellan como un avión que nunca llegara a destino, guiados por quien tú pensabas era un piloto y resultó ser un pirata. Eso pensaba mientras repasaba, con neurosis renacida, la ropa para el día siguiente, ordenaba los documentos, dejaba la cafetera a punto.

Me puse mi camiseta favorita. La compré en un concierto de Tom Jones y la había usado tanto que se estaba cayendo a trozos. Me pareció que los grandes ojos negros de Tom, desvaídos de puro lavados, me miraban con pena. En la cama, la confusión mental se acrecentó. Una hora después, decidí que lo mejor era conservar un resto de cordura para la reunión. Me levanté. Cuando Ricardo rompió conmigo siempre tenía somníferos en la mesilla de noche. Con el tiempo conseguí dormir sin ayuda, un logro del que me había sentido muy orgullosa. Esa noche el orgullo no iba a impedirme un poco de descanso, aunque fuera artificial, y rompí así mi buena racha de meses. Lo último que pensé antes de caer en el coma inducido fue que tenía que hablar con Iván.

…

La reunión del proyecto en Bulgaria fue bien, dadas las circunstancias. Los inicios de proyecto son criminales: tenemos que acordar el reparto del trabajo y del dinero, establecer los plazos, los modos de pago, validar los expertos que van a desplazarse sobre el terreno y, en definitiva, cumplir lo presentado a Bruselas. Y de postre, una cena. Normalmente esos encuentros me gustan: se crean complicidades útiles. Esa cena, sin embargo, fue épica. Estaba rendida y no podía dejar de pensar en Iván.

Cuando llegué a casa tenía cinco mensajes de Marta. No quería

escuchar sus mentiras compasivas. No había noticias de Iván ni las esperaba: le había comentado que esa noche tenía trabajo. Estaba demasiado confusa para localizarle. Cuando yo le llamaba, ¿qué le decía a la clienta que tenía delante?

Dormí como una roca con la ayuda de medio somnífero y al levantarme me sentía más tranquila. En sueños decidí que mejor enfrentar la situación cuanto antes y a primera hora le dejé un mensaje en el contestador: era urgente que viniera a casa esa noche.

A las ocho en punto sin más sonó el timbre. Entró Iván, apresurado pero sonriente.

–¿Cómo está hoy mi princesa? –Iba a darme un beso y giré la cara.

–¿Qué hacías tú en Miami? –le espeté, sin preámbulos.

Me miró desconcertado.

–Chica, vivir, resolver...¿Eso era lo urgente? Tú estás loca, mi amor. Voy a por una cerveza, ¿quieres otra?

Ni le respondí. Me senté frente a él. Empezaba el juicio.

–Me han dicho que te prostituías.

–¿Quién te ha dicho eso? –Se notaba que estaba muy molesto y aun así, permanecía impasible.

–Eso no importa. ¿Es verdad?

–Pues sí. Es verdad. Ahora, ¿puedo ir a por la cerveza? –Se levantó sin esperar respuesta y pensé que le había herido. Mejor: íbamos camino del empate. Cuando volvió, yo le esperaba en pie de guerra.

–¿A las clientas también les llevabas la cerveza?

Se sentó y bebió un trago largo a morro.

–Mira, Bel, no sé cómo lo supiste. Habrá sido tu amiga, la rubia, tremendo veneno que no respeta ni a su madre.

–Pero ¿es verdad?

–Sí. En Miami trabajaba como un negro de piquero, me salió oportunidad de resolver y resolví. Y resolver es importante cuando estás en un sitio que no es el tuyo y quieres fula para gozar y para

olvidar la vida que ya no tienes. ¿Estamos? –Después de la expresión de rabia, me miró con cariño–. Princesa, tú no tienes nada que ver con esto. Cuando estoy contigo soy yo, se entrega Iván. Con las clientas, era una proyección. Ayudarlas a ser felices. ¿Eso es malo?

Me desconcertó pero no pensaba tirar la toalla.

–No me dirás que lo hacías por caridad...

–No, cariño, lo hacía por dinero. Pero a cambio ayudaba a una mujer a sentirse mejor, a quererse más. Hay peores formas de ganarse la vida, créeme.

Nos quedamos en silencio. Iván tenía a su modo razón y me hubiera parecido estupendo tratándose de otro: de él, no lo soportaba. Necesitaba apurar.

–¿Y cómo funciona el servicio? –le pregunté, como si yo fuera otra persona, a la que su respuesta no podía herir.

–Ésa es una historia larga.

–Ahora mismo es la que más me interesa. No te preocupes, que voy a por más cerveza. Y la traigo yo.

Dejé las dos botellas en la mesa y volví a sentarme en la butaca frente a Iván, que se revolvía nervioso en el sofá. Suspiró.

–En Miami trabajaba por agencia. La clienta llamaba, escogía al acompañante y pactaba la tarifa. Pagaba un adelanto y el resto a servicio realizado, así yo no tenía que cobrarle y todo parecía más espontáneo. Yo la recogía: en su casa, en el gimnasio, en el despacho. Me vestía según me dijeran en la agencia: de sport, de calle, para una cena. Las salidas mejores eran las de varios días. Ahí sí tú ya puedes conocer un poco más a la señora, vas viendo lo que le gusta...

–Y tú, ¿te lo pasabas bien? –le pregunté, siempre apurando.

–Mi amol, yo estaba allí pa trabajar. La gozadera iba por otro lado. Aunque te digo que con alguna sí tuve las buenas noches...

Le miré, mirándome a mí como si yo fuera a salir corriendo. Quería cambiar de tema pero no podía. Todo aquello me parecía una novedad perversa. Mujeres que pagaban por sexo. Mujeres que se hacían follar por un desconocido. Casadas, solteras, jóvenes, viejas...

¿Cómo eran sus clientas? Y sobre todo, ¿qué les hacía?

–Preguntas demasiado. –Se puso de pie y me dio un beso en la nuca. Me cogió de la mano y me llevó al sofá con él. Con ese gesto, Iván consiguió que el interrogatorio se convirtiera en confidencia–. Todas las mujeres quieren cariño. O lo tienen o lo pagan, o lo paga su marido, ya ves. O les gustan los numeritos raros.

Yo le miraba. Quería y no quería saber.

–¿Qué clase de numeritos?

Iván me preguntaba en silencio por qué. Por qué le obligaba yo a hablar de su trabajo, yo, la mujer que precisamente no le había contratado. ¿Acaso no teníamos nada más de que hablar?

–Tuve suerte y no me tocaron muchos líos, pero mi amigo el Duglas, ése sí tenía historial. –No quería contestarme. Iván no estaba acostumbrado a hablar de sí mismo. Lo que a él le pasaba no contaba.

Insistí.

–¿Qué tipo de historial?

–Ya tú sabes, mucha mujer atada. Se dejan hacer. Sienten que no tienen responsabilidades. Allá en Miami tuve una clienta así. Una *juban* .

–¿*Juban* ?

–Sí, una *Jewish Cuban* , una *jubana* . Así les llaman allá a las princesitas cubanas. Era una muchacha joven, preciosa. Se casó con un tipo mucho mayor, ella andaba buscando un padre. Le quería mucho pero el tipo no estaba para la fiesta continua, no se la templaba. Le decía: «¿Y qué le niego yo pues? ¡Use su Visa!» Así me contaba ella, que le tomó la palabra. Averiguó, llamó a la agencia y me pasaron el servicio a mí… –Iván hablaba mucho y deprisa, escondiendo la incomodidad detrás de las palabras.

–¿Y entonces?

–Yo me iba pa su casa todos los miércoles. Tremendo palacio en Coral Gables. Almorzábamos al lado de la piscina. Hablábamos. Después me llevaba adentro, a «tomar café». Ésa era la contraseña.

Yo la desnudaba. La amarraba con el cinto donde fuera y me la templaba. Ella se dejaba llevar. Al principio se resistía, pero después era puro goce.

–¿Te dijo por qué te contrató?

–Los miércoles su esposo tenía reunión del consejo en la empresa. Yo creo que ella se vengaba: le traicionaba conmigo como él a ella con sus negocios.

–Y a ti, ¿te gustaba?

–Preciosa mujer. Pero me daba pena por ella. Hacía todo para que su esposo la considerara. Y él, ni por ésas. Creo que deseaba que él nos viera, que la riñera…

Aquella conversación me iba excitando. Me imaginaba a la chica, inmóvil bajo Iván, pensando en el marido que no estaba allí. En pleno bloqueo emocional continué tirando del hilo, como si la cosa no fuera conmigo.

–No me has contado los numeritos…

–M'hija, tú no quieres que yo tenga secretos…

–Para una vez que puedes hablar de ti… –le repliqué.

Iván volvió a mirarme, con la desconfianza en los ojos. ¿Por qué quería yo saber tanto? Yo le devolvía la mirada, impasible. Tenía que exorcizarlo. Suspiró.

–Tuvimos una clienta que nos pidió al Duglas y a mí a la vez. Quería doblete, la vieja. Tremenda templadora.

–Un *menage à trois* , vamos…

–También pedían dúos. Yo trabajaba siempre con la Pati. Ella salió de La Habana antes que yo. Estaba en el negocio desde hacia tiempo y lo llevaba bien. Además, era simpática. Me ayudó mucho.

–¿Qué hacíais?

–Oye, mami, qué pesadita te estás poniendo ¿Te está entrando calor?

Yo me negaba a dejar la conversación.

–O sea que Pati y tú…

Volvió a suspirar. Debió de pensar que responder era la mejor manera de salir del brete. Cerró los ojos.

–Santa paciencia… Había una vieja, montada en el dólar, muy elegante. El Oráculo, la llamábamos. Estaba en todas las salsas, de todas las revistas le pedían opinión y para todo tenía. Pasaba por viuda inteligente y serena.

–Y no era…

–Una viciosa es lo que era. Siempre nos contrataba a la Pati y a mí. Ni un cafecito, ni las buenas tardes. Allí se iba a trabajar. La mucama nos llevaba directo al dormitorio, donde nos esperaba, vestidísima y pintadísima.

–¿Y entonces? –Ese relato me fascinaba por increíble. En mi mundo no había viudas como ésa.

–Siempre decía lo mismo: «Ámense, mis hijos. Gózenla.» Parecía que nos diera ánimos, pero en realidad era una orden.

–Y vosotros…

–La primera vez fue bien dura. No me gustaba que me mirara. No conseguía concentrarme. ¡La Pati tuvo que esforzarse! A la siguiente cita ya llegamos preparados. Antes de bajar del coche nos metíamos un trago, nos tocábamos un poco… Creo que es lo que la vieja quería.

–Y ella, ¿qué hacía?

–Nada. Nos miraba. Ni pestañear siquiera. Nos miraba y se fumaba unos cigarrillos delgadísimos.

–Os dejaba hacer.

–¿Dejar hacer, el Oráculo? Daba órdenes como un general. Nos dirigía. Teníamos que hacer como ella decía: «Muchacho, voltéela. Y tú, niña, abre más las piernas…» Así todo el rato. Hasta nos decía cuándo teníamos que corrernos.

–Así cualquiera se concentra… –La curiosidad empezaba a teñirse de excitación.

–La vieja proyectaba. Pensaba que la Pati era ella. No se atrevía a contratar un *boy* y gozaba a través de ella. –Cerró los ojos, como no queriendo ver más–. Ya te conté lo que quisiste, mami…

De repente, mi rabia y yo cedimos. Lo abracé con mala conciencia. No podía dejar de pensar en todas aquellas mujeres con las que se había acostado con tanta deportividad. Él era su instrumento: no contaba para nada. Y para mí, ¿contaba? ¿Estaría trabajando gratis? Me costaba dejar la mente en blanco, dejarme ir. Estaba follando con un hombre que me había mentido. Con un hombre que cobraba por eso. ¿Me había vuelto loca o qué?

–¿Te gusta así, mi amor? –me preguntó Iván entre postura y postura.

–¿Y a ti? –Necesitaba saber que se lo estaba pasando bien.

–Oye, china, ¿qué cuento es ese? Relájate y déjate hacer, ¿vale?

Ahí sí me desbloquée. Para poderme relajar del todo, sólo quedaba una pregunta por hacer.

–Iván, en Barcelona te dedicas a lo mismo, ¿verdad?

Se dio la vuelta hacia mí para poder mirarme a los ojos y lo dio todo por perdido. Me besó en la frente.

–Sí.

Suspiré, le miré y me corrí.

20
Despójate

Hacía tiempo que no veía a ese negro tan hundido, carajo. Para empezar, hacía tiempo que no le veía y punto, y eso era extraño en el Iván. Ese niche necesitaba pasarse por mi casa a compartir jama, a comer mis frijoles, mi ropa vieja, para él eso era sagrado. Pero el *brother* se desapareció unas cuantas semanas. Extrañado, consulté los caracoles y el Diloggun me dijo que la moña no se le estaba resolviendo. Así que decidí ir a por él y me presenté en su casa sin avisar. ¿Que estaba trabajándose una gallega? *No problem*: me daba una vuelta y volvía al rato. Pero tuve suerte y lo encontré solo, sentado frente al televisor.

–¿Qué bolá, asere? –le pregunté, estudiándole. Ese negro estaba hecho una etcétera. Elegante, sí. Limpio y lujoso, sí, pero hundido. Las mujeres tienen eso, que si te descuidas te chupan la alegría, tremendas vampiras–. No sé nada de tu vida y vine a saber. Invítame a una láger nomás y cuéntame –añadí, yendo yo mismo al frío a por dos pomos.

La cocina estaba revuelta, llena de vasos y cajas de pizza y comida a medio comer. Ésa fue la prueba definitiva de que no estábamos en talla, compañeros. Me senté en el sofá junto al Iván y le encaré sin más:

–Tú estás bien jodido, hermano. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

El Iván me miró y empezó a explicarme cansino la lucha que tenía. Como me temía, era cosa de mujeres, de esa Bel esposa suya, para entendernos.

–Mira, Piesplanos, esa mujer no se parece a las que frecuento por negocio –se justificó el Iván y añadió enseguida–: ¡Cuidao, que no estoy renegando del negocio! Ya tú sabes que lo mío no es un trabajo, es una misión. Ya lo decía Compay Segundo: «El capital más grande de un hombre es poder dar alegría a otro». Y eso les doy yo a las gallegas: alegría. Por las clientas siento cariño, compasión a veces, y a eso me

agarro, hermano, porque en la cama todo vale menos la indiferencia. Carajo, Pablo, ¡que todos envejecemos! Yo también llegaré a ser cliente. Y tú. –El Iván hablaba sin quitar los ojos del televisor.

Resumiendo, que la amiga rubia de la esposa tenía otra amiga empatada con el Duglas en Miami y a través de ella supo del trabajo del Iván y claro, le faltó tiempo para decírselo a la esposa, porque las mujeres se tienen poca lealtad y ésa es puro veneno. Y la esposa del Iván, la Bel, le había confrontado y el Iván aceptó que se prostituía y claro, la pepilla no quería saber más nada de él.

Hundido como le veía, tuve que decirle que no llevaba toda la razón. Ese negro vivía del guaguancó. Ganaba bien, pero ningún banco le habría concedido una hipoteca. El Iván era malo ahorrando. Parte del dinero iba pa La Habana: su madre dependía ahora de él. El resto lo quemaba en ropa y gimnasios y lo que llamaba «gastos de representación». Tenía horarios impredecibles y ninguna seguridad. Y el tiempo no jugaba de su parte, porque todas las carnes se descuelgan, señores ¿Y la arquitectura? ¿Dónde quedó su idea de convertirse en especialista en restauración de edificios modernistas? ¿Y ese vestíbulo que íbamos a restaurar en la rambla Cataluña?

–Lo tenía ya casi firmado con Rosa, la clienta, pero esa temba me vio por la calle con Bel y le entró un ataque de celos. Me llamó, armó tremendo despelote y hasta hoy. Asere, lo que tiene la vida: me he quedao sin esposa, sin clienta y sin encargo. Me salé –terminó el Iván y se fue a por dos pomos más.

Me quedé cavilando hasta la vuelta, a ver cómo remontábamos ese jaque mate, señores.

–Mira, asere, ya tú sabes que se aprende más en las jugadas que se pierden que en las partidas que se ganan, y eso lo dijo el gran Capablanca, maestro de ajedrez y de vida, que la Caridad del Cobre le tenga en su gloria. Así que de salao, na. Lo que pasa es que tú tienes más rollo que película. Tú quieres llevar una vida ordenada, con tu gallega, con tu arquitectura. Y eso, mi hermano, no es fácil. En algún momento tendrás que explicarle a tu esposa, se llame Bel o se llame Bal, de dónde tú vienes y qué tú haces, y no me refiero al exilio... ¿Lo aceptará? Dime

qué mujer va a empatarse contigo cuando sepa que eres un puto.

–La que me quiera. –El Iván me dio su respuesta invariable.

–Y yo que lo vea –respondí, viendo que no había modo de cambiarle la opinión–, pero piensa que en la cama seréis siempre más de dos. Yo te digo que tienes que entrar en caja, hermano. Y si no confías en mi consejo, ahora mismo consultamos los caracoles y resolvemos.

–Mejor no... Mejor no saber, que me estoy agüevando –replicó el Iván, con una media sonrisa.

21
Necesito una amiga

El final de la relación con Iván me dejó tocada y más aún después de hablarlo con él. Me sentía tonta; peor: tonta del bote. No podía decir que me hubiera engañado o mentido. Mejor dicho, podría decirlo, pero no sería verdad.

Después del último encuentro repasé mentalmente todas nuestras citas, en el Hemingway, en casa... Casi me sabía los diálogos de memoria, esas frases que me hicieron pensar que entre Iván y yo había algo más. Al recordarlas ahora, con la cabeza fría, me daba cuenta de que lo mío fue una interpretación. «Podemos hacer muchas cosas juntos» no quería decir «te quiero», quería decir: «tengo un negocio que te puede interesar».

Al mes de la ruptura, cuando no quedó frase a la que sacarle lustre, caí en una segunda fase: me dio por recordar la relación física. Curioso, ¿no? ¿Por qué no pensé en eso antes? El sexo había sido el origen de todo, pero era como si se hubiera difuminado. Quizás me bloqueé, pero el caso es que tardé semanas en recordar las escenas de cama. Cuando estábamos juntos, yo sentía, notaba, que Iván estaba a gusto conmigo. Eso debe de ser difícil, imposible, de fingir, ¿no? Cierto que rara vez se corría, pero ya me lo comentó Marcelo cuando fuimos con Merche al Latin Boys: los gigolós no se corren porque pueden tener que prestar más de un servicio en un día, a la misma señora o a distintas. Me imagino que, como ya iba advertida, ese aspecto no me extrañó. Además, a estas alturas todo el mundo sabe que la mayoría de las mujeres no llegamos al orgasmo por penetración, así que la producción de esperma de Iván era para mí un dato accesorio.

Sin embargo, no lograba sacarme de la cabeza la reacción epidérmica. La piel es un órgano vivo, refleja lo que nos pasa. ¿Una

prueba? Pues la novia de Iván, por ejemplo, la tal Isabel, que me vino a la consulta con una dermatitis. Ella misma me contó que estaba angustiada porque tenía que tomar una decisión importante. Luego, al verlos en el paseo de Gracia, lo entendí, claro: la chica tenía que decidir si se quedaba con Iván sabiendo en qué trabajaba... En ese contexto de ansiedad, lo mínimo que podía sufrir era un eczema. Nunca lo habría creído, pero las mujeres, fíjate tú, engañamos, porque a mí, mi novio me dice que se prostituye, y salgo huyendo. En cambio, la tal Isabel debía de haberse curado, porque a la consulta no había vuelto y dudo que sospechara nada, porque yo, cuando coincidimos en el paseo de Gracia, ni siquiera les saludé. A lo que iba. El roce entre la piel de Iván y la mía nunca dio rechazo... Esta circunstancia desafiaba mi experiencia clínica, pero yo intentaba racionalizarla al máximo.

Además de situar a Iván en su justo sitio, me quedaban otros dos temas pendientes. Uno, hablar con Merche. Después de la discusión que tuvimos precisamente por él, en la que me advirtió de lo que podía pasar, no habíamos vuelto a vernos. Vale, yo no iba a quedar muy bien admitiendo que la razón estaba de su lado y que el señor era un aprovechado de aquí te espero, pero estaba claro que, si no superaba ese orgullo, además de al novio perdía a la amiga. También perdía a la masajista y, ahora que tenía el cuerpo habituado al tacto humano, eso era mucho perder. Así que la prioridad número dos era reanudar la relación con Merche.

No sabía cómo reaccionaría y eso me frenaba. Ella es muy a tumba abierta y capaz que me mandaba a paseo. Le di bastantes vueltas al dónde y el cómo: ¿Pedía cita en la estética? ¿La llamaba a su casa? ¿Me presentaba sin avisar? La tentación de dejarlo correr era grande, casi tan grande como la necesidad de desahogarme con alguien.

El otro tema era inventarme una vida social, en pareja o llámesele como se quiera. Eso era todavía más complicado que las paces con Merche. La escuela de baile no era una opción: no había regresado desde que conocí a Iván –¡bastante salsa practiqué en el Hemingway!– y tampoco la echaba de menos. En el mismo lote iba

Pedro, el mal amante engreído, al que no pensaba llamar así quedara sólo él sobre la faz de la tierra. El tema del sexo de pago tampoco era cuestión: las casas de citas como el Latin Boys me horrorizaban y no estaba dispuesta a contratar a otro gigoló, al menos por ahora.

Claro que, por otra parte, la experiencia con Iván me había servido para darme cuenta de que había vida más allá de la consulta. ¿Qué hacer? No quería volver a ser una eremita, pero tampoco quería más riesgos. La cuestión es que no sabía hacia dónde tirar.

...

Me presenté en la estética un mediodía sin avisar. ¿Y si Merche me daba largas por teléfono? No, mejor ir en persona y ver si podíamos hablar. Cuando me abrió la puerta se puso seria. No se la veía ofendida pero tampoco dispuesta a olvidar así como así.

–Hola, Merche... Mira, la última vez que vine las cosas no terminaron bien, te acuerdas, ¿no? –solté de entrada y la miré de reojo. Continuaba seria–. Pues vengo a decirte que tenías razón. He roto con Iván. Bueno, roto es un decir, tú sabes cómo era la cosa... –La volví a mirar–. ¿Estás ocupada ahora o podemos hablar?

–La próxima clienta no me llega hasta las cuatro. Tenemos tiempo para un café –me dijo, inexpresiva, pero cediéndome el paso.

Me senté en una silla de mimbre. Un enorme *display* de cremas y geles presidía la diminuta sala de espera. En la mesilla se amontonaban las revistas del mes. Todas las portadas citaban algún artículo sobre sexualidad pero ninguna pista para las mujeres de mi edad. Merche abrió un armario que hacía las veces de office y sacó un termo. Llenó dos tazas y se dispuso a echarles leche condensada.

–¿Lo de siempre? –preguntó.

–Lo de siempre –respondí, con una media sonrisa. Miré el reloj. Faltaba media hora escasa para la próxima clienta y tenía que aprovechar–. Merche, tú siempre dices que mejor una vez colorada que ciento amarilla, así que cojo el toro por los cuernos. El asunto con el chico cubano ha terminado mal, tenías razón en...

–No hace falta que me cuentes nada –me interrumpió–, lo importante es que estés bien. Yo sí que me llevé un disgusto muy grande el día que tuvimos esas palabras, porque ¿cuántos años hace que eres clienta, Rosa? Vamos a ver, si abrí la estética con cuarenta y dos… pues por lo poco, llevas nueve años viniendo. Chica, que te sé la vida: la separación de Manolo, lo mal que estabas, el señor ese de la escuela de baile… Yo creo que me he portado contigo, que te he apoyado… Vamos, yo, más que clienta, te he visto como amiga. Y lo de aquel día no son formas de tratar a una amiga.

Removí la leche condensada.

–Tienes toda la razón, ahora y entonces. Pero yo no quería oír lo que me decías, qué quieres, estaba tonta por ese hombre –me disculpé, mirándola a los ojos.

Merche estaba regia, con la piel hidratada, el pelo secado a secador, la bata impoluta y las uñas cortas, porque si no, para el masaje no iban bien.

–Rosa, no eres la primera ni serás la única. Las mujeres a nuestra edad hacemos estas tonterías y más. ¿Tenemos alternativas? Los hombres son como los mocos, se van unos y vienen otros, hasta que dejan de venir. Y claro, queremos marcha, queremos vida, y no hay mercado. Y aparece un chico guapo y a bodas nos convidan. –Merche se levantó y encendió un cigarrillo, uno de los pocos que se permitía porque el tabaco era nocivo para la piel. Pensé que iba a reflexionar sobre nuestra salida al Latin Boys, sobre la que poco había hablado, y su encamada con aquel chico, Pedro, pero ni mencionó el episodio: el tema era Iván–. A ver, ¿tú estás bien? ¿Te ha hecho daño? ¿Te ha robado? –me preguntó.

–No, mujer, nada de eso. Si la culpa de todo, en el fondo, la tengo yo. Me imaginaba cosas, pensaba que teníamos un futuro y resulta que el chico tiene novia formal. Los pillé de enamorados en el paseo de Gracia. Y lo que es la vida, ella es clienta mía, fíjate… –le expliqué.

–Si es que yo lo digo, las clientas son (sois) una fuente de sorpresas –replicó Merche, levantándose a por el cenicero–. Anda,

guapa, ven aquí, que hay más luz, y deja que te mire, a ver, que me parece que estás necesitando una limpieza de cutis como el pan que comes.

22
Y no pienses en los peces de colores

Miré a Iván casi con asombro, tendido allí a mi lado, respirando flojito. Hacía nada era un desconocido: ahora, sin embargo, me había llevado al borde de mí misma. Continué mirándole y preguntándome dónde llegaría si le seguía, cómo sería esa otra vida. Si me tiraba por el tobogán, ¿qué precio tendría que pagar? Un deseo tan intenso sólo podía existir si no era infinito. Ni viviríamos felices, ni comeríamos perdices. Aquella Bel que ahora centelleaba se apagaría, como se apagaban las bengalas en los conciertos de rock a los que iba Danny.

Sentí, en ese momento preciso, TRISTEZA con mayúsculas, porque los seres humanos no estamos preparados para los toboganes, ni para las explosiones cósmicas, ni para el rock, al menos yo. Sólo estamos preparados para asimilar, un día y otro, nuestras dosis de realidad asumida. Tenemos muchas vidas posibles y elegimos una, y esa opción sólo funciona si renegamos de las demás. No podríamos resistir una sobredosis de felicidad permanente. Miré a Iván en silencio: ese hombre quería reconciliarme con las opciones descartadas de mí misma, pero ya no. Me vestí y salí de mi casa de puntillas. No quería estar cuando Iván se fuera, porque esta vez no iba a volver.

Cinco días y treinta y dos llamadas de Iván después, me escapé a la costa, lejos de los escenarios habituales, para estar sola. Que me diera el sol y nadar tranquila. Me instalé en un hotelito de tres estrellas escondido en medio de la colonia alemana de Ampuriabrava. Con un aire inequívoco de los años setenta, el hotel había sido engullido por las macrodiscotecas que se peleaban por los turistas a golpe de fiesta: «Tropical Party», «Heute Abend Stripper Night». «A ésa seguro que no voy», pensé y se me escapó una mueca.

La habitación era pequeña y olía a desinfectante. Lo que me

atrajo del hotel, además del anonimato, fue la piscina, de formas onduladas, situada en la parte de atrás. Rodeada de tumbonas de plástico, estaba recubierta de mosaicos azules que intensificaban la sensación de frescor y en medio lucía una islita con tres palmeras enanas. Los salvavidas reglamentarios, de naranja desteñido, debían de ser todavía los originales. Al verlos recordé que yo ya no tenía donde agarrarme. Me los hubiera llevado conmigo a la cama como si fueran ositos de peluche.

El viento soplaba y traía unos nubarrones densos. Salí a la calle y agarré con fuerza el bolso, un viejo Mandarina, antes de que el viento me llevara a golpear a los turistas que corrían en desbandada en búsqueda de refugio ante una tormenta inminente. Continué caminando. ¿Por qué no? Hay momentos en los que la supervivencia no es el instinto básico. Me importaban un pepino la tormenta, la lluvia, los frenazos de los coches. No paré hasta llegar a la playa, barrida de bañistas. El propietario alemán del chiringuito se apresuraba: recogía sombrillas y mesas antes de que llegara el diluvio universal. Me dirigí decidida hacia la orilla. El alemán del chiringuito me miró un momento: ¿a quién debía salvar, a mí o a los parasoles?

–No voy a suicidarme. *Ich will mich nicht unterbringen* –le grité y arranqué a correr. No quería que se preocupara y, sobre todo, no quería preocuparme por él.

Plantada frente al mar, sentí que mi rabia se disolvía entre los rugidos. Aquella fuerza era más grande que yo. Me había pasado la vida intentando cambiar a los demás, aunque eso requiriera adaptarme a un mundo que no era el mío, ya fuera el universo pijo, el universo cubano o cualquier otro universo paralelo. Señoras, señores: el juego se acaba aquí. No podemos esperar del otro aquello que nosotros no tenemos. El otro nunca es responsable de achicar nuestros miedos. Sus manos no pueden sujetar nuestro globo, porque, cuando menos lo esperas, lo sueltan, y una parte importante de ti desaparece y se pierde, y deja un vacío del que tú eres la única responsable.

¡Qué difícil! Cuesta tanto asumir que lo que pudo ser no será. Otro plato roto. Pensaba en Iván, recordaba cómo me miraba, la

manera como hablaba, y cada recuerdo me alejaba más de la orilla, mar adentro. La tensión entre nosotros explotó por el sexo. No porque no nos hubiéramos entendido en la cama, sino porque me resultaba inconcebible compartir a Iván con un montón de mujeres indefinidas con las que se acostaba por dinero. Sin embargo, en medio de aquella tormenta de verano, con el agua por la rodilla, entendí que ése no era el tema: el problema real era la ausencia de «nosotros». No existen buenas maneras para decir que los universos de uno y otro no encajaban y que, como la principal responsabilidad del ser humano es seguir su propio sueño, «bye bye, miss American pie», y a otra cosa.

Antes de nuestra última cita, cuando le informé de que sabía a qué se dedicaba, me recordé a mí misma que debía ser razonable. Me avisé de que había que echar los frenos en el momento en que la conversación se volviera irracional. Y a pesar de que sonaron todas las alarmas, terminamos mal. Yo soy de las que creo que no es posible romper un afecto sin daños secundarios. ¡Es tan difícil cortar bien! La aventura, el cariño, la cama, las rutinas compartidas... las rupturas nos descapitalizan sin remedio.

Podía entender la motivación de Iván pero no asumirla. «¿Tú sabes qué recuerdo yo de La Habana? Los bluyines anchos, azul claro de tanto lavarlos, trasnochados. Los odiaba. Odiaba las camisetas amarillo yema de huevo, con estampados que estuvieron de moda quién sabe cuándo. Pero sobre todo, odiaba los bluyines, tan anchos que uno necesitaba un cinto para amarrarlos. En su defecto había que ponerles pinzas, y las perneras se ensanchaban haciéndonos parecer puros payasos. Cuando pienso en La Habana siempre me veo vestido así.»

Eso era lo que Iván quería dejar atrás: la imposibilidad de sentirse a gusto. Y con todo, Iván se moría por La Habana: él siempre decía que ni Miami, ni Barcelona, ni ninguna otra ciudad había conseguido acercarse siquiera a la luz que regaba el Malecón, cuando las olas se encrespaban por encima. ¿Serían las mismas olas que me arrastraban lejos de la playa de Ampuriabrava? Esas olas lo borraban todo.

Fue en plena tormenta, cuando cada vez era más duro saltar las

olas, que noté de repente la ausencia de Ricardo. Necesitaba volver a ocuparme de él, protegerle de su inseguridad, imagino que para obviar la mía. Me vinieron a la cabeza sus expresiones, cómo oscilaba entre la felicidad y la angustia. A Ricardo sólo se le iluminaba la cara hablando de libros.

–Pero tú, ¿cuándo te hiciste editor? –le pregunté al poco de conocernos.

–Yo creo que cuando supe leer, fíjate –me respondió, sin asomo de pedantería–. De pequeño tenía una fantasía recurrente. Me reunía con Enid Blyton. Ella me explicaba cómo le iba con el nuevo libro de los Cinco. Me proponía un argumento y yo le daba indicaciones: «Ana debería ser más amiga del perro Tim. Si no, no nos lo creeremos.» Yo era a la vez lector y editor. Y así hasta hoy. –Ricardo bajaba la vista y acariciaba distraído un lujoso libro dedicado al diseño industrial. «La vida hay que leerla», decía siempre.

Y ahora que él no estaba, sentía que perdía estantes llenos de libros porque ésa era la vida que hubiéramos leído juntos. Me sentía fatal. Más sola que la una. De pronto sopló una enorme ráfaga de viento, mayor que las demás, y reaccioné sin pensarlo. Fue como cruzar un puente, corriendo de vuelta hacia la orilla. Busqué el bolso en la arena. Es curioso: estás empapada, en plena tormenta, y buscas el bolso. A lo lejos, el alemán, refugiado dentro del chiringuito, me miró mal, como si yo estuviera loca. Regresé al hotel, pedí la cuenta y esa misma tarde, desafiando la lluvia, volví a Barcelona.

Esa noche llamé a Ricardo. Le dejé recado, seguido de un montón de mensajes en los días sucesivos, cada vez más angustiada al ver que la ciudad se vaciaba por vacaciones. Llegamos a hablar una vez, pero me dio largas. Imagino que el hecho de que le dejara por un cubano le debió de sentar fatal.

Así empezó un verano duro, pero duro de verdad. Yo no sabía qué me dolía más, si la soledad o la vergüenza.

…

–He estado ordenando papeles y he encontrado unas fotos tuyas... –Ésas fueron las primeras palabras de Ricardo cuando por fin me llamó, a principios de septiembre.

–¡Ricardo! –Yo ya no esperaba noticias suyas y por eso, al oírle, mi voz mostró un cariño exagerado. Se me vio el plumero del todo.

–¿Cómo estás, Isabel? –preguntó, como quien se dirige a un enfermo en tratamiento.

–Bien. ¿Y tú?

–Resulta que este fin de semana vacié por fin el escritorio viejo. Encontré las fotos de París y pensé: «Tengo que llamarla».

Recordaba esas fotos, tomadas en un París lluvioso y frío. Se me veía muy saludable, me brillaban las mejillas y reía con ganas. Había sido un fin de semana perfecto, con cultura, sexo y mucho *charme* . Nos habíamos abrazado frente al restaurante y una estudiante enrollada nos hizo la foto.

–¿La *brasserie* ? –le dije, pronunciando el santo y seña, como si esa palabra pudiera invocar un viaje de hacía dos años.

–¡La *brasserie* ! –respondió Ricardo–. ¿Te acuerdas de la merluza inmensa que asesinaste?

Hablar de París me devolvió al pasado pluscuamperfecto, anterior a la ruptura. Nunca olvidaré la decisión con que Ricardo pujó por la carta de Baudelaire que motivó el viaje. En esa época estaba atravesando lo que él llamaba con sarcasmo «su período de las flores», las del mal, claro. A través de su contacto en Les Autographes, los marchantes de la Rue de l'Abée Grégoire, se enteró de que salía a subasta una carta original del poeta al escritor Gustave Claudin.

–Esa correspondencia me fascina –me informó con determinación–. Podríamos ir a París y pujar.

–Suena bien –acepté.

Me fascinaba viajar con Ricardo, a París o a Finisterre, y el motivo era lo de menos. Así que allá que nos fuimos, a París, un jueves, en el primer vuelo. Dejamos las maletas en el Hotel Saint

Dominique, un pequeño convento en la calle del mismo nombre, a medio camino entre la Tour Eiffel y Les Invalides. Ricardo insistió en llegar con tiempo a la sala de subastas. Le seguí un tanto incrédula. Esperaba que en cualquier momento se levantara y se fuera, víctima de su inseguridad, abandonando su propósito anticuario, pero no fue así. Pujaba con un aplomo desconocido, mientras yo me agitaba nerviosa en el asiento de al lado. Hubo otros dos compradores, pero Ricardo no se arrugó y acabó adjudicándose la carta, una hoja amarillenta, con una veintena de líneas de trazo decidido y un sobre donde aún lucía el sello original.

«La moral del bien no es sincera»: así remataba Baudelaire el escrito a Claudin que Ricardo había comprado. Dos años después del aquel viaje, al escuchar su voz por teléfono, recordé esas palabras como si fueran dirigidas a mí. Y me parecieron una revelación. ¿Estaría Ricardo dispuesto a olvidar la locura de Iván? ¿O ya salía con otra? Dado que mi informante, Marta, había desaparecido del mapa, sólo tenía una manera de averiguarlo: quedando con él.

23
Para el llanto (que no es para tanto)

El final del verano llegó y de repente todo me pareció más fácil. Pensaba en Iván de vez en cuando, cierto, pero ya no con la obsesión de los primeros días después de la ruptura. *Chapeau* para Merche, porque me espabiló bien espabilada.

Merche sólo me habló del tema una vez pero fue contundente. Yo estaba tendida en la camilla mientras ella me aplicaba unos fangos («barros», los llama) con los que ahora hace los tratamientos. Era la primera vez que me lo hacía y yo la miraba con más atención que de costumbre. Según los males a resolver se aplican fangos de un color u otro. La verdad es que los resultados se notan: la epidermis absorbe parte de los minerales presentes en la composición. Estábamos en plena operación de untado, un poco pringoso todo, cuando, mientras me envolvía en plástico, me dijo:

–Imagino que del Iván ese no has vuelto a saber.

Merche me pilló por sorpresa y decidí responder por la directa.

–Pues no. ¿Qué quieres? ¿Que le llame y le diga que ya no estoy confundida y que a ver si me hace un descuento en la próxima cita por ser clienta especial? Mira, pues puede que incluso lo haya pensado, pero...

–Pero nanay –me replicó, plantándose a mi lado en la camilla con los brazos en jarras–. Han pasado unos días y el tiempo en estos casos no ayuda, porque lo suaviza todo. Y no quiero recaídas, Rosa. Tú vuelves a ver a ese chico y te acuestas con él, seguro. Y vuelves a acostarte con él y te vuelves a liar.

–Mujer, que yo también aprendo mis lecciones –le respondí, un poco dolida–. Vale que una vez se me haya ido el tema de las manos,

pero tan tonta no soy...

–Rosa, guapa, aquí nadie dice que seas tonta. Yo me refiero más bien al tema hormonal. Y emocional. Ese chico te pone, y a quién no, porque guapo, lo es un rato. Y nos gusta, Rosa, eso a nosotras nos gusta. Nos gusta ir al lado de un chico que esté bien y que sea educado. Y si nos vamos a la cama, pues se nos remueve un no sé qué. Está en la naturaleza y se nota: a veces miro a una clienta y, como le vea ese brillo en los ojos, pienso: «Mira qué contenta va»... Y si encima el chico sabe lo que hace, pues nos despierta una sensación que confundimos con el amor. Yo digo que las mujeres nos despertamos de un buen polvo enamoradas. Enamoraítas, aunque tengamos al lado al más feo de los feos. Y eso que lo sabemos, pero esa confusión postpolvo, hija mía... Es que no hay nada que hacer.

–Y eso, ¿por qué? –La verdad es que podía reconocerme en las sensaciones que Merche contaba.

–Pues, chica, no lo sé. Y el caso es que nos pasa a muchas, tengamos la edad que tengamos. Lo sé porque lo hablo con las clientas y muchas me lo cuentan. Yo no sé si es que, como nos contaron que no había sexo sin afecto, pues lo hemos interiorizado y cuando nos acostamos con alguien, pues sentimos automáticamente que le queremos, aunque sea sólo un rato. Tú fíjate que antes, a los chicos les pagaban una puta para que los estrenara y, en cambio, de nosotras se esperaba que llegáramos vírgenes al matrimonio. ¿Será por eso que los hombres no se confunden y nosotras sí?

–Pues no sé yo, Merche, porque a veces es muy fácil culpar de todos los males a la educación y... –tercié.

–A la educación, a la sociedad, a la familia... Un poco todo, ¿no? Porque, por ejemplo, los anuncios también nos lo meten en la cabeza, que tener un hombre al lado es lo más. Y después estamos nosotras, las amigas. –Me miró como queriendo decir: «Ya soy tu amiga otra vez».

–¿Qué pasa con las amigas? –le pregunté. No tenía ni idea de dónde quería ir a parar.

–Pues que, como estamos todas influidas por estos mensajes, los

retransmitimos. Nos los contagiamos unas a otras todavía más. Es como que envidiamos por lo bajinis a la que tiene compañía y compadecemos a la que no, y claro, vuelta a empezar…

–Mira, Merche –la interrumpí, intentando mover los brazos dentro del plástico–, yo creo que generalizar no es tan fácil, y además de buscar culpables, pues tendríamos que intentar resolver el tema. ¿Que no queremos ser invisibles? Bueno, hablémoslo. Hablemos de quién nos mira y cómo nos mira y cómo nos ve y cómo nos vemos. Y si no nos ven, pues a ver qué soluciones tiene esto, porque muertas no estamos. Éste es el tema, creo yo. Y cada una tenemos que empezar por aquí y analizarnos un poco y ver por dónde tiramos, y p'alante.

Merche siguió mi discurso cada vez más convencida.

–Eso, p'alante. Ya sabes que yo quiero energías positivas. –Creo que Merche se alegró de ver que como mínimo coincidíamos en la actitud.

–Por cierto, hablando de energías –le solté, intentando mover los brazos dentro del plástico–. ¿Me falta mucho para que me quites esto? Te lo digo porque me está entrando un frío…

…

Un tema que me agobió mucho fueron las vacaciones. Durante la relación con Iván llegué a pensar en irnos juntos a alguna playa unos días y ahora, irme sola, pues como que no. Y se me hacían un poco una montaña, pero tenía claro que necesitaba salir de Barcelona. Al final me apunté a un tour organizado por Túnez, diez días viendo oasis y monumentos y comiendo sensacional, en hoteles muy correctos; una vez incluso acampamos al aire libre, para ver la salida del sol. El viaje fue una decisión de última hora y salió muy bien, nada complicado, nada de vacunarse de cosas raras para ir a países raros.

La gente del grupo era muy agradable. Fuimos tres parejas, cuatro chicas solas (y yo, cinco) y dos chicos, trece en total. En el

aeropuerto ya empezamos a congeniar y la verdad es que no hubo ni un solo roce ni un solo mal rollo, nada de nada. Imagino que a estas edades nuestras (dos de las parejas eran más jóvenes pero el resto andábamos todos en los cincuenta), pues cada cual ya sabe cuál es su espacio. Todos fuimos muy respetuosos con los momentos del otro. Entre los solteros no hubo tensiones, y eso que cuando vi al grupo pensé: «Ya la hemos liado, cinco chicas y sólo dos chicos». Pero no. Nos mezclábamos todos con todos, sin favoritismos ni apartes.

Confieso que, de los dos chicos, el que mejor me caía era Sergio. Me llevaba cinco años pero nadie lo diría, porque se cuidaba y estaba imponente. No habló mucho de él pero me pareció entender que se había separado hacía mucho tiempo, seguro que antes de que yo me divorciara. Trabajaba en La Caixa, no tenía hijos y le gustaba viajar. Era muy atento con todas. Me pareció que conmigo tenía detalles especiales pero me esforcé mucho por no darles importancia y mantener el equilibrio del grupo.

El viaje a Túnez, la verdad es que me alivió, porque yo misma me había estado presionando mucho –me doy cuenta– a favor de restablecer la vida social y, ostras, todos tenemos que elaborar un duelo. Iván era un hombre de pago, de acuerdo, y me confundí. He necesitado un tiempo para «desconfundirme», pero eso es normal.

En estos meses, Merche la verdad es que ha estado correctísima y no ha vuelto a mencionar el tema. Ahora nuestras conversaciones de camilla se centran en mi carrera profesional y en sus cuestiones de empresaria. La pobre lo pasa fatal los meses que toca pagar el IVA, recopilando los papeles para llevárselos al gestor. Yo me ofrezco a quedar un sábado y ayudarla a ordenarlos pero no quiere, qué le vamos a hacer.

–Pagar, pago, pero, chica, el IVA es mi reto personal y tengo que asumirlo y analizarme y ver por qué. ¿Qué lección tengo que aprender? –me repite.

Ésa es la pregunta del millón: ¿qué lección tengo yo que aprender de la historia con Iván? Pues varias. La primera es que se puede conseguir compañía pagando y no pasa nada. La segunda, que el sexo

es una cosa y el amor otra, y ojo con mezclarlos, porque te encuentras o bien con el amigo impotente como amante, o bien con el amante que sólo quiere ser eso. Y conste que, aquí, la que se lía es la mujer. La tercera gran lección es que hay vida después de los hombres y la dermatología.

Con los de Túnez ya estamos hablando de montar un miniviaje a Mallorca para el puente de la Constitución. Sergio se ha ofrecido a encargarse de la logística y, con éstas, que el otro día me llama y me dice de quedar a cenar para que le ayude a escoger hotel. Y le he dicho que sí, tan tranquila. Que la cosa prospera, bien. Que no prospera, bien también. La cuestión es que en tres semanas me voy de viaje y yo encantada.

24
Foto de familia

La primera cita con Ricardo después de todo –de Iván, del verano, de la vuelta al cole– me angustiaba. No por la proposición de matrimonio, eso ya lo daba por perdido. El solo hecho de cenar juntos me suponía una tensión inenarrable. Iba a sentarme frente al hombre al que había amado y al que había dejado por un gigoló y me iba a aguantar una noche entera sintiéndome una estúpida autoexcluida de su vida. No sabía si podría, pero aun así tenía que verle. Yo no sé, igual después del Huracán Iván me había vuelto más modosita, más en la línea que a Ricardo le gustaba. Ser lanzada y partidaria del «aquí te pillo, aquí te mato» no me había llevado muy lejos que digamos.

Fue Ricardo quien me llamó con la excusa de las fotos de París y de ahí a quedar para comentar las vacaciones sólo había un paso. Lo dio tan natural:

–¿Qué tal si te recojo a las ocho, nos tomamos una copa y después picamos algo?

–Por mí, encantada –respondí con toda la torpeza del mundo.

Nada más colgar el teléfono caí en una crisis de armario, consistente en sacar todos los modelos disponibles para decidir qué me iba a poner. La cosa se complicaba porque estábamos ya en septiembre, no podía ir muy playera pero tampoco aparecer como la que se ha comprado la ropa de otoño y no puede esperar. Lo mezclé todo con todo, hasta que me quede con la primera opción: unos tejanos, una camiseta blanca y una cazadora muy apañada, que dignificaba el conjunto. Me pase otra hora más buscando zapatos y Mandarina a juego. Opciones tenía, porque al romper con Iván los bolsos no se los devolví, eso ni loca. Era la herencia que me quedaba. Así que escogí un modelo Wink *vintage* en color beige y me di el

aprobado.

La «Operación Encanto» me dejó más de hora y media de margen antes de que Ricardo viniera y, ya puesta, me dediqué a descartar la ropa demasiado veraniega. Para cuando sonó el interfono me había pulido una copa de vino blanco a efectos de entonarme y empezaba a pensar en qué hacer si él no llamaba: no había perdido la mala costumbre de dudar.

–Soy yo.

Oí la expresión y salí disparada. Mientras bajaba la escalera a pie, por no esperar el ascensor, tuve un momento de lucidez. «No voy a aparecer jadeando», me dije, y continué bajando peldaños, ahora a ritmo lento, como si fuera Grace Kelly. Ricardo estaba de espaldas a la escalera, así que yo le vi antes. Impecable con unos pantalones caquis, unos mocasines y su camisa impoluta de cuadros de vichy azules. El corazón me dio un vuelco: hubiera podido ponerme a llorar allí mismo.

Ricardo se dio la vuelta y la cara se le iluminó contra su voluntad.

–Isabel, guapa –dijo, y me dio un beso en la mejilla.

Con la mano en el codo, me sacó a la calle, como si yo necesitara ayuda al caminar, y de hecho casi la necesitaba, porque estaba muy, pero muy nerviosa. Tardamos una eternidad en llegar hasta la Vinatería. Íbamos hablando de los turistas al sol con la prepotencia que da el ser residente. Ricardo había reservado una mesa dentro y nos sentamos al fresco, aliviados. El camarero vino a tomar nota enseguida, Ricardo pidió dos copas de chardonnay.

–Te parece bien, ¿no? –corroboró, sin demasiado espacio para las alternativas–. Y unas aceitunas.

Después, se recostó en el asiento y me miró a los ojos.

–¿Qué tal tus vacaciones? –le pregunté, ansiosa por salir del impasse.

–Pues como siempre, en el Empordà, escribiendo poco o nada, según la máxima de Wittgenstein: «De lo que no se puede hablar, es mejor callar». –Bajé los ojos. ¿Era ésa la primera acusación? Ricardo continuó impasible–: Miré algunos libros, pero me resultó aburrido.

Me sentía solo. Bueno, alguna compañía he tenido, pero sólo para pasar el rato y satisfacer mis instintos, y luego, ¿qué...?

–Luego casi nunca hay nada, pero eso ya lo sabíamos, ¿no? –le repliqué, convencida.

Me salió solo y hasta yo me sorprendí del tremendismo. Por suerte, me frené. De acuerdo, había desaprovechado la oportunidad de mi vida y él se consolaba con otras. No iba a hacerle una escena de celos yo, que me había estado follando a un gigoló con entusiasmo. Y ya puestos en plan María Magdalena, también me había acostado con su amigo Danny, ex de mi amiga Marta, para más señas. ¡Qué historial!

–En efecto, nada de nada, si esto no es ya una contradicción –puntualizó Ricardo–. Y tú, ¿qué tal con el cubano?

La pregunta me sorprendió porque cuando hablamos por teléfono, en julio, yo le había avanzado el final de todo, pero ésos eran los modos de Ricardo: sólo recordaba lo que le interesaba y ahora quería oírlo en directo y de mis labios.

–Lo dejamos antes de las vacaciones. Iván era, es, un chico estupendo, muy cariñoso, pero vivíamos en mundos diferentes. A mí, la cubanía no me va –le expliqué, casi sin saber lo que decía–. Mira, Ricardo, yo siento lo que pasó y espero que no te ofendieras y que podamos ser amigos, porque la verdad, siento mucho esto que ha pasado y si pudiera volver atrás, yo... –Sería el chardonnay, serían los nervios acumulados, pero estaba a punto de ponerme a llorar y eso sí que no.

–Si pudieras volver atrás, ¿qué? –me preguntó Ricardo, con una mirada de acero.

–Pues igual ahora estaríamos de otra manera –le salté. De perdidos, al río–. Igual ahora estaríamos viviendo juntos. Pero en la vida las cosas salen como salen. Me pillaste por sorpresa y en mal momento. Quisiste volver cuando aún no te habías ido, Ricardo, y yo te quise pagar con la misma moneda. La pifiaste tú primero dejándome y después yo, yéndome con un cubano. La operación salió mal y aquí culpables somos todos.

Ricardo se acercó y me miró con otros ojos, como si de repente recordara que el primer abandono fue el suyo y asumiera su parte de culpa.

–Te propongo una cosa, Isabel –me dijo–. No hablemos más del tema, ¿quieres? Este anillo –se metió la mano en el pantalón y sacó con parsimonia la cajita que me había enseñado por primera vez en aquella cena en Gracia– lo compré para ti. Dime que lo aceptas –me dijo, tendiéndome la caja sin dejar de mirarme. No le temblaba el pulso.

Se me cayó el bolso de las manos y mientras me agachaba a recogerlo me entró un sofocón. Cuando emergí de debajo de la mesa lo tenía clarísimo.

–Si tú me lo das, yo me lo quedo –le dije.

Sonreí y nos dimos un beso de roce, casi de trámite, como el estudiante que acaba de sacarse el carnet de conducir y se lo cuenta al profesor de la autoescuela.

...

En los meses anteriores a la boda, el ajetreo erradicó a Iván de mi mente. Ricardo y yo estábamos de acuerdo en que la ceremonia fuera íntima: él no claudicaría ante un montón de ojos expectantes y yo no tendría que dar demasiadas explicaciones. Las familias lo vieron bien. Se soportaban con educación pero mis padres y los suyos procedían de mundos distintos y el festejo en común era un reto para *tutti* .

Al final, como suele suceder, vinieron más invitados de los previstos, liderados por los inefables amigos del Café Arc, emocionados por la boda en *petit comité* . «Ahora somos una saga –nos bendijo Danny con sorna–. Con el hijo de Luisa y Jaime, y con vosotros dos, el Arc ya tiene su propia dinastía.»

Danny se presentó con unos pantalones ajustados de color negro brillante, una camisa negra con gran cuello rígido y zapatos de puntera. Tenía el encanto del rockero que «no pertenece» al ambiente y eso le atrajo muchas miradas, para consternación de Marta, que le

consideraba su pareja de boda. No pude dejar de invitarla porque hubiera generado un problema de lealtades al resto del grupo, así que le mandamos la participación. Vestida para matar, con un traje de sedas y transparencias verde manzana, Marta casi consiguió lo que se propuso: brillar más que la novia. Luisa y Jaime acudieron con sus mejores ropajes de diseño barcelonés: ella lucía orgullosa una barriguita incipiente y se dejaba proteger de todo y de todos por su flamante marido.

Recuerdo que al llegar frente al teniente de alcalde del brazo de mi padre, pensé que Ricardo estaba impecable y muy guapo: el traje, de corte inglés, camisa y corbata cuidadosamente escogidas, y un punto de nerviosismo que escondía inseguridades mucho mayores. Por mi parte, opté por un vestido vaporoso de corte clásico pero de largo por encima de la rodilla. Si me casaba con Peter Pan, tenía que parecerme a Wendy. Con el cabello suelto y una rosa en la mano, me sentía como la ninfa del lago, llamada a convertirse, más pronto o más tarde, en la bondadosa hada madrina.

Fue una boda moderna para una pareja moderna. Después nos escapamos siete días al Caribe, una semana de cultura y lectura, sexo y una desbordante sensación de triunfo. Ricardo estaba orgulloso de haberse atrevido a dar el paso y me miraba como si aún no se lo creyera. Por mi parte, sentí que había cubierto una etapa de mi vida en el momento adecuado. Los dos podíamos decir, alto y claro: «Misión cumplida». Poco importaba que hubiera o no querido cumplirla: así me habían educado, eso era lo que se esperaba y por fin sentía que pertenecía al mundo «normal». Al regreso, nos instalamos en casa de Ricardo mientras arreglábamos mi piso, que sería nuestra casa. Yo me resistía a abandonar el barrio y Ricardo estaba de acuerdo en que el Born era una parte tan literaria de la ciudad como cualquier otra.

La mirada de Iván me desveló el recuerdo por sorpresa un día en que fui al piso a supervisar las obras y vi cómo retiraban la cama de la habitación. Me asaltó la tentación de marcar su número y preguntar por su vida, pero me contuve. No iba a llamarle porque aquello no iba a ningún lado. Con todo, me veo bien. Tengo un

compañero de vida que me respeta y con el que comparto una apretada agenda social. A veces pienso si soy feliz. Me digo que, al final, una busca lo que busca y tiene lo que tiene, ¿o no?

25
La bruja, camará

Ese niche me tiene loco, señores, lo digo y lo repito. De la noche a la mañana, el Iván se desapareció en combate, ¡y ya!

En éstas que, por sorpresa, se apareció la otra noche como si le hubiera tocado la lotería.

–Oye, yunta, ¿qué bolá? Ponme un roncito y tómate otro, que invita la casa –me dijo, sonriendo mientras me palmeaba la espalda.

–¿Qué tú quieres, hermano? Llevas días, semanas, meses en pira y ahora vienes pidiendo trago. ¿Qué hubo? –le pregunté sin sacar el ojo de los vasos que estaba limpiando.

–Bisnes, asere. Lo de siempre. Ya tú sabes cómo es esto –respondió el negro, dando la espalda a la barra para estudiar a sus anchas la pista–. Tremenda mulata –me comentó, señalando a Yemila, una niña de Cienfuegos que se movía con una sabrosura excepcional.

–Sí, pero no está pa ti –le respondí, señalándole con la cabeza al DJ, que sonreía orgulloso desde la cabina y el diente de oro se le veía brillar–. Además, ¿qué tú haces aquí solo? –le pregunté con retintín.

–Me tomé la noche libre y vine a verte –me respondió el Iván, apurando el trago de ron y dejándolo con un golpe en la barra. Le volví a llenar el vasito, dejé de limpiar y me planté delante.

–¿Puede saberse dónde has estado? Llevas días desaparecido, nadie supo de ti. ¿Perdiste el celular? –le interrogué.

–¿Por qué tú tomas tanta lucha? ¡Pareces mi esposa! –me respondió riendo. Me desaparecí un rato porque quería estar solo y si me quedo en la ciudad es un no parar. Me fui pal sur unos días, masajeando, ya tú sabes.

–Y hablando de esposas, ¿qué se hizo de la tal Isabel? –le pregunté sin más rodeos.

–La cosa no cuajó. Esa pipitilla es bien de aquí y no hubo con qué aplatanarla: le dio una sobredosis de Caribe, asere –me respondió Iván como quien no le da importancia.

–¿Y la clienta? ¿Te la llevaste pal sur? –insistí. No iba a dejarle marchar sin que me contara lo que había sucedido. No está bien desaparecerse sin que los amigos sepan na ni hagan na.

–Otra con sobredosis de Caribe, ahí se jodió la bicicleta –me explicó, fulminándose el segundo trago de ron–. Si es que las gallegas no pueden con este niche, hermano –añadió, para quitarle hierro al asunto.

Ahí fue que me di cuenta que ese temba no estaba en talla, que le había dado duro. Me lo sospechaba. Y rematé:

–¿Y el encargo de la restauración?

–Aparcado por ahora, hermano. Aquí hay necesidad, desde que volví no he parado. ¡Si supieras cuánto me ha costado poder salir hoy solo! El celular echa humo, las mujeres sueltan fula a cambio de alegría y yo se la voy a dar, hermano. Porque dar alegría a las mujeres es el don que Dios me dio y no lo voy a desaprovechar.

El privé se iba llenando y la conversación nuestra tendría que acabarse pronto.

–Mira, Iván, tú tienes que estar en lo que te conviene. Las mujeres son como las brujas, que te hechizan y luego el encanto se desaparece y aquí paz y allá gloria. Pero ya tú sabes lo que dijo el gran José Raúl, que Dios y la Virgen del Cobre le tengan en su gloria: «Cuanto menos piezas quedan en el tablero, más fuerza tiene el peón pasao». Así que p'alante, mi hermano.

El Iván me miró con una media sonrisa.

–Te debo una partida, Piesplanos. Vente pa la casa el martes y nos hacemos unas fichas. –Me chocó la mano, se dio la vuelta y sonrió sin disimular a una trigueña alta, de ojos azules y cabello corto, tremenda fondillúa que acababa de sentarse en la barra.

Banda sonora original

Un hombre de pago tiene su propia banda sonora. Los títulos de los capítulos proceden de piezas de salsa cubana de los años noventa. Son éstas:

1. **Soltera y sin compromiso**

   «Y mira cómo está la niña, oye,
   soltera y sin compromiso.
   Relajadita, relajadita,
   ¡solita!
   Soltera y sin compromiso.»

   Manolito y su Trabuco, «Te dejo libre», *Para que baile Cuba,* 2000

2. **Se te ve en la carita**

   «Se te ve en la carita
   que tú eres una loquita.»

   Manolín, el Médico de la Salsa, «Una aventura loca», *Una aventura loca* , 1994

3. **Los Sitios entero**

   «Nací en La Habana,
   soy habanero,
   Jesús, María, Belén
   y Los Sitios entero.»

   NG La Banda, «Los Sitios entero», *Salsa con Amador: Gira España 93*

4. **El que suene más, se la lleva**

   «El que suene más, se la lleva,
   se la lleva caminando.
   Y el que suene más, se la lleva.
   Oye, mira, que yo me la llevo guaracheando.
   Y el que suene más, se la lleva,
   se la lleva, se la lleva.

Bueno, pues eso es lo que hay aquí, caballeros.»

NG La Banda, «Lo que siento es ley-lo-ley», *Salsa con Amador: Gira España 93*

5. Como una nube pasajera

«Si ya te mojaste,
¿por qué no me tiras la toalla?»

David Calzado y la Charanga Habanera, «Nube pasajera», *Pa' que se entere La Habana,* 1995

6. La vida es corta

«¡Levántense y gocen, que la vida es corta!
¡Alégrense por fin, que lo demás no importa!»

Gloria Estefan, «Ayer», *Mi tierra* , 1993

7. ¿Y qué tú quieres, mami?

«¿Y qué tú quieres, mami?
¿Y qué tú quieres que te den?»

Adalberto Álvarez, «¿Y qué tú quieres que te den?», *Cuba Now* , 1998

8. El bueno soy yo

«El bueno soy yo
y la mala eres tú.
Asume que vas a pagar
por tu actitud.»

Paulito FG, «¿Qué vas a decir ahora?», *El bueno soy yo* , 1996

9. Si te vas conmigo

«Decide, por favor,
si te vas conmigo.»

Manolín, el Médico de la Salsa, «Si te vas conmigo», *Una aventura loca* , 1994

10. Quiero irme, vida

«Quiero irme, vida.
No sé hacia dónde, pero quiero irme, vida.

Hasta en el infierno habrá alguien que
quiera hacerme compañía.»

Willy Chirino, «Vía», *Oxígeno,* 1991

11. Sólo tú y yo sabemos

«Sólo tú y yo sabemos
lo que está pasando.
A mí lo mismo me da
que sigan averiguando.»

Adalberto Álvarez, «Lo que está pasando», *Salsa Cubana: The Gold Collection,* 2001

12. Qué bueno sería

«Qué bueno sería borrar
de golpe todo quebranto.»

Albita, «Tá bueno ya», *Una mujer como yo* , 1997

13. Qué bueno baila usted

«Castellano, qué bueno baila usted.
Castellano, qué rico y qué bueno baila usted (...)
Generoso, cómo toca usted.»

Beny Moré, «Qué bueno baila usted», *El Bárbaro del Ritmo: Grabaciones realizadas en La Habana en los años cincuenta,* 1990

14. Como pantera

«Como pantera,
me quieres robar mi presa,
apartarla de mi corazón,
esa pasión que me interesa».

NG La Banda, «Como pantera», *Échale limón,* 1995

15. Un consejo pa ti

«Búscate un temba que te mantenga
pa que tú goces, pa que tú tengas.»

David Calzado y la Charanga Habanera, «El Temba», *Grandes Éxitos* , 1997

16. Y que existe otro querer

«Es porque han adivinado
que tu amor me ha traicionado
y que existe otro querer.»

Buenavista Social Club, «Dos gardenias», *Buenavista Social Club* , 1997

17. Saliditas contigo (no me convienen)

«Salir contigo, no,
ni que estuviera loco.
Saliditas contigo,
ni loco que fuera yo.»

Manolito y su Trabuco, «Saliditas contigo», *Para que baile Cuba,* 2000

18. Hablas de mí

«Y antes de hablar del pasado
piensa que tal vez un día
quieras volver a mi lado.»

Gloria Estefan, «Hablas de mí», *Mi tierra* , 1993

19. Bolero advertido

«Voy a convertirme en un ladino
si entorpeces el camino
que yo debo transitar.»

NG La Banda, «Bolero advertido», *Échale limón,* 1995

20. Despójate

«Despójate,
quítate lo malo,
échalo p'atrás,
límpiate, mi hermano.»

NG La Banda, «Santa palabra», *Échale limón* , 1995

21. Necesito una amiga

«Necesito una amiga
que me cuide,
que me quiera.»

NG La Banda, «Necesito una amiga», *Salsa con Amador:*

Gira España 93

22. Y no pienses en los peces de colores

«Para que me beses tú, tú ves,
pa que me beses
y no pienses en los peces de colores.»

Albita, «Para que me beses tú», *No se parece a nada* , 1995

23. Para el llanto (que no es para tanto)

«Si me la dejas sola de nuevo,
te la voy a liquidar.»

David Calzado y la Charanga Habanera, «Para el llanto», *Grandes éxitos,* 1997

24. Foto de familia

«Que no sirvió de nada
o de casi nada,
que no es lo mismo,
pero es igual.»

Carlos Varela, «Foto de familia», *Como los peces* , 1995

25. La bruja, camará

«No se subasta:
por eso te comparo yo
con una bruja (...).
La bruja te va a llevar.
Corre, niño, que te va a coger.»

NG La Banda, «La bruja, camará», *La bruja, camará* , 1995

Agradecimientos

Raúl no lo sabe, pero fue él quien empezó esta novela en Madrid.

Esther y Roland se confabularon para informarme sobre Iván. Mari Carmen y Cristina me hablaron de Rosa, quien le debe mucho a la señora C. A Angelito, a Facu y a Josep les encantaría conocer al Piesplanos, seguro. Richard y Guillermo también aportaron.

El pelotón de la calle Sant Lluís, con Lluc a la cabeza, me ayudó a leer la novela. Bárbara nunca dudó de que la acabaría y Steve se aseguró de que la acabara.

Todos me han prestado su ADN emocional para que *Un hombre de pago* pudiera poblarse. Se lo agradezco.

PD: Los bolsos son míos.

Nota de la autora

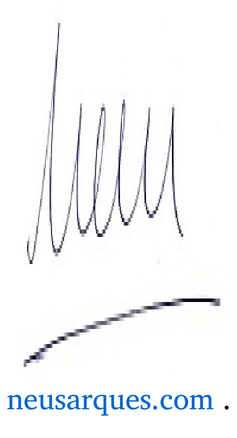
Gracias por leer *Un hombre de pago* .

Esta es y será siempre mi primera novela. Colgada del brazo de *Un hombre de pago* entré en el mundo soñado de la literatura, al que he querido dedicarme desde los doce años.

A todos los libros los quieres igual, pero como la emoción del primero no hay otra. Hoy, después de haber publicado catorce títulos, continúo pensando en Iván, en Rosa y en Bel con un cariño especial. Los tres años que dediqué a escribirla, los nervios antes, durante y después de la publicación, los encuentros con las lectoras … ¡A esta novela le estoy agradecida por tantas cosas!

Tu opinión es importante, para mí como escritora, y para el libro. Tu reseña es fundamental para que otras personas se decidan a leerla. Te invito a publicar tu reseña en Amazon España , Amazon México , o en Amazon.com . Agradezco de verdad que compartas tu opinión: leo personalmente todos los comentarios porque me ayudan a crecer como escritora.

Si tú también quieres saber qué pasó después con Bel y Marta, te invito a leer la continuación de su historia en las páginas que siguen. Gracias por tu apoyo y tu atención.



neusarques.com .

Un hombre de pago es la primera entrega de la Serie Barcelona. Te invito a que leas el inicio de la segunda novela.

Una mujer como tú

1. ¿PARA QUÉ CONTAR EL TIEMPO QUE SE HA IDO?

La recibieron con los brazos abiertos, pero poco. En ese momento Ruth no se dio cuenta: estaba en estado de shock. Sólo dos días antes buscaba taxi en pleno Marais cuando sonó el móvil y le explotó el corazón. "Hija, tu padre…". Salió hacia Charles de Gaulle tan rápido como pudo, con destino a Barcelona.

Encargar la mortaja, hacer los papeles para enterrar a su padre como judío… ¿Quién se lo iba a decir a ella, la descreída oficial? Cuando por fin empezó el velatorio, realidad y vigilia se confundían. Ruth llevaba dos noches sin dormir. Sentada en el sofá de piel, su madre no perdía la compostura, contención inquietante en una mujer tan vital. Recibía como una esfinge a las visitas que susurraban consuelo a la vez que sospechaban de tanta serenidad. Y mamá empleaba toda su energía en no dejar que por un solo resquicio pudieran atisbar la desolación: no toleraba la debilidad pública. Encogida a su lado, Ruth se miraba los pies, sintiéndose un poco inútil. Incluso sin arreglar, su madre emanaba una fuerza que lo envolvía todo y ella, con su camisa de marca luciendo un roto en señal de duelo y los rizos despeinados, se sentía pequeña. Detestaba ese sentimiento.

Estaba tan absorta que no les vio llegar: les oyó:

—Señora Bennasser, Ruth, lo sentimos mucho. Nos hemos enterado por la prensa y queríamos acompañarlas en estos momentos –fue Bel quien se dirigió enseguida y precisamente a la madre, a quien menos conocía, dejando a Ruth de lado. Vestida con un tejano

oscuro, que prolongaba todavía más sus ya interminables piernas, Bel se había recogido el cabello en una coleta anodina. Hablaba rápido, por los nervios.

Mamá dio un respingo. De reojo Ruth vio como Ricardo, su ex novio, propinaba un codazo a su mujer para que callara. Nadie le había advertido de que eran los familiares del fallecido quienes dirigían la palabra a las visitas y no al revés. Ricardo, con su camisa impecable, un pantalón planchado con raya y los cabellos un poco largos pero perfectamente cortados, tan concienzudo él, tan… tan "editor" –pensó Ruth- se habría documentado: "No vaya a ser que nos presentemos dos gentiles y no sea el caso". Bel se volvía por turnos hacia a Ruth y hacia Ricardo, agitaba la coleta y no entendía nada.

Ruth miró a su madre animándola a que dijera algo y ésta le leyó el pensamiento.

—Muchas gracias por acompañarnos. Es un consuelo para nosotros, ¿verdad, hija?

Sólo entonces habló ella.

—Bel –susurró y se puso de pie. Ruth sentía en la nuca las miradas extrañadas de la pareja: de Bel, agarrada al bolso de una mano y abrazándola, rígida, con la otra; de Ricardo, más interesado en ver cómo habían puesto la casa para el duelo judío que en darle el pésame. Habían retirado las sillas y el comedor estaba sembrado de banquetas y cojines a ras de suelo. Habían tapado el espejo. No era momento para la vanidad y Ruth lo agradecía, porque iba hecha unas pintas. En la mesa del centro una vela encendida recordaba al difunto con una luz extraña a aquellas horas del día.

Ruth se separó enseguida, avergonzada, de Bel. La tomó de la mano y se dirigió a los dos.

—Gracias por venir. Es... estoy un poco afectada. Mi padre, sabéis... Era... era todo –al darse cuenta de que tartamudeaba, empezó otra vez con los ejercicios de respiración para no llorar. Detestaba llorar frente a un hombre y se obligó a calmarse-. Ha sido una sorpresa veros. Gra… Gracias.

Bel le soltó la mano, incómoda ante el tacto de la mujer que había sido el gran amor de su marido.

Una mujer como tú

ya está disponible en Amazon .